



PECADOS
DEL
IMPERIO
O'ROURKE

EL DESAFÍO DEL HEREDERO

ARIANA COOPER

EL DESAFÍO DEL HEREDERO

ARIANA COOPER

Copyright © 2025 por Ariana Cooper

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

✿ [Formateado con Vellum](#)

TAMBIÉN POR ARIANA COOPER

Pecados del Imperio O'Rourke

[La Cautiva del Jefe](#) || [La Redención del Ejecutor](#) || [El Precio del Diablo](#) || [La Salvación del Guerrero](#) || El Desafío del Heredero

Relaciones Festivas de Medianoche

[Un Regalo Prohibido por Navidad](#) || [Una Ganga Navideña](#) || [Un bebé escandaloso para el multimillonario](#)

Arreglos ejecutivos

[La Falsa Prometida del Jefe Millonario](#) || [Una Segunda Oportunidad para el Papi](#) || [Una Noche con Mi Jefe Multimillonario](#)

Libros independientes

[Encuentros Picantes en la Oficina](#) || [Nunca Te Olvidaré](#)

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

1. [Connor](#)
2. [Nora](#)
3. [Connor](#)
4. [Nora](#)
5. [Connor](#)
6. [Nora](#)
7. [Connor](#)
8. [Nora](#)
9. [Connor](#)
10. [Nora](#)
11. [Connor](#)
12. [Nora](#)
13. [Connor](#)
14. [Nora](#)
15. [Connor](#)
16. [Nora](#)
17. [Connor](#)
18. [Nora](#)
19. [Connor](#)
20. [Nora](#)
21. [Connor](#)
22. [Nora](#)
23. [Connor](#)
24. [Nora](#)
25. [Connor](#)
26. [Nora](#)
27. [Connor](#)
28. [Nora](#)
29. [Connor](#)
30. [Nora](#)
31. [Connor](#)

SINOPSIS

Él es el enemigo de mi familia. Yo soy su mayor amenaza. Y aun así... icaemos!

Soy la mayor decepción de mi padre —
Y su peón más peligroso.

La libertad nunca fue para las hijas nacidas en el seno de organizaciones criminales.

Pero entonces le conozco a *él* —

Connor O'Rourke, heredero del imperio que hemos jurado destruir.

Su mirada me desnuda.

Su tacto se siente como traición.

Y aun así, anhele el peligro más que la seguridad del silencio.

Cada beso es una rebelión.

Cada mentira que digo, una pistola cargada apuntándonos a ambos.

Mi padre observa. Suspica. Estratégico.

Me convierte en espía.

Yo convierto nuestro amor en mi guerra secreta.

—Nos matarán si lo descubren —susurro.
Él me atrae más cerca. —Que lo intenten.

Me encuentro entre dos mundos, ambos contruidos sobre venganza y mentiras.

Una familia debe caer para que la otra sobreviva.
He interpretado el papel de hija obediente el tiempo suficiente.
Ahora escribo mi propia historia, aunque sea con sangre.

Y cuando la trampa finalmente se active...
¿Verá mi amor...
O mi traición?

**Porque uno de nosotros no sobrevivirá a lo que viene después.
Y podría ser yo.**

Nota de la autora: *Pecados del Imperio O'Rourke* terminan con fuego, furia y un amor que desafía todas las reglas. *El Desafío del Heredero* es un ardiente y oscuro romance mafioso prohibido forjado en la traición, la lealtad y el sacrificio descarnado, donde los enemigos se besan, los imperios caen y nada queda sin cicatrices.

CONNOR

Mis faros giran al doblar la esquina, poniéndose al día con mi línea de visión. La propiedad es antigua, pertenece a mi familia desde hace más de setenta y cinco años, pero el edificio es nuevo, construido hace poco más de un año. El cartel del pub parpadea incluso a estas horas tardías, pero no están abiertos al público. El aparcamiento lleno puede hacer creer lo contrario a los transeúntes, pero si se acercan a la puerta, los mandarán de vuelta.

El coche aparca junto al SUV negro de Ronan, algún nuevo Rover eléctrico con paneles blindados y cristales a prueba de balas. No se arriesga ahora que su hijo sale con él de vez en cuando. No puedo culparle. Con toda la mierda que está pasando en Dublín desde que tomó el mando de la familia, no podemos bajar la guardia.

—Gracias, Kirk —gruño mientras abro la puerta y salgo antes incluso de que haya puesto el freno de mano.

La lluvia se clava como agujas en mis hombros, empapándome como el hedor de la muerte. Agacho la cabeza y me dirijo hacia el edificio donde el cartel convulsiona bajo la lluvia, arrojando enfermizos destellos amarillos sobre el capó del Rover de Ronan como si fueran cintas de una escena del crimen.

Noches como esta no desvían el camino, lo entierran. Cada paso hacia adelante se siente como si estuvieras pisando los huesos del

último pobre diablo que no vio venir el cuchillo. Cuando un aliado de confianza es eliminado del juego, significa represalias y reorientación.

Descubriremos quién hizo esto y se lo haremos pagar, y luego tendremos que encontrar a alguien que ocupe su lugar, lo cual no será fácil. Los oficiales de la Garda siempre intentan infiltrarse en nuestras filas, encontrar debilidades en nuestra armadura. Mi hermano lo tendrá difícil para reemplazar a Corbin.

—Connor —escucho al entrar por las puertas del pub. Levanto la mirada para ver a Killian de pie junto a dos de mis hermanos. Todos tienen expresiones severas. No estamos de luto tanto como rumiando. Corbin era un buen hombre y no merecía lo que le pasó, pero esto no es tan personal como un ataque a nuestro negocio. Uno que no podemos tomar a la ligera.

—Kill —mis ojos se desvían hacia la barra donde Ronan está hablando con algunos de nuestros hombres. Me está esperando, pero me detengo y me giro hacia Killian—. ¿Noticias sobre qué ocurrió exactamente? —pregunto, y las cejas de Killian se alzan mientras frunce los labios.

—Quemado vivo. La Garda encontró su coche a tres manzanas de casa, en la parte trasera de una farmacia. Dijeron que no hubo indicios de delito, solo un cortocircuito en los cables de la bomba de combustible que incendió la línea de combustible. Dijeron que nunca tuvo oportunidad. —Incluso mientras Killian habla, mi corazón se retuerce en mi pecho. Eso no suena como un accidente o un fallo mecánico. Suena a asesinato.

—Ro no está nada contento —dice Finn, señalando con la cabeza a nuestro hermano mayor, el jefe de esta familia—. Ha estado preguntando por ti.

Inspirando profundamente para liberar algo de tensión de mi pecho, inclino la cabeza hacia Finn y me dirijo hacia la barra. Es una noche sombría con la lluvia y el ambiente que hay aquí. La mayoría de las conversaciones son contenidas, probablemente porque Ronan está cabreado, y quien se cruce en su camino podría llevarse una bronca. No es frecuente que alguien sea asesinado tan

descaradamente, y menos aún cuando se trata de alguien como Corbin, que tenía vínculos con las cinco Familias de Dublín.

Las suelas de mis botas chirrían en el suelo de madera pulida mientras cruzo la sala, asintiendo a los hombres que intentan saludarme. Toda la familia está aquí para escuchar el anuncio de Ro sobre el intermediario muerto y cuál será la respuesta de los O'Rourke.

Ronan termina de hablar con los hombres en la barra y se gira hacia mí. Su expresión es indescifrable pero afilada por la presión que ha soportado desde que se conoció la noticia. Me acerco a su lado en silencio, y nos quedamos así un momento, ambos observando la sala. La habitual algarabía del pub ha sido reemplazada por un murmullo sombrío que lleva un subtono de ira.

—Vamos a mantener esto simple —me dice Ronan, luego eleva su voz lo suficiente para que se oiga en todo el espacio—. Todos en esta sala saben lo que ocurrió, y si no lo sabéis, estáis en la sala equivocada. —Deja que el silencio se apodere del lugar por un momento antes de continuar.

—A Corbin lo dejaron cocinarse en su coche detrás de una farmacia en Kilmainham. La Garda dice que fue un fallo en el cableado. Nosotros sabemos que no. No hay pruebas, ni rastro, ni huellas dactilares, solo metal carbonizado y suficientes dientes para comprobar los registros dentales.

Algunas cabezas asienten mientras otras permanecen inmóviles, su atención fija en Ronan como si esperaran permiso para responder. Aún no he visto las imágenes, pero dicen que son espantosas, como algo salido de una película de terror.

—Movía mercancía, limpiaba bienes y manejaba entregas limpias para la mitad de los nombres de esta ciudad, incluidos los nuestros. No era familia, pero era leal, y ahora se ha ido. Reemplazarlo no será rápido y nos costará. —Gira ligeramente la cabeza, lo suficiente para encontrar mis ojos.

—Realizaremos un homenaje público el sábado en terreno neutral. Todas las familias importantes están invitadas, incluidos los Fitzpatrick.

El nombre provoca algunas reacciones silenciosas. Algunas miradas cambian. Un hombre cerca de la pared murmura algo al que está a su lado. Ronan no lo reconoce. Sospechamos que los Fitzpatrick podrían haber hecho esto para llamar la atención. Saben lo valioso que era el trabajo de Corbin para muchos nombres en esta ciudad, y su asesinato, si realmente fue un asesinato, es una demostración de poder que no podemos permitirnos ignorar.

—Vendrán o no vendrán. En cualquier caso, tomaremos nota. Connor nos representará. Estará al frente, estrechará manos y observará quién le mira a los ojos y quién no. Si alguien se delata, lo sabremos. Están observando para ver si pestañeamos. Si creen que lo hacemos... arderemos como él.

Se gira hacia delante de nuevo, y la sala se tensa en torno a sus palabras. La viuda de Corbin no esperará nuestra ayuda en esto, pero si lo arrastramos a la línea de fuego, es lo mínimo que podemos hacer. La ciudad ha estado hirviendo como un caldero desde que Ronan ocupó el lugar de nuestro padre. Nos corresponde a nosotros hacer que se calme.

—No tengo que recordaros que según los deseos de mi padre, Connor es el siguiente en la línea para mi posición. Hasta que mi hijo tenga edad suficiente para liderar, Connor es mi número dos. —Sus ojos se entrecierran ante un grupo de hombres que no aprueban la elección de mi padre. Como el más joven, soy el más alejado de la línea de sucesión, pero es lo que papá quería, así que Ronan se asegurará de que así sea.

Y con la presión en la ciudad aumentando, no tengo tiempo para discutir. Recibo órdenes de Ronan por ahora, pero conocer la mentalidad de aquellos que deberían reportarme hace que mi trabajo sea mucho más difícil. Se comportarán por ahora, pero ya han empezado a afilar sus cuchillos. No se suponía que yo estuviera en la sala, y mucho menos al frente de ella.

Al otro lado de la sala, la mandíbula de Finn se tensa. Declan me mira fijamente sin pestañear, luego aparta la mirada. La mirada de Killian se mantiene nivelada, pero puedo sentir el cambio de postura en la sala mientras los demás se ajustan a la nueva forma de las cosas.

—Lo que Connor necesite, lo hacéis. Él se encargará de todo esto. Yo tengo cosas más importantes que atender. —Mi hermano mayor se endereza la corbata, se abrocha la chaqueta del traje y camina hacia la puerta a través de la multitud de hombres que no hacen contacto visual con él.

Los murmullos comienzan en cuanto abandona la sala. Las voces son bajas, pero nadie se molesta en ocultar la forma en que me observan. Algunos me miran largamente, otros solo un rápido vistazo, pero todos están midiendo lo mismo. No si soportaré el peso, sino cuánto tiempo pasará antes de que me aplaste.

Paso junto a ellos sin reconocer ni una sola mirada, saliendo por la puerta lateral al estrecho espacio detrás del pub para fumar. La noche se ha quedado quieta, la lluvia ahora es solo un rastro que se aferra al pavimento en finas capas de reflejo. Las paredes de ladrillo se elevan a mi alrededor como el interior de una caja. Un soldado se encuentra cerca del contenedor, sacudiendo el resto de su cigarrillo en un charco que no necesita más suciedad.

Kieran Malloy. Apenas lo suficientemente mayor para llevar un arma legalmente. Sus ojos encuentran los míos, y se pone rígido antes de tener la oportunidad de fingir que no tiene miedo. Se suponía que debía vigilar al intermediario esa noche y asegurarse de que su venta se completara.

—Connor —dice, asintiendo una vez—. No sabía que seguías por aquí. —Oigo el temblor en su voz listo para destruirlo.

—Aquí estoy. —No dejo de caminar hasta que estoy lo suficientemente cerca como para oler el whisky en su aliento.

—Estabas apostado cerca del callejón detrás de la farmacia —digo, sin elevar la voz.

Asiente una vez, demasiado rápido, y endereza los hombros como si la postura pudiera protegerlo del fracaso—. Nada fuera de lugar esa noche —responde—. Hice mi ronda completa.

No mantiene mi mirada más de un segundo. La mentira ya ha comenzado a estirarse en el borde de su voz.

—Nada —digo de nuevo, dejando que la piedra se hunda entre nosotros en una tumba poco profunda—. ¿No viste nada mientras uno de los nuestros ardía detrás de una farmacia?

Su garganta se tensa, y cualquier respuesta que intenta formular muere antes de llegar a sus labios. Entiende el coste de mentirme.

—Había alguien —murmura finalmente, desviando la mirada al suelo—. Sucedió alrededor de las dos. Llevaba una sudadera con capucha y mantenía la cabeza baja. Actuaba como si perteneciera al lugar, así que no pensé que significara nada.

—¿Lo reconociste? —pregunto.

Duda, luego asiente—. Podría haber sido un Fitzpatrick. —Pero sus ojos van y vienen entre los míos como si estuviera esperando que un pez muerda el anzuelo.

Espero, pero no dice nada más—. ¿Podría haber sido? —repito.

Su voz tiembla—. No lo reporté porque no estaba seguro. Mira, el tipo parecía conocer el lugar. Pensé que trabajaba para la farmacia.

Mantengo su mirada—. Pero lo viste. —La ira burbujea en mi interior. Si reconoció al hombre y no dijo nada, tiene problemas mucho peores acercándose hacia él—. Cuéntale a Ronan lo que sabes. Ahora —ladro.

Entonces le golpeo una vez, los nudillos atravesando el puente de su nariz. El crujido es inmediato y contundente, y la sangre le sigue. Corre por su boca y mentón en largos y oscuros regueros. Tropieza contra la pared, ambas manos elevándose demasiado tarde para defenderse o detener lo que ya se ha hecho.

Se limpia la sangre, temblando mientras intenta encontrar las palabras adecuadas—. No pensé que estuviera relacionado.

—Deberías haber dicho algo en el segundo que tuviste una duda —le digo—. La próxima vez que dudes, no será solo tu nariz la que se rompa.

Se acuclilla junto al contenedor, sangrando silenciosamente sobre el pavimento. Vuelvo a entrar y tomo la escalera trasera hacia la oficina. La puerta se cierra tras de mí, silenciando las voces de abajo. El silencio que permanece no es un alivio.

La muerte de Corbin acaba de encender una mecha bajo una ciudad ya tensa, y la guerra estallará en cualquier momento. Si los Fitzpatrick hicieron esto, significa que van a empezar a presionar de otras maneras también, y si ellos presionan, sus aliados presionarán. Y dependerá de mí evitar que esto escale más.

Si es que logro descubrir cómo.

NORA

El comedor está más frío de lo que debería. Sillas de respaldo pesado bordean la mesa, desgastadas en los brazos donde años de manos han aferrado la madera con más fuerza de la necesaria. La luz del techo arde tenue, proyectando sombras a lo largo de la superficie pulida, deformando los contornos de los hombres que me esperan.

Mi padre se sienta a la cabecera, con una copa de whisky medio llena frente a él, sin tocar. Callum se reclina en su silla con los brazos cruzados sobre el pecho, observando sin ofrecer ningún tipo de bienvenida.

Me detengo antes de llegar a la silla en la que esperan que me siente. El aire se siente denso, como si las propias paredes estuvieran preparándose para lo que viene a continuación.

—Te has puesto en ridículo —dice mi padre con aire de disgusto. Siento el impacto de las palabras antes de escucharlas. La veta de la madera de la mesa se difumina ligeramente mientras mi visión se embota por los bordes. Sabía que este momento llegaría cuando rechacé a Artur el miércoles por la noche.

—No solo lo insultaste a él. Insultaste a todos los que respaldaban ese acuerdo. Y ahora los rusos quieren algo a cambio de los problemas que causaste. —Si pudiera mirarlo a los ojos, vería

cómo se le hinchan las venas mientras me habla. Es la cara que pone cuando está furioso.

Mis dedos se curvan contra las palmas de mis manos. —Dije que no a una correa —digo, manteniendo mi voz uniforme—. Si se ofendieron, es su problema.

Callum se mueve en su silla. El roce de su bota contra el suelo suena demasiado fuerte en la habitación cerrada. Podría defenderme, decirle a mi padre lo miserable que es esperar que me case con alguien que ni siquiera me gusta, como si estuviéramos en la Edad Media y yo no fuera más que una herramienta para formar alianzas.

Mi padre se inclina hacia delante, con los brazos apoyados en la mesa como si estuviera listo para lanzarse a través de ella. —¿Crees que esto era sobre sentimientos? ¿Sobre insultos personales? Nos hiciste parecer débiles. Les diste a los rusos motivos para presionar más sobre nuestros muelles, nuestros envíos, nuestros hombres. — La luz del techo proyecta una línea dura a través de su rostro, cortando las sombras en su mandíbula.

Mantengo los brazos sueltos a los costados, aunque cada nervio de mi cuerpo quiere atacar. Mis dedos bailan sobre la mesa mientras digo: —Quizás deberían preguntarse por qué vender a tu hija parecía un trato razonable en primer lugar.

Ignora mi comentario y dice: —Se suponía que debías asegurar esa conexión. En cambio, la fracturaste.

Levanto la barbilla. —No me disculparé por negarme a ser intercambiada. —Mis ojos destellan con odio, no hacia él, sino por la forma en que me trata.

—¿Crees que estás defendiendo un principio? —Su risa es corta y afilada—. Estás al borde de una tumba que cavaste tú misma.

La habitación ahora parece más pequeña, como si las paredes se hubieran acercado mientras nadie miraba.

—Le debes a esta familia —dice—. Me debes a mí.

Planto los pies con más firmeza en la alfombra. —No te debo nada —digo, cada palabra lo suficientemente nítida para romperse al impactar.

La mano de mi padre golpea la mesa. El sonido estalla en la habitación como un disparo. La copa de whisky tiembla, pero permanece en pie, tambaleándose por un momento antes de estabilizarse. La mesa se estremece bajo mis dedos.

—Harás lo que se te diga —dice—. Rechazaste el compromiso. Bien. Ahora servirás donde se te necesite. —Puedo sentir a Callum observándome mientras mi padre continúa, pero permanece en silencio, dejando que mi padre haga el corte.

—Asistirás al funeral de Corbin O'Hare —dice—. Estarás con la familia, y demostrarás a los O'Rourke que no estamos fracturados por dentro, sin importar lo que los rusos...

—Y ahora esperas que desfile como si todo estuviera bien —digo, interrumpiéndole.

La silla de mi padre rasca bruscamente contra el suelo mientras se levanta. Sus manos se apoyan planas sobre la mesa, con los nudillos blanqueándose. —Lo harás porque ya has puesto una grieta en la armadura de esta familia —dice—. ¿Crees que eres demasiado buena para arreglar lo que rompiste?

Le miro fijamente, cada músculo de mi cuerpo tensándose contra el instinto de retroceder. No me muevo. No bajo la mirada. Eso es lo que más odia.

—Te presentarás, y lo arreglarás —espeta—. Y si no puedes manejarlo, encontraré un uso para ti que no te va a gustar.

Los músculos de la mandíbula de Callum trabajan, pero aún no dice nada. Sin embargo, puedo ver la fractura que lo recorre ante la declaración de mi padre.

Mi padre se endereza la chaqueta con un tirón brusco y señala con el dedo hacia la puerta. —Ahora lárgate de mi vista.

Me doy la vuelta y salgo pisando fuerte. Cuando llego a mi habitación y cierro de golpe la puerta tras de mí, mis manos están temblando. Me arrojo sobre la cama, que emite un crujido bajo y miserable bajo mi peso, mientras me encojo y lucho contra las lágrimas.

Miro fijamente al techo, con la rabia espesa en mi pecho, sabiendo que no hay justicia para hijas como yo. Todo es deber y

deuda, que ni siquiera creamos nosotras, pero nos toca cargar con ello y gestionarlo, y me niego.

Las horas pasan sin que nadie venga a verme. Me quedo en la cama, mirando al techo, demasiado cansada para moverme y demasiado enfadada para descansar. Nada cambia. Nada se suaviza. La habitación a mi alrededor parece contener la respiración junto conmigo.

Puede que haya rechazado casarme con el ruso, pero parece que ahora me he metido en un problema peor. No estoy segura de lo que papá quiso decir con un uso para mí que no me va a gustar, pero odio cómo suena. Y mamá no será de ayuda en absoluto. Lo mima, se somete a todo lo que él quiere. Pero para ella, es Dios Todopoderoso, lleno de poder y valor.

Alguien llama a la puerta justo antes de las cuatro. Es un golpe corto y firme, pero lo ignoro.

Orla entra, sosteniendo una funda negra para trajes y una expresión neutral. No habla mientras cruza la habitación y coloca el traje sobre los pies de la cama. La chaqueta está muy planchada, la falda estrecha y exacta. No hay nada femenino en él, nada delicado. Solo tela hecha para ajustarse a un cuerpo que no debe hablar ni tener personalidad. Lo odio, igual que odio esta situación. Pero un funeral es mejor que una boda en este caso.

Me incorporo de la cama y gruño sonoramente en señal de protesta, pero Orla me ignora. Se va sin decir palabra, cerrando la puerta tras ella. La habitación no ha cambiado, pero de todos modos se siente más pequeña, especialmente mientras intento forzarme a seguir las órdenes de mi padre.

Todo mi cuerpo es plomo mientras me quito la ropa cómoda y me pongo el traje. No sé por qué, pero me atormento sobre si debo recogerme el pelo o dejarlo suelto, pero decido llevar las largas hebras oscuras sueltas alrededor de mi cara.

A las cuatro y media, Liam golpea una vez y abre la puerta sin esperar. Asiente hacia el pasillo. Hay otro hombre con él: callado, de hombros anchos y desconocido. No pregunto su nombre. No importa. Mientras haga lo que mi padre quiere, estaré de vuelta en

casa en poco tiempo, libre para comerme una tarta de chocolate y tomarme una botella de vino si quiero.

El viaje en coche es silencioso. Liam se sienta a mi lado en la parte trasera, con el hombro ligeramente apartado. El conductor no dice nada, simplemente mantiene su atención en la carretera mientras la ciudad se desplaza más allá de las ventanas. Pasamos junto a tiendas que conozco desde siempre, lugares que ahora parecen más pequeños.

Cuando la iglesia aparece a la vista, el tráfico se ralentiza. Es una de las más antiguas del centro, toda de piedra y hierro. La gente ya se ha reunido frente a ella, algunos permanecen en los escalones, otros se dirigen hacia las puertas en pequeños grupos silenciosos. La mayoría viste de negro, algunos en gris carbón o azul marino, pero todo ello a medida, todo intencionado.

Liam sale primero. Inspecciona brevemente la zona y luego abre mi puerta.

El aire es cortante. El cielo amenaza lluvia, pero se contiene por ahora. Subo los escalones sin vacilación. Los guardias me siguen, pero mantienen la distancia. Nadie me habla cuando entro.

Dentro, la iglesia está en penumbra, iluminada principalmente por la luz de las velas y la tarde tardía a través de los altos vitrales. Los bancos se llenan lentamente, el silencio del espacio solo se rompe por alguna tos ocasional o el roce de zapatos contra la piedra.

En la parte delantera, cerca del féretro, está Connor O'Rourke.

Parece mayor de lo que debería: cansado, pero alerta. Está hablando con un hombre que no conozco, pero sus ojos están en otra parte, escrutando la sala. Cuando se posan en mí, hace una pausa. No hay calidez en ello, ni interés. Solo cálculo. Como si hubiera añadido una nueva variable a un problema que creía haber resuelto ya.

Se vuelve para decirle algo al hombre que está a su lado, pero ambos se detienen.

Connor no aparta la mirada. Ni siquiera cuando debería.

Y cuando sus ojos bajan, lenta y deliberadamente, lo siento como una cerilla encendida en la oscuridad.

Es la primera vez en semanas que alguien me mira así.

Y justo en ese momento, siento que no puedo respirar.

CONNOR

La sala de recepción está flanqueada por sillas plegables, la mayoría ocupadas a medias por hombres con trajes oscuros que mantienen conversaciones cordiales. La estación de café cerca del fondo no ha sido tocada en diez minutos. La mayoría de estas personas han venido para ser vistas, no para recibir consuelo. Hay una notable diferencia entre los verdaderos dolientes y los hombres que necesitan guardar las apariencias: los clientes de Corbin.

Killian permanece cerca de la puerta, observando la sala. Yo me quedo más cerca del centro, manteniéndome alerta. Nadie me habla a menos que tenga una razón para hacerlo, y nadie aquí tiene motivo alguno excepto la familia de Corbin, que ofrece sinceras condolencias, a las que respondo con un gesto de cabeza y pido disculpas por su pérdida.

Nora Fitzpatrick está de pie cerca de la pared del fondo con dos guardias: Liam McKenna y otro más joven que no reconozco. Ninguno se ha movido desde que llegaron. No han hablado con nadie. Sin preguntas sutiles, sin señales de que estén analizando el ambiente. Los Fitzpatrick están bajo sospecha, y lo saben. Esto debería haberse manejado de otra manera. Su presencia debería significar algo, pero hasta ahora, no es así. Ella simplemente está ahí

como representación de la presencia de Seamus. Él ni siquiera tuvo agallas para presentarse en persona.

La observo más tiempo del que pretendía. Su postura no cambia. Su expresión permanece inmóvil. Cuanto más tiempo no hace nada, más deliberado parece. Hay tensión arrugando su frente, visible en la forma en que sus labios están apretados y su mandíbula erguida. No quiere estar aquí. Le han ordenado venir.

Puedo entender eso. Aprender a obedecer órdenes es algo difícil.

Cuando sale por las puertas laterales hacia la terraza, espero unos segundos antes de seguirla. Los guardias permanecen dentro. O confían en ella o les han dicho que no la acosen. Paso junto a ellos sin mirarlos, enciendo una cerilla en la pared de ladrillo y prendo un cigarrillo mientras me uno a ella cerca del borde de la barandilla de piedra.

La ciudad se mueve más allá de los muros de la iglesia en un constante murmullo de sonidos de tráfico y el estruendo del ruido de la calle. Los faros pasan a intervalos, proyectando breves destellos sobre el edificio. Nora no me mira, pero puedo ver la tensión en sus hombros. Quiere aparentar tranquilidad, pero no lo está.

Doy una calada y exhalo hacia la calle, dejando que el silencio se asiente entre nosotros. No hay prisa por llenarlo. Ronan me pidió que recabara información, pero la presencia de Nora aquí no está revelando detalles. Necesito presionarla, pero esperaré hasta que el ritmo de este momento se sienta adecuado.

Su mirada se desvía en mi dirección, solo una vez, antes de volver al extremo más alejado del patio. No pregunta por qué la seguí, lo que me indica que probablemente lo esperaba.

—Estabas muy callada ahí dentro —digo, con la mirada aún hacia adelante. La huelo. El aroma que llega hasta mí es como lilas y miel. Completamente femenino.

—No estoy aquí para hablar —responde. Por el rabillo del ojo, la veo inquieta, aunque cuando noto que mira mi rostro, se detiene. Su tono es tranquilo, medido, quizás incluso aburrido, pero escucho el filo que hay debajo. Ella conoce la situación. Sabe lo que veo cuando la miro y probablemente lo que su padre espera de ella. Curioso, sin

embargo, que la enviara a ella en lugar de a Callum. Quizás piensa que así la familia parecerá más inocente.

Sacudo la ceniza del extremo del cigarrillo y dejo que el silencio se prolongue un poco más.

—Te presentas sin nada que decir, sin nadie con quien hablar y con dos guardias que bien podrían ser percheros —digo—. Entenderás por qué eso se interpreta de cierta manera.

Entonces gira la cabeza, lentamente.—No vine a tranquilizarte.

Y justo así, dejo de fingir que esta es una conversación casual.

Sacudo la ceniza sobre la barandilla, lento y controlado. El silencio vuelve a envolvernos, pero esta vez tiene dientes. Ella tampoco se ha movido ni ha parpadeado mucho, y hay una agudeza en la forma en que está ahora, como si se estuviera preparando para una pelea pero no fuera a lanzar el primer golpe.

—Tu padre te envió —digo, manteniendo un tono neutral—, ¿pero no te dio nada que hacer mientras estás aquí?

Ella se encoge ligeramente de hombros. —Soy su marioneta. — Puedo ver el indicio de ira en sus ojos y sé que no le gustó que le ordenaran hacer esto.

Eso me toma por sorpresa. Espero el habitual destello defensivo cuando alguien critica a su propia sangre, pero no llega. Es sorprendente, pero no impactante. Así que Seamus quería hacer acto de presencia pero no alborotar el avispero. Sabía que estaríamos vigilando, así que envió a una mujer que parece inofensiva.

—¿De verdad te envió sin nada? —pregunto.

—Dos sombras y un código de vestimenta —dice—. Más allá de eso, creo que se suponía que debía ser un mueble. —Ahora hay un tono de desánimo, como si hubiera sido rechazada. Tal vez esto es un castigo para ella por alguna razón.

La miro de reojo. —Bueno, estás atrayendo más miradas que las flores. —Mi comentario es un cumplido indirecto y da en el blanco.

Ella deja escapar un pequeño suspiro, cercano a una risa pero sin llegar a serlo. —Accidental, te lo aseguro. —Veo un atisbo de sonrisa, pero no dejo entrever que lo he visto.

—Has entrado en una sala llena de hombres que están convencidos de que tu familia quemó vivo a uno de los nuestros —digo—. Eso no es un accidente. Es un mensaje.

El cigarrillo tiene menos atractivo para mí ahora. Sacudo más ceniza, pero me concentro en ella.

—Si lo es —dice—, no es mío.

Caemos en otro silencio, pero no se siente vacío. Las luces de la ciudad se filtran por las piedras de la terraza, y puedo oír el leve retumbar de un trueno a través del callejón que corre junto al edificio. Ella cambia ligeramente su peso, cruza los brazos y luego los descruza.

—Me estás mirando como si fuera a empezar algo —dice.

—Te estoy mirando como si no pudiera saber si estás aquí para terminar algo. —Ella me mira a los ojos esta vez. Sostengo la mirada.

—Mi padre me envió —dice—. No me preguntó si creía que era inteligente.

—Eso es lo que lo hace interesante.

Ella me estudia durante un instante y, cuando finalmente aparta la mirada, lo hace lentamente. Sus dedos golpean una vez la barandilla. Es deliberado y aun así parece una señal reveladora.

—Odias formar parte de esto —digo, sin preguntar.

—No formo parte de ello —responde—. Estoy atrapada dentro.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Ella no intenta suavizarlas ni hacerlas más corteses. Solo eso me dice todo lo que necesito saber sobre su posición con respecto a su familia.

—Muchos de nosotros estamos atrapados en roles que no elegimos —digo—. Tú simplemente llevas el tuyo de forma más evidente.

—No es estilo —dice—. Es supervivencia. —Saca su teléfono del bolsillo, mira la pantalla y luego lo baja de nuevo sin escribir nada. Observo cómo lo sostiene, como si confiara más en él que en las personas a su alrededor.

—Te arreglas bien para ser un disparo de advertencia —digo.

Su cabeza se inclina ligeramente, lo suficiente para mostrar que lo ha oído, lo suficiente para dejar que impacte. —¿Esa es tu versión

de un cumplido?

—Depende de cómo lo tomes.

Ella deja escapar un suave suspiro, casi una risa, pero afilada en los bordes. —Si quisiera cumplidos, O'Rourke, no estaría aquí fuera contigo. —La brisa se levanta, revolviendo su pelo castaño, y ella se lo coloca detrás de la oreja. Nora es devastadoramente hermosa, y me está costando recordar que es la enemiga.

Sacudo la ceniza del extremo de mi cigarrillo. —Estás aquí porque quieres ver quién se da cuenta.

Sus ojos se encuentran entonces con los míos, firmes y sin pestañear. —Quizás solo estoy esperando a ver si eres puro ladrido.

Me acerco un poco más, lo suficiente para que las luces de la ciudad capturen el brillo de sus ojos. —Si esperabas un ladrido —digo, con voz baja—, te vas a llevar una decepción.

Ella no parpadea, tampoco retrocede. Sus dedos golpean una vez contra su teléfono, apenas un tic. Sin pedir permiso, se lo quito de la mano.

Sus labios se separan ligeramente por la sorpresa, pero no se aparta. Me deja introducir mi número y enviarme un mensaje en blanco. Cuando le devuelvo el teléfono, lo toma lentamente, el roce de sus dedos esta vez deliberado.

Aplasto el cigarrillo bajo mi talón y miro hacia atrás una vez.

Ella sigue allí de pie, observándome.

Bien. El anzuelo está puesto. Y ahora tengo una vía de entrada. Solo tengo que controlar mis impulsos.

NORA

El viaje de regreso es corto y silencioso. Liam conduce mirando fijamente hacia delante. El segundo hombre se sienta rígido en el asiento delantero, con las manos planas sobre los muslos como si estuviera esperando a que ocurriera algo horrible. No hablo. No hay nadie aquí que merezca que malgaste mis palabras.

La finca de los Fitzpatrick se alza imponente contra el cielo que se desvanece. Me bajo antes de que cualquiera de los matones de mi padre pueda abrirme la puerta, y mis tacones golpean con fuerza la grava. Me los quito en cuanto llego al escalón y los llevo en una mano. Me duelen los pies por llevar esa porquería tan incómoda, y lo único que quiero es abrir una botella de vino y pensar en esa extraña interacción con Connor O'Rourke.

Dentro, me dirijo directamente escaleras arriba, pasando por el salón vacío, por la cocina donde las luces están apagadas, hasta mi habitación. La puerta se cierra tras de mí con un suave clic. Tiro los zapatos a la esquina, me quito la chaqueta del traje y la lanzo sobre la cama. La blusa se adhiere a mi piel, húmeda en la espalda por la tensión del día, pero estoy a punto de quitármela por la cabeza cuando la puerta se abre de golpe sin previo aviso.

Mi padre está ahí, con los hombros rígidos, el rostro tenso con ese tipo de enfado que exige respuestas. Tiene los ojos muy

abiertos y se balancea un poco, lo que indica cuántas copas se ha tomado desde la charla que me dio esta tarde.

—¿Quién estaba allí? —espeta, entrando en la habitación como si fuera suya.

No me muevo. Termino de quitarme la blusa por la cabeza y la tiro a un lado antes de responder.

—Los que te esperarías. O'Rourkes, Byrnes, algunos autónomos intentando no parecer asustados —ignoro su mueca mientras camino hacia mi cómoda y saco una camiseta suave. Tendré que esperar para quitarme la falda, y eso me molesta más que el interrogatorio de mi padre.

Cruza la habitación rápidamente, deteniéndose solo cuando está lo suficientemente cerca como para que pueda oler el whisky.

—Nombres —dice—. Conversaciones. Quién habló con quién.

—Enterraron a un traidor —digo, cruzando los brazos sobre el pecho—. No repartían secretos con el té. —No me di cuenta de que se suponía que debía tomar nombres. No soy parte del mundo de mi padre en ninguna definición de la palabra. Y no quiero serlo. Volkov fue la gota que colmó el vaso para mí.

Me mira como si estuviera sopesando cuánto puede presionarme antes de que deje estallar mi temperamento.

—No te hagas la lista conmigo —dice, con voz más baja ahora, peor que si gritara—. Necesitábamos información.

—¿Y enviarme a mí era la manera de conseguirla? —pregunto, manteniendo mi voz plana—. ¿Crees que van a abrirse porque me puse una falda y sonreí? —Me burlo e intento alejarme, pero él me agarra el brazo con fuerza, apretándome el bíceps tan fuerte que doy un grito ahogado.

—Se suponía que debías observar —dice—. Informar. Demostrar que no eres un peso muerto.

Inclino ligeramente la cabeza.

—Quizás la próxima vez, envía a alguien en quien realmente confíen —le quito su mano derecha de mi brazo. Su mano izquierda tiembla a su lado, de la misma manera que lo hacía cuando yo era niña y aún no había aprendido cuándo callarme. Apenas logra contenerse.

—Pensarán que somos débiles —murmura—. Los rusos ya creen que nos estamos desangrando.

No digo nada. No hay una buena respuesta, y él lo sabe. No me dijeron que recogiera información, y no conozco al setenta y cinco por ciento de las personas que estaban allí. Es frustrante pensar que podrían castigarme por no decirle cosas que no tengo forma de saber.

Da un paso atrás, pasándose una mano por el cabello que se le está quedando ralo, dirigiendo la furia hacia dentro por un segundo antes de volver a proyectarla contra las paredes.

—No me has dado nada —dice.

—Te he dado lo que había —respondo, pero ahora estoy temblando por dentro. Mi padre nunca ha sido violento conmigo, pero parece desquiciado, como si mi rechazo a Artur hubiera encendido un fuego que no puede apagar. Está borracho y desesperado, y no sé cómo tomármelo.

—¿Crees que quedarte ahí como una maldita estatua te hace valiosa? —Sus ojos están ahora desorbitados, pero no tengo ninguna respuesta diferente a las que ya di antes.

—Creo que no empeorar las cosas es lo mejor que vas a conseguir —digo.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, que se tensa a su alrededor. Por un segundo, creo que después de todo podría golpearme. Pero no lo hace. Simplemente señala hacia la puerta como si estuviera demasiado asqueado para seguir mirándome.

—Vístete —dice—. Y la próxima vez... —su voz desciende hasta el filo de un cuchillo—. La próxima vez, recuerda que no estás aquí para lucir bonita. Estás aquí para servir. —Se dirige a la puerta pisando fuerte y la cierra de un portazo tan fuerte que hace temblar el marco.

Me quedo de pie en el centro de la habitación durante un largo minuto, respirando la ira hasta que se asienta en algo más frío. Luego me pongo unos pantalones de chándal y cruzo hacia la ventana para abrirla. El aire nocturno corta limpiamente sobre mi piel.

No me envió para presentar sus respetos. Eso es obvio ahora. Me envió a indagar. Me envió a recoger lo que pudiera, a medir reacciones y traer algo que él pudiera usar: información, tensión, cualquier cosa que pudiera indicar debilidad o malestar. Pero no le di lo que quería. No di nada. Lo que, en esta familia, equivale a fracasar.

No me muevo durante un largo momento, solo respiro el frío que se ha instalado en la habitación. Luego camino y alcanzo bajo la cama para sacar la botella de vino que escondí hace semanas. El corcho ya está fuera, y todavía está medio llena, más que suficiente para lo que necesito. No me molesto en usar una copa.

Mis pies están descalzos cuando cruzo la habitación y me deslizo por la ventana abierta. El tejado tiene una inclinación lo suficientemente baja como para poder trepar. Me acomodo en el borde de piedra, y el aire de la noche golpea más fuerte de lo que esperaba, cortante contra mis brazos desnudos. El tejado da a la pendiente occidental de la finca: jardines que no usamos, setos que se podan meticulosamente cada primavera. Me abrazo las rodillas contra el pecho y bebo directamente de la botella. El vino baja áspero, pero calma el ruido en mi pecho.

No me estremece lo que dijo mi padre. Me estremece lo que Connor no dijo. Se supone que es acero frío. Controlado. Brutal. Calculador. Y lo era, en cierto modo, pero no de la manera que esperaba. Había una firmeza en él, no ruidosa ni forzada, sino deliberada en cada movimiento y palabra. Como si midiera cada palabra antes de soltarla, como si el silencio formara parte de su vocabulario. Y de alguna manera, sin decir una sola cosa que pudiera nombrar, me dejó sintiendo que algo ya había cambiado. Y odiaba eso. Odiaba que se me quedara grabado.

Cierro los ojos, y un recuerdo de cuando tenía dieciséis años vuelve como un moratón bajo la piel. La voz de mi padre, medio borracho y descuidado: «Será una buena moneda de cambio algún día. Guapa. Callada cuando debe estarlo». Yo estaba justo fuera del despacho, descalza, sosteniendo un vaso de agua.

Recuerdo la punzada en el pecho más que las propias palabras. Recuerdo haber jurado, justo en ese momento, que nadie sería

nunca mi dueño. No así, porque eso es lo que veían en mí: solo otro activo. Una hija, sí, pero más importante, una herramienta. Un nombre para mover, un favor para intercambiar, una pieza para colocar en el tablero cuando les conviniese.

Y entonces llegó Artur, presuntuoso y sin alma, apestando a colonia y expectativas. Puso su mano en mi espalda la primera vez que nos conocimos, se inclinó hacia mí y me dijo que estaría segura una vez que fuera «apropiadamente» suya. No me llamó su esposa. No me llamó su compañera. Me llamó su posesión. Mi padre estaba junto a la ventana, observándonos, sonriendo como si acabara de comprar un barco.

Quería prenderle fuego a toda la habitación.

Tomo otro trago, limpiándome la comisura de la boca con el dorso de la mano. El vino no hace nada para amortiguar la sensación. El teléfono vibra una vez donde reposa junto a mí en la pizarra del tejado. Lo cojo, con el pulgar suspendido sobre la pantalla. Desplazo, pasando por imágenes que olvidé que aún tenía: funciones familiares, cenas, fotografías de seguridad en blanco y negro que capturé y guardé sin motivo.

Entonces me detengo. Un nuevo mensaje aparece en mi bandeja de entrada, enviado por Callum. No hay texto adjunto al mensaje. Es solo una imagen. Es una foto borrosa, con un ángulo demasiado alto, como si hubiera sido tomada con prisa. Yo en el patio de la iglesia, Connor de pie justo a mi lado, a medio girar como si estuviera a punto de marcharse. No nos estamos tocando. Ni siquiera nos estamos mirando.

Pero el espacio entre nosotros... cualquiera que mirara con demasiada atención podría preguntarse qué pasó entre nosotros en los segundos antes de que se disparara el obturador. Podría adivinar que ya existe algo entre nosotros, algo que ninguno de los dos se atreve a nombrar, pero que vibra bajo la superficie de todos modos, persistente e innegable.

CONNOR

Las luces del gimnasio zumban sobre mi cabeza mientras entro en el ring, el suelo desgastado cediendo ligeramente bajo mis botas. Su zumbido se mezcla con el golpe sordo de los guantes contra los sacos en las esquinas más alejadas. Es lo suficientemente tarde como para que la mayoría de los habituales se hayan marchado, dejando solo a aquellos que aún tienen algo que quemar.

Killian me rodea en el ring, con los guantes sueltos a sus costados. Su protector bucal destella cuando sonrío, todo dientes y nada de humor.

—Estás lento hoy —dice, lanzando un directo que apenas desvío—. Pensando demasiado.

Giro los hombros, cambio mi postura.

—Quizás tú te estás volviendo más rápido.

Resopla por la nariz y viene hacia mí de nuevo, una limpia combinación de uno-dos que roza mi guardia. Bloqueo la mayor parte, pero el segundo golpe me roza las costillas lo suficiente para escocer. Gruño y retrocedo, sintiendo cómo el dolor florece bajo mi brazo.

—Necesitas concentrarte —dice Killian, sin ceder—. Tus enemigos seguro que lo harán.

Sé que tiene razón. Sé que debería estar viendo sus golpes antes de que los lance, leyendo los movimientos de sus hombros, la tensión en sus caderas. Pero cada vez que parpadeo, veo a Nora Fitzpatrick, de pie en el patio de la iglesia como si no perteneciera allí, como si quizás nunca pertenecería a ningún sitio si pudiera evitarlo.

Esa mirada en sus ojos —aguda, insegura, no temerosa— se clava con más fuerza que cualquier golpe que Killian pudiera dar. Finta a la izquierda, gancho a la derecha. Lo recibo en el hombro y avanzo, alcanzándole en las costillas con un golpe corto que le hace gruñir. No limpio ni bonito, pero suficiente para recordarle que sigo aquí.

Nos separamos, guantes bajos, respirando más fuerte.

—¿Has terminado? —pregunta Killian, escupiendo su protector bucal en la mano. Usa la parte posterior de su brazo para secarse el sudor y toma unas cuantas bocanadas de aire.

Me encojo de hombros, quitándome los guantes y dejándolos caer sobre la colchoneta.

—Tal vez.

Killian atraviesa las cuerdas y arroja su equipo sobre un banco. Lo sigo, con los músculos tensos y ardiendo, ese tipo de dolor que te dice que fue un buen entrenamiento.

Caminamos hacia los estantes, y él me lanza una toalla y se apoya contra la pared, secándose el sudor de la frente con el borde de su camiseta.

—He oído algo interesante —dice, con una casualidad que debería hacer saltar las alarmas.

Me seco la cara y espero sin responder.

—Se dice —continúa— que el compromiso de Nora está oficialmente muerto.

Mantengo mi rostro inmóvil, mis movimientos uniformes, pero las palabras golpean más fuerte que cualquier puñetazo que lanzara esta noche.

—Pensaba que estaba muerto hace semanas —digo. La alianza entre los Fitzpatrick y los rusos no es una novedad para mí. Y escuchar que una joven rechaza las órdenes de su padre para

casarse con alguien por conveniencia no es inaudito. Pero no confiaba plenamente en la noticia de que ella se estuviera resistiendo.

—Ahora es oficial —dice Killian, observándome demasiado de cerca—. Los rusos no están contentos. Los Fitzpatrick están buscando soluciones desesperadamente.

Me seco la frente y lanzo la toalla sobre el banco y cojo una botella de agua. El tapón cruje bajo mis dedos mientras lo desenrosco.

—No cambia nada —digo, pero algo dentro de mí se anuda ante la idea de que Nora ya no esté comprometida.

—Claro —dice Killian en ese tono que significa que no lo cree.

Me bebo la mitad de la botella de un trago y dejo que el agua refresque la parte posterior de mi garganta. Mi mente ya está avanzando, trabajando los ángulos que no quiero admitir que existen. Si su compromiso está roto, significa que ya no está prometida. Ya no está atada. Significa que es vulnerable.

Y odio lo rápido que mis entrañas reaccionan ante ese pensamiento.

—Solo pensé que querías saberlo —dice Killian, apartándose de la pared.

No insiste. Es más listo que eso.

Nos quitamos la cinta de las manos en silencio. Las luces del techo emiten un parpadeo apagado, proyectando pálidas franjas a través del suelo. El ring se queda vacío detrás de nosotros, las cuerdas cediendo un poco bajo su propio peso. Nos dirigimos a las duchas, nos cambiamos rápido y nos dirigimos a la puerta sin decir mucho.

Fuera, la noche se ha instalado profundamente. Me dirijo hacia el aparcamiento donde Kirk espera con el coche ya en marcha. Sale para abrir la puerta trasera sin decir palabra. Me deslizo dentro, el asiento aún conservando el último calor del día, y dejo que el silencio me acompañe. Hay demasiado en mi cabeza, y nada de lo que esté listo para expresar en voz alta.

El viaje de vuelta a la finca es rápido. Kirk mantiene los ojos en la carretera, y yo no rompo el silencio. Mi mente sigue en el gimnasio,

recordando lo que Killian dijo sobre Nora, rodeando la forma de su rostro.

Ella no es el tipo de problema que te da tiempo para asimilar y pensar. Hay algo en la forma en que me miró que sigue repitiéndose —mitad desafiante, mitad intrigada. Como si no estuviera segura de si quería abofetearme o preguntar qué estaba pensando. Esa mirada no pertenece a alguien que es solo parte de una familia rival. Pertenece a alguien peligroso de una manera diferente.

Para cuando cruzamos las puertas, la casa está iluminada y esperando. El mensaje de Ronan decía que me reuniera con él en el estudio. Lo encuentro de pie cerca del carrito de bebidas, sirviendo un dedo de whisky pero sin beberlo. Mientras me acerco, finalmente se sienta y junta las manos, colocando el vaso en la mesa a su derecha. Luego asiente hacia la silla frente a él. Los expedientes sobre la mesa están cerrados pero bien usados.

—Tenemos una reunión con los Fitzpatrick la semana que viene —dice—. Terreno neutral. Lo hemos propuesto nosotros, no ellos.

Asiento, luego pregunto:

—¿Y han aceptado?

—Por ahora. Probablemente para ganar tiempo —dice—. Pero no esperes una negociación real. Es solo posicionamiento.

Se inclina hacia adelante, su voz firme.

—Estarán observando nuestras caras, nuestro tono, intentando averiguar cuánto hemos perdido con Corbin fuera. Si vacilamos, aunque sea una vez, ese será el titular con el que correrán los rusos.

Apoyo los codos en los brazos del sillón.

—Estás esperando que esto estalle.

—Los rusos están al acecho —dice—. Si esta guerra se desata, elegirán al ganador y aplastarán al perdedor.

Me reclino ligeramente, observándolo.

—Y me quieres en primera línea. —No solo me quiere allí. Quiere que yo lo dirija. Algo dentro de mí pulsa con excitación, no por estar a cargo, sino por la perspectiva de tener vía libre. Sin ojos que me vigilen para poder tomar decisiones que de otro modo no habría tomado. Como Nora...

—Tú eres el hombre clave en esto. Léelos. Si vacilan, presiona. Si se pavonean, destrúyelos. No necesito elegancia. Necesito ventaja — Ronan me está mirando fijamente, pero yo me siento vacío.

Asiento de nuevo y, aun así, mis pensamientos se desvían. Ya tengo una pista, solo que no estoy listo para compartirla.

Después de que terminamos, no me quedo. Encuentro a Kirk en el camino de entrada, con el motor ya parado. El viaje a casa es de nuevo silencioso, pero esta vez, dejo que los pensamientos lleguen. La conversación, la presión, la tarea, todo se desplaza hacia los márgenes. Lo que permanece en el centro es ella.

Cuando llegamos a mi casa, salgo, asiento a Kirk y entro sin decir una palabra más. No me molesto con las luces. Arrojo mi abrigo sobre la silla de la entrada, saco el móvil desechable del bolsillo interior y me siento en la barra de la cocina.

Su nombre está guardado bajo una sola letra. N.

Miro la pantalla más tiempo del que debería. No debería importar. Es una Fitzpatrick. Es una ventaja. Pero esa no es la razón por la que estoy pensando en ella.

Me lo justifico —me digo a mí mismo que es una forma de entrar, una voz útil si las cosas con su familia van mal. Pero lo sé mejor.

Mi pulgar se mueve antes de que pueda detenerlo.

Connor 21:47: ¿Estás disponible esta noche?

Dudo, luego añado,

Connor 21:47: Solo para hablar.

NORA

El bar está debajo de una librería en Parliament Street, tras una puerta sin señalizar y bajando una estrecha escalera que todavía huele ligeramente a madera vieja y whisky añejo. Lo elegí porque aquí nadie habla. Porque es el tipo de lugar que vive en susurros y vetas de madera, donde el personal sabe que no debe hacer preguntas y los habituales fingen no conocer nombres.

Me siento en un rincón, con la espalda contra la pared, mirando hacia la entrada. La mesa está demasiado pulida y es un poco pequeña, lo suficientemente cerca para que la conversación se mantenga en voz baja y nadie más pueda oírla. Una media medida de whisky escocés reposa frente a mí, del bueno, ahumado y fuerte. Aún no lo he tocado.

Él llega tarde, pero no demasiado. Solo el tiempo suficiente para que considere marcharme y empiece a preguntarme por qué accedí a reunirme con él en primer lugar.

Me ajusto el cuello del abrigo y aliso el frente de mi vestido, un modelo oscuro de lana cruzado que elegí por su sencillez. Encaja con el tipo de lugar que es esto: tranquilo, escondido, no destinado a llamar la atención. Compruebo mi teléfono de nuevo. No hay mensajes nuevos, solo su invitación ahí en la pantalla, breve y directa.

Respondí con la ubicación y una hora, nada más. No expliqué por qué elegí este lugar ni si planeaba quedarme mucho tiempo. Le di justo lo necesario para encontrarme si decidía no cambiar de opinión.

Cuando Connor entra con tres minutos de retraso, no duda ni escanea la sala como alguien inseguro de su entorno. Me localiza de inmediato y se dirige hacia mí. Lo observo caminar y admiro su mandíbula cincelada y la forma en que sus ojos me buscan mientras se acerca. Su abrigo es oscuro, con el cuello levantado contra el frío, y su expresión permanece cautelosa hasta que está lo suficientemente cerca para sentarse.

—Buena elección —dice, ocupando el asiento frente a mí—. No sabía que aún existían lugares como este.

—No existen —digo—. No para la mayoría de las personas.

Asiente brevemente y se acomoda en su silla. Una camarera se acerca silenciosamente, libreta en mano. Es joven, quizás tiene poco más de veinte años, con el pelo corto y oscuro recogido bajo una pulcra gorra negra. Nos mira alternativamente y esboza una sonrisa educada y ensayada.

—¿Desea algo? —pregunta.

Connor mira mi vaso. —Lo mismo que está tomando ella. —La camarera asiente y desaparece de nuevo, y yo doy un sorbo a mi bebida, observándolo por encima del borde. La cicatriz sobre su ceja izquierda es distintiva, pero no la noté la otra noche en la iglesia. Bajo la iluminación fluorescente de aquí, resalta. Me hace preguntarme dónde se la hizo, qué tipo de violencia ha visto este hombre.

—Pensaste que diría que no —digo finalmente.

—Pensé que no contestarías —corrige—. Es lo mismo. —Se inclina ligeramente hacia delante, apoyando los antebrazos en el borde de la mesa, con los dedos entrelazados con calma.

Tomo otro sorbo. —¿Entonces por qué preguntar?

—Quería ver si lo harías. —Lo dice como si no fuera nada, pero sus ojos no se apartan de los míos.

Me recuesto en mi silla. —¿Y ahora qué?

—Hablamos —dice. Luego añade—: Veremos adónde nos lleva. —Mira por encima de su hombro como si comprobara que nadie nos presta demasiada atención, luego vuelve a centrarse en mí. Se ajusta el puño de la manga. Se está dando algo que hacer hasta que el momento se asiente. Quizás esté nervioso como yo.

La camarera regresa con su bebida un momento después. Deja el vaso con suavidad, nos echa un rápido vistazo y dice: —Avísenme si necesitan algo más. —Su tono es educado pero eficiente, y vuelve hacia la barra, ya escaneando la sala en busca de su próxima mesa.

Connor da un sorbo, luego mira los estantes detrás de mí, alineados con botellas descoloridas y libros polvorientos que nadie abre. —¿Has estado alguna vez en The Brazen Head? —pregunta.

Asiento. —Una vez. Mi abuelo solía contar historias sobre ese lugar como si fuera terreno sagrado.

—Ahora apenas se mantiene en pie —dice—. Pero la música los domingos sigue siendo buena. —Mueve su vaso en un círculo lento, observando cómo se mueve el líquido—. Mi padre solía llevarme allí antes de morir —dice—. Antes de que Ronan se hiciera cargo y todo se complicara. En aquel entonces, era solo un lugar para sentarse y escuchar.

Lo observo un momento, tratando de imaginarlo como un niño lo suficientemente pequeño para ser llevado a algún sitio sin conocer el motivo. —Mi madre tenía un tocadiscos en la cocina —digo—. Siempre estaba sonando. The Dubliners, Christy Moore... Tarareaba mientras cocinaba, nunca perdía el ritmo. —El recuerdo es agradable para mí. Me encuentro sintiéndome nostálgica.

Asiente, bebiendo un sorbo. —Teníamos un viejo equipo de música destrozado en el garaje. Mi hermano decía que los altavoces estaban malditos porque solo reproducían Thin Lizzy y U2. —Su sonrisa no tiene precio.

Me río por lo bajo, y el sonido me sorprende. Me encuentro tan a gusto con él y lo estoy disfrutando. Pero se siente pecaminoso, sabiendo que mi padre probablemente mataría a Connor si supiera que estoy aquí. Probablemente también me despellejaría viva. —Solía escaparme a Whelan's en segundo de bachillerato —digo—. Le

decía a mi padre que estaba en grupo de estudio. Me habría encerrado si lo hubiera sabido.

—Whelan's es terreno sagrado —dice, con una pequeña sonrisa tirando de su boca.

Nuestra conversación adopta un ritmo natural. Hablamos con facilidad, sin intentar impresionar ni evitar lo obvio. Me acomodo más profundamente en la silla, sorprendida por lo poco que cuesta dejar ir la tensión. Connor también se relaja, como si le resultara fácil estar conmigo. No está tratando de impresionarme, y descubro que no me importa.

La conversación deriva hacia nombres de calles que ambos conocemos, la esquina de Capel Street donde tocan los músicos callejeros, el bar que cambia de nombre cada año pero de alguna manera permanece abierto. Eso nos lleva a hablar de la familia, menciones breves al principio, casuales y vagas, hasta que queda claro que ambos entendemos el peso detrás de nuestros apellidos. No pasa mucho tiempo antes de que hablemos de la vida que vino con ellos.

Deja su vaso, su expresión cambiando ligeramente. —El hijo de Ronan, tiene poco más de un año. Ni siquiera sabe que lo están criando para todo esto. No conoce el mundo del que ya forma parte.

Me muevo en la silla y asiento. —Solía pensar que los niños como él tenían suerte. Demasiado jóvenes para entender nada de esto. Ya no. —Miro a Connor—. Crecerá antes de tener la oportunidad de resistirse. Como nosotros.

Me estudia un momento más, y algo en su expresión cambia. Puedo ver el reconocimiento cruzar sus rasgos. Me entiende completamente. Toma otro trago, luego apoya el vaso contra la mesa sin mirarlo.

—¿Alguna vez sentiste que tenías una salida? —pregunto, con voz baja. Mi estómago está hecho un nudo porque después de desafiar a mi padre y negarme a casarme con Artur Volkov, lo único que quiero es una maldita persona que me entienda. Connor está dando señales de que podría hacerlo.

Exhala suavemente. —No realmente.

Asiento una vez, luego añado: —¿Alguna vez quisiste una?

Sus ojos se alzan para encontrarse con los míos. —¿Quererla? — repite—. Joder, sí. He querido salir más veces de las que puedo contar. Especialmente cuando era más joven.

Sus palabras me envuelven como una manta cálida, y finalmente me siento comprendida. —Igual... Algunos días, quiero salir tan desesperadamente que siento que podría quebrarme solo de pensarlo. Pero quererlo no significa que lo consigamos, ¿verdad?

Ofrece una lenta y firme negación con la cabeza, y eso conecta conmigo. —No, pero significa que ves el valor en la vida.

Mi garganta se tensa. —Es cierto. —No tiene ni idea de lo profundamente que siento eso en mis entrañas, lo mucho que deseo que los hombres de mi vida vean el valor que tengo.

Pasa el pulgar por el borde de su vaso mientras baja la mirada. Está reflexionando sobre lo que estoy diciendo, no me está callando ni diciéndome que tengo que ser útil. Así que eso es un comienzo.

—A veces, pienso que podría haber estudiado en el extranjero — digo—. Haber salido antes de que mi padre arreglara mi matrimonio con Volkov. Tenía una solicitud a medio rellenar antes de que papá la encontrara. No me habló durante una semana. Cuando finalmente lo hizo, me preguntó quién creía yo que era.

Connor me mira con una expresión indescifrable, y suspiro dejando caer la cabeza. —Yo solía pensar que acabaría trabajando con caballos. Había un establo justo a las afueras de Wicklow. Fui voluntario allí un verano antes de que Ronan me metiera en el negocio. Durante un tiempo, pensé que podría quedarme allí. Pero el mundo tiene una manera de obligarte a volver.

Doy un largo sorbo a mi vaso y lo deposito con cuidado. —Sí. La tiene.

Connor se mueve en su asiento un poco más cerca, como si el espacio entre nosotros de repente se sintiera innecesario. Sus ojos se encuentran con los míos, donde se detienen mientras me estudia. Parece estable, anclado en el momento, pero hay algo más en su expresión también.

Me inclino ligeramente hacia delante, con el codo apoyado en el borde de la mesa. No lo hago como una señal, pero su mirada sigue el movimiento.

—No hablo así con nadie —le digo—. Ni con mis hermanos. Ni con nadie de mi familia.

—Yo tampoco —responde. Su voz es apenas un rasguño ronco que apenas puedo oír—. Esa es la cosa con gente como nosotros. El mundo entero quiere actuación de nuestra parte, no escuchar lo que sentimos.

Mi cabeza se inclina en un lento asentimiento, y lo miro a través de mis pestañas. Hay un calor que se extiende por mi pecho y no tiene nada que ver con el whisky. Es él: su presencia, la extraña seguridad que siento aquí con él. Es como si me estuviera absorbiendo su gravedad, y ni siquiera intento resistirme.

Se pasa una mano por la nuca y luego la deja sobre la mesa, con los dedos a centímetros de los míos. —Eres fácil para hablar —dice. No es una frase hecha. Solo está siendo honesto, y golpea más fuerte por lo real que está siendo conmigo.

—No eres lo que esperaba —digo. Un hombro se mueve mientras me inclino más sobre la mesa, humedeciéndome los labios. Mi centro pulsa con calor, y mis manos se sienten sudorosas. Es casi como si el momento estuviera sobrecargado de electricidad estática, esperando la chispa cuando nos toquemos.

—¿Qué esperabas? —Connor levanta una esquina de su boca en una sonrisa irónica.

Dudo. —Alguien más duro. Alguien que me miraría como si fuera una amenaza. Ya sabes, un chico malo.

Su boca se levanta ligeramente. —Quizás lo seas.

—¿Qué? —pregunto, confundida. Frunzo el ceño y él se inclina más.

—Una amenaza... —Su aliento roza mi cara ligeramente. Huele al whisky que ha estado bebiendo, y lo respiro esperando que no se aleje.

—Y quizás te guste eso. —Trago saliva con dificultad, examinando cada inflexión de su rostro mientras se acerca tanto que juro que podría mordirme.

El silencio entre nosotros se tensa, pero no de mala manera. Vibra con una carga eléctrica que amenaza con consumirnos a ambos. Me inclino un poco más. También él. El beso es lento al

principio, exploratorio, como si ambos estuviéramos comprobando si esto es real.

Su mano roza la mía antes de agarrarla directamente y tirar de mí suavemente para ponerme de pie. Mi silla raspa suavemente contra el suelo mientras me levanto, con el corazón acelerado. No me suelta. En cambio, me guía alrededor de la mesa, sus ojos nunca abandonando los míos.

Cuando llego a su lado, me acerca, su mano encontrando mi cadera. Apoyo una mano en su hombro, la otra deslizándose instintivamente hacia la parte posterior de su cuello mientras nuestras bocas se encuentran por segunda vez.

Es más desordenado esta vez, más hambriento. El tipo de beso que sientes en las costillas, donde respirar se vuelve opcional. Me bajo a su regazo, a horcadas sobre él, y dejo que sus manos busquen ávidamente mi espalda y costados.

Cuando finalmente nos separamos, nuestra respiración es irregular. Nuestros labios están hinchados, nuestros rostros sonrojados. Permanecemos cerca, las frentes casi tocándose, el calor entre nosotros negándose a desvanecerse. Ninguno de los dos habla de inmediato. Simplemente nos quedamos allí, pegados el uno al otro, ambos reacios a dejar que la realidad irrumpa.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto, sin aliento.

—¿Cómo coño voy a saberlo? —pregunta Connor, sus ojos saltando de mis labios para encontrarse con mi mirada. Sus manos descansan en mis caderas y me empujan hacia abajo con fuerza. Lo siento crecer, y me hace querer hacer tantas cosas malas. Pero mis manos se extienden sobre su pecho, presionan ligeramente, y él afloja su agarre—. Podría llevarte a casa —ofrece.

—¿Y dejar que mi padre te vea? —Río suavemente, me inclino y lo beso de nuevo, mordisqueando su labio inferior, luego sonrío y me echo hacia atrás.

Alcanza mi mano de nuevo, pero retrocedo ligeramente y niego con la cabeza. —Si me vieran saliendo de tu coche... nos enterrarían a los dos.

La sonrisa de Connor se desvanece, reemplazada por algo más silencioso. Asiente una vez. —Sí —dice—. Tienes razón.

Odio lo cierto que es. Y odio estar en lo cierto. Porque ahora mismo, me gusta mucho este hombre que se supone que está completamente prohibido, y voy a tener un infierno de tiempo convenciendo a mi corazón de que no lo desee.

CONNOR

El patio está más silencioso de lo habitual, solo el pulso bajo de la maquinaria y algunas voces que se extienden por encima de las pilas. Un camión retrocede hacia el pasillo más alejado y uno de los operarios lo guía hasta su posición. Nadie me detiene cuando entro. Me han visto antes —no a menudo, pero lo suficiente.

Cruzo por detrás de la cargadora y me dirijo hacia la oficina del remolque. Alguien ha dejado una transpaleta atravesada en el camino. La rodeo.

Junto a las taquillas, un chico joven espera, observándome con una quietud medida. No habla hasta que estoy cerca, y cuando se mueve, lo hace justo lo necesario para pasarme el sobre desde el bolsillo de su chaqueta.

—Dejado donde indicaste —dice—. Nadie más lo ha tocado.

Lo cojo, y él no se marcha de inmediato. Cambia el peso de un pie a otro, saca un paquete arrugado de su bolsillo, y enciende un cigarrillo con una indiferencia que sugiere que ha hecho esta entrega antes. La llama prende, y exhala por la nariz sin mirarme.

Observo el pelo corto bajo su gorra y la sutil sombra de barba incipiente a lo largo de su mandíbula. Viste como el resto —botas de trabajo, chaqueta de lona pesada—, pero sus ojos siguen cada

movimiento que hago. Este es uno de los hombres de Draco, no un trabajador común del muelle o un peón.

Cojo el sobre y le hago un gesto con la barbilla. Él asiente una vez y luego regresa por donde vino. El punto de entrega está justo detrás de las taquillas, protegido por tres lados por el revestimiento de acero y la pila de palés rotos que nadie se ha molestado en mover. Es un lugar tranquilo, fácil de pasar por alto si no sabes lo que estás buscando. El hombre no mira atrás mientras se aleja, sacudiendo la ceniza cerca del guardabarros de un camión estacionado antes de desaparecer detrás del carril de la carretilla elevadora.

No reviso el sobre allí. Lo que sea que hay dentro era lo suficientemente importante como para moverse a través de canales discretos —sin mensajero, sin mensaje, solo una entrega en una esquina del patio donde nadie mira demasiado—. Ronan dijo que llegaría a través de alguien en quien confiamos, alguien vinculado a Draco, y que sería algo que necesitaríamos ver por nosotros mismos.

No me permito especular. Lo deslizo en el bolsillo de mi chaqueta y me mantengo concentrado en el resto del patio, con cuidado de no llamar la atención. Todavía hay trabajo en marcha a mis espaldas, y quiero irme antes de que alguien se dé cuenta de que estuve aquí.

De vuelta en el coche, aparcado junto a la salida sur donde no llegan las cámaras, abro la solapa. Dentro hay una única foto, sin nota ni marcas que la expliquen. Corbin está sentado en una cafetería que reconozco. Está a mitad de una frase, con una mano apoyada en una taza desportillada y la otra ligeramente levantada, gesticulando hacia alguien frente a él. Quien sea no es visible, solo el inicio de una manga y el borde de una mano. El marco lo corta.

Es uno de los establecimientos de los Fitzpatrick —no uno que anuncien—. Solo otra cafetería en una manzana que han controlado durante años. Si esto fue tomado dos noches antes del incendio, entonces alguien quiere que crea que les estaba pasando información. O al menos pasando tiempo con ellos, quizás vendiéndoles algo. ¿Un trato que salió mal?

Mantengo la foto plana, luego la vuelvo a meter en el sobre y la coloco en la guantera. Es una pieza más de algo feo e inacabado, y

aún no sé si está destinada a advertirnos o informarnos.

Poniendo el coche en marcha, me alejo. Tomo la ruta larga hacia el este, pasando por el borde de los muelles y serpenteando de regreso a través del barrio industrial. El tráfico no es denso, pero se ralentiza cerca del puente. El sobre permanece en la guantera, fuera de la vista, pero no de la mente.

Sigo pensando en el ángulo de la mano de Corbin en la foto, la forma en que tenía colocados los hombros. No estaba nervioso. Parecía cómodo. Eso me molesta más de lo que quiero admitir. Cuanto más conduzco, más empiezo a cuestionar si la foto estaba destinada a exponer algo o a provocarlo. En cualquier caso, no puedo quitarme la sensación de que alguien quiere una reacción —y están observando para ver qué hacemos con ella.

Debería dar la vuelta, conducir hasta la finca, llevar la foto a Ronan, iniciar el proceso de desmontarla pieza por pieza. En cambio, reduzco la velocidad cerca de una gasolinera abandonada y entro en el agrietado aparcamiento. La gaviota que estaba posada en el letrero roto se eleva cuando apago el motor. Me quedo quieto por un momento. Luego busco mi teléfono.

Llamo a Nora y me sale su buzón de voz. La línea suena mientras observo a un hombre mayor salir de un escaparate y comenzar a barrer los escalones en círculos perezosos, arrastrando las cerdas más que empujándolas, sin ninguna prisa por terminar el trabajo.

Lo intento de nuevo, sin esperar nada diferente pero necesitando intentarlo de todos modos. Necesito algún tipo de alivio del estrés, y lo sentí estando sentado frente a ella la otra noche. Sigue sin responder. El silencio que sigue me irrita más de lo que debería. Dejo caer el teléfono en el asiento del pasajero y miro a través del parabrisas, tambaleando los dedos contra el volante, pensando que quizás debería dejarlo estar. Luego lo recojo y la llamo otra vez, no porque piense que contestará esta vez tampoco, sino porque algo en mí se niega a dejarlo ir todavía.

Esta vez, Nora responde.

—Eres implacable —dice, y puedo oír movimiento detrás de su voz—zapatos sobre baldosas, un armario que se cierra. Suena tranquila, casi divertida.

Apoyo el brazo contra la puerta.

—¿Filtras las llamadas de todos o solo las mías?

—Depende del día —dice—. Y de quien llame.

—¿Mal momento? —pregunto, aunque en el segundo en que contesta, algo dentro de mí ya se calma. No es nada de lo que dice, ni siquiera el tono de su voz —solo el hecho de que respondió—. Que está al teléfono. Por primera vez en todo el día, no estoy tan tenso que no pueda respirar.

—Ya veremos —dice, sin comprometerse a nada todavía, y dejo que el sonido de su voz se extienda entre nosotros durante otro segundo antes de responder. Hay una breve pausa, luego pregunta —: ¿Qué necesitas?

—Algo para despejarme la cabeza —oigo el chasquido de un encendedor en su lado, seguido de una leve exhalación. Está callada, esperando a que continúe—. Ha habido demasiada charla hoy —añado—. Demasiadas preguntas sin respuestas. Pensé que un poco de compañía podría hacer más fácil respirar —no le digo directamente lo que realmente estoy pensando. Dejo que lea entre líneas. Terminamos la última conversación demasiado rápido.

—¿Siempre eres tan vago cuando quieres algo?

—Solo cuando intento mantenerlo simple —digo, pero no es toda la verdad. La deseo de una manera que aún no comprendo del todo, un deseo que es demasiado físico para ignorar y demasiado complicado para actuar sin precaución. No se trata solo de compañía o de aliviar la tensión, aunque ahora mismo, cualquiera de las dos me vendría bien. Es que algo de ella me desconcierta de una manera que no odio.

Oigo un suave tintineo de fondo, tal vez el sonido de un vaso sobre una encimera.

—¿Y con qué crees que puedo ayudarte, Connor?

—Aún no lo sé. Pero es más fácil averiguarlo en persona —le digo, observando el lento paso de un autobús en el carril más alejado de la carretera, con las ventanas vacías y empañadas. No sé qué espero que diga, solo que quiero mantenerla en la línea un poco más, lo suficiente para suavizar cualquier borde por el que haya estado caminando todo el día.

La voz de Nora se vuelve más baja, más firme ahora, pero lleva el más leve matiz de interés debajo.

—No eres sutil —dice, como si finalmente entendiera lo que quiero pero quisiera escucharme admitirlo.

Cambio de posición en el asiento, mis dedos apretándose contra el volante antes de relajarse de nuevo.

—No estaba intentando serlo —digo, y es la verdad. No tengo fuerzas esta noche para fingir. Si no hubiera contestado, no estoy seguro de qué habría hecho con el resto de la noche.

—¿Llamas por un favor o solo por una distracción? —pregunta, y me la imagino con la ceja levantada al decirlo, el lento despertar de la curiosidad rompiendo su distancia ensayada.

—Un poco de ambas —admito, mi voz más baja ahora, más confiada. Miro hacia la guantera, donde la foto sigue guardada detrás del pestillo. Se supone que debo estar centrado en eso, pero mi lado rebelde la desea a ella primero.

Otro tramo de silencio pasa entre nosotros, y aunque su voz está ausente, sé que no ha abandonado la línea. La pausa no es fría, ni tampoco cálida. Simplemente existe en ese espacio donde ella está decidiendo cuánto de sí misma dar. No presiono. Conozco el valor de esperar cuando alguien como ella está sopesando algo, y prefiero dejar que llene el silencio en sus propios términos a intentar forzarlo con palabras en las que no confiará.

—¿Dónde estás? —pregunta Nora.

—En la zona este. Cerca de los canales.

—¿Y quieres que haga qué, que vaya a buscarte? —Mi corazón da un salto en mi pecho ante sus palabras, una oleada de excitación mezclada con adrenalina. Mi miembro ya está endureciéndose.

Miro hacia la calle. Un chico pasa rodando en un patinete, demasiado rápido para el pavimento roto.

—Me reuniré donde quieras.

Suspira, y me la imagino apoyada contra una encimera de cocina, descalza, con los brazos cruzados, decidiendo si esto vale la pena.

—No eres bueno estándote quieto, ¿verdad?

—Solo cuando estoy pensando en alguien que hace que valga la pena.

Resopla una vez —divertida, no encantada—.

—Está bien. Te mandaré un mensaje.

—¿Cuándo? —pregunto, con voz firme, aunque ya me estoy inclinando hacia adelante en el asiento, cada parte de mí alerta a su respuesta. No debería importarme tanto una sola palabra, pero me importa.

—Pronto —su respuesta es casual, pero hay algo debajo, algo que sabe que me mantendrá pendiente, mirando la hora incluso mientras conduzco.

—Has dudado —digo, viendo cómo una ráfaga de viento empuja un vaso de café desechado a través del aparcamiento vacío.

—Me gusta hacerte esperar —su voz tiene una sonrisa, de esas que sabe que escucharé lo quiera o no.

—Entonces estamos iguales —digo, y casi lo creo. Porque por una vez, no me importa la espera. No si es ella quien está al otro lado.

Cuelga sin decir otra palabra, y me quedo allí unos minutos más, viendo cómo el cielo se vuelve gris sobre los tejados. La tensión que me siguió desde los muelles sigue ahí, pero menos aguda. Apoyo la cabeza contra el asiento y espero su mensaje.

NORA

Cuelgo antes de que pueda replantearme la decisión. La pantalla del teléfono se apaga en mi mano, pero la voz de Connor sigue resonando dentro de mi cabeza. Lo último que dijo —dime cuándo y dónde— se aloja en mi pecho, provocando una oleada de energía que me hace esbozar una sonrisa.

Dejo el teléfono sobre mi escritorio y me quedo mirando la pared durante un buen rato. Las sombras se extienden por el suelo, acercándose a mí como dedos negros. Si quiero salir de esta casa, tendré que ser un poco astuta y traicionera. No hay forma de hacer esto sin quemar a alguien. Así que elijo a alguien que se lo merece.

Liam McKenna no es el peor de los hombres de mi padre, pero tampoco es el mejor. Y cometió un gran error. Uno que puedo usar, uno que le perseguirá si no hace lo que le digo.

Abro el cajón inferior de mi escritorio y reviso las fotos que guardo escondidas allí —impresas, no digitales. He estado esperando una razón para usarlas, igual que las que utilizaba en mi adolescencia cuando quería escaparme o quedarme fuera más tarde de lo permitido. Una en particular se desliza del montón y cae boca arriba bajo la luz de la lámpara. La miro fijamente: la mano de Liam en la cadera de mi madre, con la cara de ella apartada de la cámara, pero la de él no. Y tampoco hay duda de que es ella.

Servirá.

Cuando por fin le encuentro, acaba de terminar su turno, con la chaqueta medio quitada y un pie ya apoyado en el camino de piedra de la finca mientras enciende un cigarrillo. El sol se ha puesto lo suficiente como para que su sombra se proyecte sobre el pavimento. No me ve hasta que estoy a unos pasos de distancia.

—Nora —dice, con voz plana de sorpresa—. ¿Todo bien? —Su frente se arruga con preocupación, como si fuera a lanzarse contra cualquiera que amenazara con hacerme daño. Ama a mi madre, y su preocupación se extiende hacia mí. Pero no le gustaré después de esto.

—Ni lo más mínimo. —Me detengo frente a él, con los brazos cruzados y la carpeta de fotos en la mano. Sacude la ceniza al suelo y se endereza, repentinamente alerta.

—¿Necesitas algo? —Sus ojos se entrecierran, y yo le dedico una sonrisa burlona.

—Sí —digo—. Las llaves. Del piso de Wexford.

Suelta una breve risa entrecortada.

—¿Ese sitio? Está en ruinas.

—No, está bajo una empresa pantalla que tu jefe usa para mover dinero. —Inclino ligeramente la cabeza—. ¿Crees que no sé qué edificios mantiene la familia fuera de los libros?

Su mandíbula se mueve de lado a lado.

—¿Por qué demonios te daría las llaves de ese lugar?

—Porque te arruinaré si no lo haces. —Mi mandíbula se tensa, entornando los ojos. Espero parecer intimidante y no solo la hija de su jefe.

Me mira fijamente, parpadea una vez, y dejo que la carpeta se abra lo suficiente como para que vea la foto superior. Su mirada cae con dureza, y algo en él se tambalea.

—No querrás amenazarme, Nora. —Su voz es áspera y baja. Piensa que puede intimidarme y que eso me hará retroceder, pero se equivoca, se equivoca completamente.

—No quiero tener que hacer esto —respondo—, pero aquí estamos.

No intenta coger la foto, no niega lo que insinúa, solo maldice por lo bajo y mira hacia el puesto de seguridad al borde del camino.

—Si le enseñas eso a tu padre, iniciarás un fuego que no podrás controlar.

—Cuento con ello. —Ahora estoy sonriendo porque le tengo justo donde quería y él lo sabe. No me importa que mi madre se acueste con él a espaldas de mi padre. Creo que el mundo entero comprendería la posición en la que él la tiene. Es imposible. Y como a mí, creo que la han maltratado. Las mujeres en este mundo merecen algo mejor. Pero Liam...

Me mira de nuevo, más tiempo esta vez. Su boca se abre, luego se cierra, y por un breve segundo, pienso que podría golpearme, pero entonces recuerdo que no soy un hombre, y eso le facilita fingir que esto no está sucediendo. Además, mi padre lo destriparía si me hiciera daño, incluso con nuestra mala relación.

—Tendré que registrarlo —murmura.

—No harás nada de eso. —Sonríe ahora, lenta y mostrando todos los dientes—. Me llevarás allí tú mismo. Sin registro, sin respaldo, sin decir una palabra a nadie. Estás fuera de servicio, ¿verdad? Nadie te rastrea cuando no estás trabajando.

—¿Planeas morir en ese apartamento? —Está enfadado. Puedo verlo en sus ojos, pero sabe que le tengo. No puede decirme que no.

—Esta noche no.

Apaga el cigarrillo en la piedra y exhala por la nariz. Luego, en voz baja:

—De acuerdo.

Se va a buscar las llaves sin decir otra palabra, y diez minutos después, estoy en el asiento trasero de un sedán negro discreto con Liam al volante. La ciudad se desliza por la ventanilla: giros estrechos, farolas parpadeantes, un cartel de neón de una licorería cerrada que zumba incluso sin nadie que lo vea.

No habla hasta que estamos a cinco minutos del piso.

—¿Crees que esto te comprará tiempo?

—No necesito tiempo. Necesito espacio. —Piensa que sigo enganchada a casarme con Volkov y no se da cuenta de que he

terminado ese acuerdo permanentemente.

No me mira.

—Estás jugando a un juego peligroso, Nora.

—Y tú estás fingiendo que no... —Finalmente, sus ojos se encuentran con los míos en el espejo retrovisor y puedo ver lo domesticado que está, como un animal salvaje enjaulado. No puede hacer nada al respecto.

El silencio se extiende de nuevo. Sus nudillos se flexionan alrededor del volante.

—Ella fue quien me llamó —murmura finalmente.

—No me importa quién llamó a quién. —Mi voz se afila—. ¿Crees que tengo esto porque estoy enfadada por el sexo? Eres un tonto. Lo tengo porque eres descuidado. Y los hombres descuidados son herramientas. Puedo usar una herramienta.

La calle se estrecha frente a nosotros. Gira a la izquierda sin señalizar y entra en un pequeño camino agrietado que lleva a un edificio achaparrado de ladrillo con una puerta oxidada y sin luces encendidas. El lugar está tranquilo, demasiado tranquilo. El tipo de edificio por el que pasas sin verlo.

Apaga el motor.

—Dame tu teléfono —digo.

Duda, luego lo saca del bolsillo de su chaqueta y me lo pasa. Lo apago y lo guardo en mi abrigo.

—Lo recuperarás cuando haya terminado.

—¿Y cuándo será eso? —pregunta.

—Cuando yo lo diga. —Le miro fijamente y resoplo—. Vuelve a medianoche. Ni un minuto antes.

Salgo a la noche. Él no me sigue. Solo se queda en el asiento del conductor, observando.

Ya tengo las llaves en la mano. Cruzo hasta la puerta e introduzco una en la cerradura. Gira más fácilmente de lo que esperaba. Miro por encima de mi hombro para ver cómo las luces traseras del sedán desaparecen en la distancia y sonrío para mis adentros por ser tan astuta.

Dentro, el lugar está despojado pero intacto: muebles baratos, suelo limpio, sin signos de uso reciente. Justo lo que necesito. Le

envío un mensaje a Connor con la dirección. Luego cierro la puerta con llave detrás de mí y paseo frente a las ventanas, esperando a que vuelvan a aparecer faros en el camino de entrada.

Cuando finalmente llega el golpe en la puerta, sé que es él. Abro, y Connor entra sin esperar invitación. Tiene el abrigo medio desabotonado y los ojos oscuros esta noche. Avanza con decisión, y yo cierro la puerta tras él, sintiéndome repentinamente un poco tímida.

Mis palmas están instantáneamente sudorosas, mi lengua pegada al paladar. Me siento nerviosa, pero no puedo precisar por qué. No es como si fuera mi primera vez, pero definitivamente es la primera vez que desafío abiertamente a mi padre en un mundo tan peligroso.

Necesito una copa.

Sin decir palabra, me dirijo a la cocina y abro una botella de whisky que encuentro en el armario. Hay dos vasos cortos, de cristal fino y barato, pero servirán. Sirvo para ambos, sin hielo.

Él toma el que le ofrezco, y no espero a ver si lo bebe. Me giro y camino hacia el dormitorio.

Me sigue, más lentamente de lo que esperaba. En el umbral, hago una pausa, todavía con el vaso en la mano.

—¿Es esto... lo que creo que es? —pregunto, sin mirarle directamente a los ojos. Mi voz suena demasiado firme para parecer nerviosa, pero lo siento en lo profundo de mi vientre.

No se hace el tonto.

—Sí. Lo es.

Se me corta la respiración, no por miedo sino por algo más. Algo más agudo.

—¿Crees que esto es inteligente? —pregunto.

Da un paso más cerca.

—No. Pero creo que es inevitable.

Su voz es baja, lo suficientemente suave como para deshacerme.

—Tú y yo tenemos fuego. Lo sientes. Yo también. ¿Por qué luchar contra ello cuando podríamos arder juntos?

No respondo con palabras. Cambio mi peso, mis ojos recorriendo las líneas afiladas de su mandíbula, la forma en que me observa

como si ya supiera lo que decidiré.

—¿Siempre hablas tanto cuando estás a punto de cometer un error? —murmuro.

—Solo cuando espero que no sea uno —dice.

Entonces deja su vaso en la cómoda, da el último paso entre nosotros y me besa, lenta e impenitentemente.

Se lo permito.

No puedo resistirme. Su lengua se desliza sobre la mía, y lo siento entre mis piernas, caliente y eléctrico. Llevo mis manos a su camisa, agarrando la tela con fuerza mientras el beso se profundiza. No necesita más invitación. Sus manos se deslizan hasta mi trasero, forzando mi cuerpo contra el suyo, y puedo sentir lo duro que está. Gimo en su boca, y ahora soy yo quien no puede parar.

Rompe el beso, pero solo por un segundo antes de que sus labios recorran mi mandíbula, dejando fuego a su paso. Me agarra el trasero, me levanta hasta el borde de la cómoda, y en un fluido movimiento, me sube la falda, dejando al descubierto mi parte inferior. Sus manos se deslizan por mis muslos, y engancha dos dedos alrededor de mis bragas en cada cadera y tira de ellas hasta que están alrededor de mis rodillas.

—Entiendes las reglas, Nora —dice, con voz baja y áspera contra mi oído—. No estoy aquí para ser amable. Estoy aquí para hacerte suplicar.

Jadeo con anticipación, mi centro ardiendo por él.

—Entonces hazlo —le desafío, separando más las piernas, revelándome. Mis bragas caen hasta mis tobillos y las pateo, y mi corazón golpea contra mi caja torácica mientras espero su próximo movimiento.

No me decepciona. La mano de Connor cae con fuerza sobre mi nalga derecha con un sonoro azote. El escozor me recorre, doloroso y electrizante a la vez. Mi centro se estremece, y dejo escapar un gemido que es mitad dolor, mitad placer, pero no le pido que pare. No, Dios me ayude, no quiero que pare. Su dominación enciende algo dentro de mí que no sabía que estaba ahí: un hambre animal por más.

—¿Te gusta eso, eh? —gruñe, sin darme tiempo a responder antes de que su otra mano me azote de nuevo, pero estoy mordiéndome el labio, asintiendo mientras lo hace, y entonces su boca cubre la mía otra vez.

Mis manos trabajan en la cremallera de su abrigo, deshaciéndola. Luego lo deslizo por sus hombros.

Connor aparta sus manos de las mías mientras deslizo el abrigo por sus brazos, luego desabrocha un botón en la parte superior de su camisa, usando una sola mano para quitársela por la cabeza.

Sus ojos se entrecierran, pero su intensidad no flaquea. Desliza una mano entre mis piernas y gimo abiertamente.

—¿Mojada para mí? —ronronea. Mis mejillas arden, pero no lo niego—. Oh, joder, lo estás —gruñe, con la voz desgarrada por la lujuria—. Estás tan jodidamente mojada para mí.

No puedo evitarlo. Me froto contra su mano, y él gruñe, un sonido primario y gutural que me hace estremecer. Su otra mano se desliza alrededor de mi cuello, la punta de su pulgar presionada justo debajo de mi mandíbula mientras su boca encuentra la mía de nuevo, caliente y voraz, devorándome por completo. Su erección presiona insistentemente contra mi rodilla mientras se frota contra mí, y gimoteo en su boca. Quiero que se quite los pantalones y meta su polla dentro de mí.

Su agarre se tensa alrededor de mi cuello, no lo suficiente como para hacerme daño, pero lo justo para hacerme saber que está al mando.

—Dime que lo quieres —gruñe contra mis labios.

Le miro con ojos entrecerrados, pero la verdad es que nunca me he sentido más excitada en mi vida.

—¿Estás de coña? Estoy chantajeando a uno de los hombres de mi padre para estar aquí. Si no quisiera esto, no habría contestado esa llamada.

Connor usa eso como consentimiento y me muerde el labio con fuerza. Agarro la hebilla de su cinturón y la abro de un tirón, bajando sus vaqueros y bóxers por su trasero. Su polla dura como una roca salta libre y se yergue orgullosamente, y siento que se me

tenso el pecho. Es enorme, como descomunal. Nunca había visto una polla tan grande.

—Condón —murmuro, y o no me oye o no le importa. Se acaricia a sí mismo, y yo observo mientras murmuro de nuevo—: Condón...

—A la mierda eso, cariño. Ahora eres mía. —Connor está tan seguro, tan confiado. Ni siquiera protesto cuando acerca mis caderas a su cuerpo y guía su polla entre mis muslos.

Estúpida, estúpida, estúpida, me reprendo mientras la polla sin protección de Connor besa mi entrada. No puedo negar la oleada de adrenalina que inunda mi sistema, y aunque una parte de mí grita protestas, el resto de mí vibra de necesidad. Esta es una línea que no debería cruzar, especialmente con él. Quiero decirle que pare, pero me sale como un jadeo cuando se introduce en mí un par de centímetros.

Mi cuerpo se estira para adaptarse a su grosor mientras se desliza más profundamente, llenándome. Gruño, él gime, y cuando toca fondo, me encuentro mordiéndole el hombro. Su mano se tensa en mi muslo, la otra en mi cuello, y siento su pulgar presionando en mi punto de pulso.

—Oh, joder —gruñe contra mi cuello, su aliento caliente y tembloroso—. Tu coño está tan jodidamente caliente.

Trago con dificultad contra su pulgar, pero no mueve la mano. Mis dedos se enredan en el cabello de su nuca, y mi cabeza se arquea hacia atrás mientras pequeños jadeos de placer escapan de mis labios. Mi cuerpo está en llamas. Esto es mejor de lo que imaginaba. Mis dedos encuentran mi clítoris y comienzan a frotar.

—Ahora eres mía, Nora —se burla, empujándose provocativamente un poco más dentro de mí, y gimo, mi cuerpo traicionándose—. ¿Lo has sentido, verdad? —Sonríe con suficiencia—. ¿Quieres más?

Sacudo la cabeza negando, pero mis caderas dicen lo contrario. Se frotan contra él. Su agarre en mi cuello se tensa levemente, presionando su pulgar con más fuerza en señal de advertencia.

—No me mientas. —Su gruñido es oscuro y peligroso.

Gimo mientras empuja hasta el fondo otra vez, sin aliento y perdida en las sensaciones de placer-dolor que me recorren cuando

golpea mi cérvix. Estamos unidos de la manera más primaria posible, y todo lo que puedo hacer es aguantar como si me fuera la vida en ello.

—Siente lo jodidamente bien que se siente —gruñe en mi oído, su aliento caliente contra mi piel—. No he podido pensar con claridad desde que te vi por primera vez... tu boca insolente, esas curvas. Me vuelves jodidamente loco, Nora. —Sus caderas se mueven contra las mías, enviando una descarga de placer por cada nervio de mi cuerpo.

Me arqueo, incapaz de contenerme. Las sensaciones contradictorias de dolor y placer se mezclan en un crescendo insoportable. Gimo, mi orgasmo acercándose con cada embestida.

—Connor —jadeo. Su nombre es una súplica desesperada en mis labios. Apenas puedo respirar ahora, y todo lo que quiero es dejar que este orgasmo me destruya hasta convertirme en polvo y luego me reconstruya de nuevo.

—Eso es, nena. Córrete para mí. Quiero sentir lo mojada y apretada que te pones cuando te corres. —Sus palabras literalmente me prenden fuego, su polla reclamándome sin disculpas con cada embestida profunda. Se retira casi por completo, solo para volver a clavarse con un sonido húmedo que hace que todo mi cuerpo se estremezca—. Joder, te sientes tan bien alrededor de mi polla.

Esta confesión envía una oleada de calor a través de mí, mezclándose con el clímax inminente que ya amenaza con consumirme. Y cuando su mano se levanta de mi muslo, golpeando de nuevo con fuerza mi nalga, se rompe.

La marea del orgasmo me arrastra, ahogándome, luego dándome vida de nuevo, solo para sofocarme. Cuando Connor afloja su agarre y el oxígeno entra en mis pulmones, hace que el orgasmo sea tan intenso que grito y me sacudo. Esta vez, su mano cubre mi boca, ahogando los sonidos, y siento que el calor comienza a extenderse dentro de mí mientras él se libera.

—Joder, Dios —gime Connor, jadeando pesadamente. Su polla palpita dentro de mí, cada latido de su corazón enviando ardientes zarcillos de placer a través de mi centro—. Eso fue... Joder... —Se interrumpe, encontrando mis ojos con los suyos, salvajes.

Estoy demasiado agotada para responder, todo mi cuerpo como gelatina. En algún lugar en el fondo de mi mente, sabía que esto pasaría: follar con él. Lo supe cuando cogió mi teléfono y metió su número en él.

Da un paso atrás y se sube los pantalones, se guarda su miembro, luego recoge mis bragas del suelo donde cayeron antes y me las entrega.

Me las pongo y agarro mi falda, todavía recuperando el aliento. Él me observa mientras se abrocha los vaqueros, con una sonrisa perezosa y arrogante.

—Vas a tener que dejarme entrar en este sitio otra vez —dice.

Levanto una ceja mientras arreglo mi falda.

—¿Ya estás planeando tu próxima visita?

Se inclina, rozando sus labios justo debajo de mi oreja.

—Planeo hacerte suplicar la próxima vez.

Dejo escapar un suspiro, mitad burla, mitad risa.

—¿De verdad crees que habrá una próxima vez?

Se encoge de hombros mientras se endereza.

—Tú quieres que la haya.

No respondo. No porque se equivoque, sino porque tiene razón.

Un momento después, le estoy empujando hacia la puerta trasera, con el abrigo colgando de su brazo.

—McKenna no es tonto —digo—. Volverá en veinte minutos. No necesito que registre tu coche fuera.

Connor asiente, sin discutir, y sale al callejón, pero antes de doblar la esquina, me mira de reojo.

—¿Sin arrepentimientos?

Me apoyo en el marco de la puerta.

—Ninguno que me impida hacerlo de nuevo.

Sonríe y desaparece en la oscuridad, y yo cierro la puerta. Esto no se trataba de acostarme con Connor O'Rourke. Se trataba de rebelión. De hacer algo que mis padres nunca aprobarían y disfrutar de cómo se sentía. Sé quién es, lo que es. Pero por una vez, no me importó.

Se sintió bien desear algo.

Se sintió aún mejor tomarlo.

CONNOR

El pub al que me envió Ronan no tiene nombre, ni letrero, solo una ventana tapiada y un callejón torcido a la izquierda donde las bombillas zumban contra los revestimientos de metal corrugado. La calle Clanbrassil está más silenciosa de lo habitual, húmeda por la última llovizna, los olores a whisky viejo y orina aún intensos en la brisa. Killian espera junto a la acera, una mano en el bolsillo de su abrigo, la otra apoyada distraídamente sobre el techo del coche.

Le hago un gesto con la cabeza y él no me sigue. Se supone que esta reunión es de caballeros, pero eso está aún por verse. Se supone que estamos aquí para hablar de paz, pero este lugar, elegido por los Fitzpatrick, no es precisamente un símbolo de armonía.

Dentro, huele a lejía y roble viejo. Como si alguien hubiera hecho un tipo diferente de limpieza aquí, aunque alguien barrió el lugar. Aun así, la sangre de la última vez que utilizaron esta sala todavía permanece en las grietas del entarimado. Los taburetes están boca abajo. Las estanterías, vacías. Solo la mesa del centro permanece en pie, con una única botella en medio, medio llena, sin tocar y cubierta de polvo. Cruzo la sala lentamente, colocando cada paso con cuidado, midiendo cada respiración.

Callum Fitzpatrick ya está sentado, con la espalda contra la pared del fondo, la mirada firme, los brazos extendidos sobre el banco del reservado como un hombre que controla algo que en realidad no domina. Sus lugartenientes están a ambos lados: Cian, el más corpulento, con los nudillos rotos y el tic nervioso de un hombre al que le gusta usarlos; y Finbarr, delgado y afilado, del tipo que susurra antes de cortar gargantas.

Siempre me han parecido teatreros: Callum con su bravata hueca, Cian impaciente por conseguir permiso para golpear, y Finbarr callado pero siempre al acecho. Se comportan como si el poder fuera algo dado, no un premio ganado con sangre. Pero los más inteligentes lo saben mejor. El verdadero poder no necesita exhibirse. No hace falta anunciar cuando un león entra en la habitación.

—O'Rourke —dice Callum, como si fuera un insulto.

—Fitzpatrick —respondo con calma.

No me siento hasta que él me lo indica. No es cortesía, solo teatro de poder. Tomo asiento lentamente. Mi chaqueta permanece abierta. Mis manos descansan sobre la mesa donde pueden verlas. Sin armas, según lo acordado. Ni siquiera un bolígrafo.

—¿Te ha enviado tu hermano para hacerte el simpático y luego clavar el puñal? —pregunta Callum.

—Ronan me envió porque cree que podemos llegar a un acuerdo.

Resopla, dirigiendo su mirada hacia Cian y luego de vuelta a mí.

—Qué gracioso. Dicen que los rusos ya cerraron un trato con alguien. Quizás llegamos tarde a la fiesta.

—Si alguien cerró un trato, no ha vivido lo suficiente para cobrarlo —respondo—. Pero quizás esa es la fiesta a la que te referías.

Finbarr se mueve, con los brazos cruzados, pero su mirada no vacila. No lo reconozco.

Callum se inclina hacia delante.

—¿Esperas que creamos que esta reunión es algo más que una pose? Vosotros perdisteis un intermediario. Nosotros perdimos la paciencia. ¿De qué exactamente estamos hablando aquí?

—De contención —digo—. No estamos aquí para probar quién sangra más rápido. Estamos aquí para detener la hemorragia.

Me estudia. Sostengo la mirada. La habitación ahora se siente más pequeña, densa y viva, tensa como si fuera a romperse. La botella en el centro de la mesa sigue sin ser tocada.

Estamos aquí porque los rusos están al acecho, observando en qué dirección se inclina la ciudad antes de elegir un bando. Ya han hecho acercamientos, sutiles, silenciosos, justo lo suficiente para avivar el miedo sin hacer promesas. Si los Fitzpatrick presionan demasiado o si nosotros respondemos con demasiada dureza, los rusos atacarán. Ronan apuesta a que si mostramos disposición a hablar, ganamos tiempo, el suficiente para estabilizar nuestros muelles, reforzar nuestras rutas y evitar que manos externas arrastren toda esta guerra más allá del punto de retorno. No me envió aquí para estrechar manos. Me envió para evitar que nos desangremos el tiempo suficiente para elegir nuestro campo de batalla.

En el instante en que ese acuerdo entre los Fitzpatrick y la Bratva se vino abajo, y Nora se echó atrás, las aguas se volvieron violentas. Los rusos perdieron prestigio. Ahora quieren compensación. Están esperando una fractura lo bastante profunda para ensancharla. No quieren trabajar con nosotros. Quieren elegir al ganador y borrar al otro del mapa. Esto no se trata de hacer las paces. Se trata de mostrar a los Fitzpatrick que su única oportunidad de supervivencia es estar a nuestro lado, no frente a nosotros. Porque si entramos en guerra entre nosotros, los únicos que quedarán en pie hablarán ruso.

Junto las manos sobre la mesa, con voz firme.

—Ofrecemos territorio compartido en los muelles del sur: rutas limpias, nada sucio pasando por ningún lado. Vosotros mantenéis vuestro extremo, nosotros el nuestro. Si disputamos algo, se resolverá a través de un tercero neutral. No más cuerpos desplomados en coches en marcha, no más escaparates ardiendo como piras funerarias, y no más niños escondiéndose bajo las mesas porque tienen el apellido equivocado.

Cian se burla por lo bajo. No lo miro.

—¿Y a cambio? —pregunta Callum, con la cabeza inclinada como si ya conociera la respuesta.

—Proponemos un alto el fuego, temporal, de dos meses de duración. Debería ser suficiente para evaluar los daños ya causados, rastrear las vulnerabilidades en nuestras rutas y reparar las fracturas antes de que se extiendan más. Necesitamos espacio para respirar antes de que caigan más cuerpos. —Encuentro su mirada—. Conservaréis vuestros muelles. Nosotros conservaremos los nuestros. Nadie prueba la línea a menos que esté dispuesto a sangrar por ello.

La habitación queda en silencio. Nadie habla. Callum observa como un hombre que cuenta consecuencias, no segundos. La mandíbula de Cian se tensa, los hombros cuadrados pero inmóviles. Finbarr ni siquiera mueve los pies. Esto no es una pose. Es el momento en que cada hombre en la sala decide si asentir o alcanzar un arma.

—Es mucha confianza para apostar en palabras —dice Callum.

—Eso es todo lo que cualquiera de nosotros está haciendo —respondo—. Confiar en que nadie quiere una guerra que no puede permitirse terminar.

Cuando termino, nadie habla. Callum se reclina, con expresión indescifrable. Luego se ríe, bajo y mezquino.

—¿De verdad crees que esto termina con condiciones? ¿Crees que un acuerdo por escrito cambia quién sangra o quién paga por limpiarlo? —Callum coge la botella del centro de la mesa, estudia el polvo a lo largo del cuello, luego la vuelve a dejar sin servir. Su pulgar golpea una vez contra la madera. No la está descartando, está ganando tiempo.

—Entonces veremos a quién entierran las calles —respondo—. Vinimos con la mano abierta. Lo que hagas con ella depende de ti.

Aparto mi silla lentamente y dejo que el arrastre haga eco. Los ojos de Callum siguen el movimiento, pero no habla. Me pongo de pie, me aliso la chaqueta y mantengo su mirada como si todavía estuviera sentado frente a él. Lo está sopesando: si dejar que esto siga su curso o complicarlo ahora. Le doy la salida.

—¿Ya te marchas? —pregunta Callum.

—Hice lo que vine a hacer. —Me giro para dirigirme a la puerta pero no llego muy lejos.

Vuelve a reírse, pero ahora con menos humor.

—¿Tienes deseos de morir o simplemente te pone cachondo mi hermana? —La voz de Callum corta el aire, y me giro lentamente.

Se levanta y avanza hacia mí, con los puños cerrados a los costados. No puedo evitar preguntarme si él, como yo, ha colado alguna arma. Podría estar mirando el cañón de un arma en cualquier momento.

—¿Crees que mirarla así en el memorial no iba a llegarme? —No respondo. Él se acerca más—. ¿Le haces ojitos a Nora como si fuera una camarera en territorio neutral? Eso no es solo una falta de respeto, O'Rourke. Es una provocación.

Sigo sin decir nada. Se acerca sin previo aviso y golpea. El puñetazo aterriza justo en el lado izquierdo de mi mandíbula, girándome la cabeza con suficiente fuerza para que el dolor atravesase mis dientes y mi cuello. Doy medio paso atrás, con sangre subiendo a mi boca, luego avanzo y devuelvo el golpe.

Caemos por la puerta hacia el callejón donde está oscuro. Mi codo golpea su costilla mientras su rodilla conecta con mi muslo. Es un enredo de extremidades y puños. Cada golpe aterriza por instinto, no por técnica. Me agarra por el cuello y me estampa contra el ladrillo, una y otra vez, hasta que rompo su agarre con un giro y contraataco, inmovilizándolo contra la pared.

Mi antebrazo presiona contra su garganta, lo suficientemente fuerte como para cortar la respiración.

—¿Crees que vine aquí a empezar algo? Vine para dar a tu gente una razón para retroceder. No me hagas arrepentirme.

Tose cuando lo suelto, escupe a un lado, luego se limpia el labio como si fuera él quien sangra, mientras el sabor cobrizo de la sangre en mi lengua revela quién resultó realmente herido.

—Mantente alejado de ella —gruñe, pero no tengo intención de cumplir esa orden.

Me limpio la sangre del labio.

—Díselo a ella.

Se estremece, pero no viene contra mí de nuevo. Nos miramos bajo la luz zumbante que apenas me permite ver la rabia en su rostro. Sus hombres están cerca de la puerta, y si tuvieran armas, seguro que ya las habrían sacado.

—Eso pensaba —le digo cuando frunce el ceño y da un paso atrás.

Regreso al coche sin mirar por encima del hombro. Killian ve la camisa rasgada, el labio partido, pero no dice nada. Abre la puerta. Me deslizo dentro, la respiración se ralentiza, el corazón firme.

No acordamos nada. Pero algo cambió en esa habitación.

Puede que acabemos de abrir una puerta que nadie puede cerrar.

NORA

El invernadero sigue húmedo cuando regreso, aunque el sol ya ha comenzado a ocultarse tras los setos. El calor se adhiere a los cristales como sudor. La mayoría de las plantas están demasiado crecidas, extendiéndose más allá de los límites de sus macetas, con hojas pesadas por la humedad y el desuso. Le han dicho a Orla que lo mantenga, pero dudo que vuelva por aquí. Nadie lo hace excepto yo.

Cierro la puerta tras de mí y luego alcanzo las tijeras de podar colgadas en el gancho junto al marco. El romero necesita recortarse otra vez, y las campanillas están estrangulando las raíces de algo que ya no reconozco. Hay consuelo en podar lo que ha crecido salvaje. Al menos aquí, puedo decidir qué se queda y qué se corta.

La reunión se alargó. Los hombres de mi padre hablaron en círculos durante dos horas: mapas, nombres, movimientos, rumores de interés ruso filtrándose de nuevo por los muelles. Creen que están siendo astutos, pero solo están ganando tiempo. Ninguno quiere admitir que están asustados.

Me limpio el sudor del labio superior y corto un montón de tallos marchitos. El silencio se siente merecido. Podría quedarme aquí otra hora, perderme en el ritmo de pequeñas cuchillas y decisiones más simples, pero si lo hiciera, mi padre me mataría. Se me ha hecho

saber claramente que ya no soy dueña de mi propia persona. Soy una herramienta en su mano, me guste o no. Puede que no sea un matrimonio forzado, pero no es lo que quiero.

Dejo el invernadero después de permitir que mi estrés se disipe. Para cuando regreso a la casa, los pasillos se han enfriado. Las luces ya están atenuadas. Mis tacones golpean suavemente contra la alfombra. Arriba, la puerta de mi habitación está entreabierta.

Eso es nuevo.

La empujo suavemente y veo un ramo en el borde del escritorio como si siempre hubiera pertenecido allí. Rosas y espino blanco, fuera de temporada, fuera de lugar. No hay etiqueta, ni cinta, ni tarjeta entre los tallos. Pero sé exactamente quién lo dejó. Y sé exactamente lo que significa. Me hace sonreír mientras toco ligeramente los pétalos y pienso en su aliento sobre mi piel.

El espino blanco lo delata. Ningún florista en Dublín se molestaría en combinarlo con rosas tan tarde en el año. Y nadie en esta casa se atrevería a dejarlo aquí sin pedir permiso para entrar en mi habitación. Solo no sé cómo logró entrar o por qué se arriesgó. Tal vez pagó a alguien, lo que es aún más peligroso, considerando cómo reaccionaría mi padre ante un hombre dentro de su casa siendo pagado por un enemigo.

Mi pulso se acelera con una excitación nerviosa, no es miedo, sino algo lo suficientemente intenso como para hacer que mis dedos tiemblen ligeramente mientras alcanzo el jarrón. Los tallos están frescos, probablemente cortados esta mañana.

Connor O'Rourke no deja notas. Deja pistas, y me gusta hacia dónde va esta.

Llevo el ramo al baño y lo coloco detrás del armario de la ropa de cama, bien fuera de la vista. Mi padre no echará de menos lo que no sabe que debe buscar, y yo seguiré disfrutando del fragante aroma de las rosas mientras permanezcan frescas.

En el momento en que vuelvo a entrar en la habitación, oigo la voz de mi padre en el pasillo. Pasos pesados. Un roce de sus nudillos contra la moldura antes de entrar sin llamar.

Nunca llama.

Sus ojos recorren la habitación como siempre lo hacen, como si estuviera entrando en una reunión informativa, no en el dormitorio de su hija. No mira el armario ni la cama. Su mirada cae sobre mí y permanece allí.

—Callum dice que O'Rourke no podía quitarte los ojos de encima —dice. No contesto. No hay nada en mi rostro que le dé motivos para seguir hablando, pero lo hace de todos modos—. En el funeral... Tranquilo como un cadáver, ese. No como su hermano. Demasiado quieto. Te hace preguntarte.

Me acerco a la cómoda y finjo revisar una pila de bufandas dobladas. Cualquier cosa para evitar encontrarme con sus ojos. —Tal vez simplemente está mejor entrenado —sugiero con naturalidad, porque ahora sé por qué Connor no podía quitarme los ojos de encima. Y tengo que mantener la espalda hacia mi padre para evitar que vea la sonrisa que intento ocultar.

—No —dice él—. Hombres como él no hacen nada sin intención. Si está tranquilo, es porque está ocultando algo. —Da un paso más dentro de la habitación, y su peso llena el espacio—. ¿Hay algo entre vosotros dos?

La pregunta es esperada, pero aún así golpea con el peso de un martillo en mi pecho. Me giro hacia él lentamente. —Por supuesto que no. —Mis manos están sudorosas y tiemblan, así que las doblo cuidadosamente frente a mí mientras me vuelvo para enfrentarlo.

Me observa con esa misma mirada entrecerrada que ha usado desde que yo tenía doce años. Solía hacerme tartamudear. Ahora solo me irrita.

—Connor O'Rourke no habló más que formalidades —digo—. Ni siquiera me miró directamente.

—No es lo que vio Callum. —Los labios de mi padre se aprietan en un gesto de enojo mientras sus ojos se entrecierran aún más. De repente me siento ardiendo, con ganas de recogerme el pelo y sentarme en el tejado fuera de mi ventana.

—Entonces quizás Callum esté viendo fantasmas —respondo, manteniendo un tono sereno—. No hubo nada entre nosotros más que distancia.

Entrecierra los ojos. —¿Estás segura de eso?

No dejo que mi expresión cambie. —Sé cuándo un hombre está intentando hacerme ojitos, papá. Connor es un soldado entrenado para prestar atención a las cosas que destacan, y tú enviaste a una mujer a hacer tu trabajo. —La pulla da en el blanco.

Queda suspendida en el aire por un momento. Luego resopla una vez y se ajusta el puño de la manga, como hace cuando intenta no parecer avergonzado. O cuando está decepcionado y quiere que lo sepa.

—Si está tramando algo —dice—, lo sabremos pronto.

Asiento una vez, pero puedo notar por la forma en que su mirada persiste que no se lo traga. No del todo. No dice nada más, no directamente. En cambio, se mueve hasta la ventana, mira hacia fuera como si estuviera considerando algo más grande que yo, luego se vuelve.

—Si está aunque sea medio interesado —dice, más bajo ahora—, vamos a aprovecharlo. Te harás útil, de una manera u otra.

El cambio en su tono es peor que si gritara. Esta es la voz que usa cuando ya ha decidido. Cuando yo ya he perdido la discusión.

—Nombres. Debilidades. Horarios. No me importa cómo los consigas —añade—. Si te está mirando, le darás algo para que siga mirando. Y cuando esté lo suficientemente cerca, extraeremos lo que necesitamos.

Mantengo mi rostro inmóvil, le doy el asentimiento que quiere. Me quedo allí por un momento, congelada. Una parte de mí quiere gritar. Otra parte quiere llorar. Pero la mayor parte de mí solo quiere quemar algo. No gritó, no maldijo, no me puso las manos encima, y de alguna manera, eso lo hace peor. Es la calma lo que me inquieta. La forma en que habló como si yo ya estuviera sobre la mesa, ya intercambiada, ya en la red.

No espera una respuesta de mi parte. Sus zapatos rozan contra la madera mientras se gira y abre la puerta con demasiada fuerza, la deja abierta de par en par, luego la cierra de golpe con la suficiente contención para que no suene como una amenaza. El sonido aún hace que apriete la mandíbula.

Podría hacer lo que él quiere. Sonreír bonito, recopilar detalles, servir a los O'Rourke en bandeja de plata. Podría hacerlo todo. Pero

no lo haré. No así. No soy su maldito peón. Soy una persona con sentimientos y deseos.

Cruzo la habitación y me siento en el borde de la cama, con el teléfono firmemente agarrado con ambas manos. Mis pulgares flotan sobre la pantalla, pero aún no escribo. Pienso en el rostro de Connor la noche que me encontró en el patio. La forma en que me miraba, no como a una enemiga, no como a una amenaza, sino como si estuviera interesado.

¿Qué diría si supiera que mi padre planeaba usarme para destriparlo desde dentro? ¿Se reiría? ¿Se alejaría? ¿Me acercaría más solo para ver cuán profundo llega el cuchillo?

Miro fijamente el cuadro de texto vacío, mi pulso martilleando demasiado rápido. Si envío esto, no solo estoy tendiendo la mano, estoy entrando en el fuego cruzado sin nadie detrás de mí. Pero quiero verlo. No por estrategia. No por las órdenes de mi padre. Por mí.

Escribo las palabras.

Nora 8:17 PM: Tenemos que vernos.

Luego presiono *Enviar* y veo cómo la pantalla se oscurece en mi palma.

CONNOR

El almacén se agazapa en la oscuridad, escondido tras una hilera de tiendas cerradas cerca del Liffey. Las ventanas ya no existen, destrozadas hace años. El viento se cuela por los cristales rotos y hace temblar lo que queda de los marcos. Este lugar solía ser territorio neutral cuando la ciudad aún creía en las reglas. Ahora es solo podredumbre y polvo, y ni siquiera sé si alguien recuerda que existe.

Entro por las puertas principales y las dejo crujir al cerrarse tras de mí. Hay un goteo constante de agua cerca del muelle de carga y el crujido de la grava bajo mis botas. Los sonidos reverberan en el espacio vacío en medio del silencio oscuro.

No oigo ningún otro movimiento ni voces, pero no grito para ver si Nora ya está aquí. Cuando me dijo que necesitaba verme, no lo cuestioné. Me muero por verla de nuevo, como un adicto necesitando su dosis.

Hay una antigua oficina en el segundo nivel. Subo las escaleras metálicas de dos en dos, evitando los escalones que ya sé que están sueltos. El punto de observación me da visibilidad hacia todas las entradas. Dos puertas principales. Un muelle de carga. Un acceso lateral oculto por el contenedor de basura exterior. Si alguien viene, lo veré.

Pero no espero una trampa esta noche. Nora y yo tenemos una especie de acuerdo tácito, creo, o al menos eso espero. Compartimos cosas que serían señales de alarma si nuestras familias se enteraran. Yo tendría que dar explicaciones y a ella la encerrarían permanentemente. Es una destrucción mutuamente asegurada y estoy aquí sin pensarlo dos veces tras su mensaje.

Me apoyo contra el marco de la ventana, vigilando el extremo de la manzana a través de una grieta en el contrachapado. Una furgoneta pasa demasiado rápido para estar vigilando mis movimientos. No se detiene, pero la sigo con la mirada hasta que desaparece. Luego miro mi reloj. Siete minutos antes.

Por si acaso, compruebo el perímetro de nuevo, esta vez más despacio. Me muevo de habitación en habitación, evitando lo peor del suelo combado. Cuando paso por la ventana lateral, veo su coche detenerse lentamente al final de la manzana. No apaga las luces, solo se queda allí un segundo, luego sale y cierra la puerta con cuidado, y camina en mi dirección.

Regreso por las escaleras metálicas, sin prisa. No quiero que piense que estoy nervioso, o peor, ansioso. Aunque lo estoy. Aunque algo de ella ha estado ardiendo en el fondo de mi mente desde la última vez que la toqué.

La puerta cruje al abrirse. Entra sin dudar, pero sus movimientos son tensos y controlados. Su abrigo se agita con la brisa detrás de ella y lleva el pelo recogido, como si no quisiera nada suelto que pudiera ocultar su expresión. Pero mira por encima del hombro apresuradamente, y veo el destello de miedo allí. Algo la ha asustado, pero no es algo de esta noche. Es algún momento que ha vivido y que lleva dentro de sus pensamientos.

No hablamos inmediatamente. Cierra la puerta tras ella, gira el cerrojo y se queda de pie en la media luz que se filtra por las ventanas rotas.

—¿Te están vigilando? —pregunto.

Asiente con la cabeza.

—Sí, lo sé. Uno de los hombres de mi padre me siguió hasta la mitad del camino, luego se desvió. Quería que supiera que estaba ahí —se acerca, y sus botas resuenan en el hormigón mojado. Su

mano busca la mía y la tomo—. Ha decidido utilizarme —dice—. Ya no solo para guardar las apariencias... Utilizarme de verdad...

Mi mandíbula se tensa.

—Define utilizar —ya sé lo que viene. La idea de que Seamus Fitzpatrick utilice a su propia hija me enferma, especialmente sabiendo lo frágil que debe estar su corazón después de casi verse obligada a casarse con ese bastardo ruso.

—Como ventaja. Acceso. Distracción. Cree que si estás pendiente de mí, no estarás atento al juego mayor. Quiere ver qué información puedo sacarte.

No me dice cuánto sospecha él o si sabe que follamos en su casa de seguridad. Pero sospecho que sabe más de lo que le ha dejado entrever a ella. Los hombres en este negocio no son estúpidos. Si ha tenido ojos suficientes para saber que estoy mirando en su dirección, entonces sabe lo suficiente para hundirme.

Me cruzo de brazos.

—Así que esta es la parte en la que dejas de hablarme —algo en mi pecho se retuerce mientras digo esas palabras porque ya he reclamado mi posesión aquí, le he dicho que es mía. Y una parte de mí lo dice en serio, por irracional que suene.

—No —su voz es firme, más dura de lo que esperaba—. Esta es la parte en la que te advierto. Después de esto, no sé qué pasará —da un paso más y acorta aún más la distancia. No nos tocamos excepto por nuestras manos entrelazadas, pero se siente como si fuera parte de mí.

El silencio se extiende entre nosotros con una extraña tensión eléctrica que chisporrotea. El tipo de tensión que parece que algo podría romperse.

Entonces me muevo un paso adelante. Luego otro. Cuando mi cuerpo está tocando el suyo, mi mano tirando de ella hacia mi pecho, estudio su rostro. No se estremece, no retrocede.

La beso sin preguntar. Empieza lenta, deliberadamente. Su respiración se entrecorta, luego se calma. Se inclina, lo suficiente para encontrarme allí, y el beso se vuelve más intenso. Su mano se eleva hacia el cuello de mi abrigo, sus dedos rozando la piel. Entonces me separo.

—Tenemos que ser más inteligentes —digo—. No podemos arriesgarnos a que nos descubran.

—Lo sé —susurra, casi como si estuviera aterrorizada de que la esté rechazando o tenga miedo de que me vean con ella. La verdad es que ya estoy preparándome para lo que le ocurrirá si su padre se entera. No habrá ninguna planificación agradable ni pompa y circunstancia de una boda si eso ocurre. Él firmará un contrato y la enviará a Rusia para casarse con Volkov contra su voluntad, y la drogará si es necesario.

Mi mano se alza contra la parte posterior de su cabeza, aplastando su boca contra la mía de nuevo con una ferocidad que tengo que controlar para no hacerle daño. Tiene que saber lo que estoy pensando.

—Nora, cuando un hombre reclama algo, eso le pertenece. A menos que ella diga lo contrario —mis ojos arden con intensidad mientras miro los suyos.

Sus ojos buscan los míos, sin nada de suavidad en ellos. Es miedo oscuro lo que veo, incluso mientras sus labios tiemblan al pronunciar las palabras.

—Entonces será mejor que estés seguro de que estás listo para asumirlo.

Sé lo que eso significa y las consecuencias que conlleva. Verla de nuevo abre algo dentro de mí, pero no es debilidad. Es lo contrario. Soy más peligroso con ella en el panorama porque ahora tengo algo por lo que incendiaría ciudades. Y si Ronan se enterara, haría lo que está haciendo Seamus. Utilizarlo. Darle la vuelta como a un calcetín para obtener ventaja.

Pero no dejaré que eso ocurra.

Asiente una vez y se gira sin vacilar, con la espalda recta mientras se desliza por la puerta hacia la noche. La veo desaparecer en la oscuridad, con esa misma opresión en el pecho intensificándose. Entonces el aire cambia. Estoy solo de nuevo.

Saco el mapa doblado del bolsillo de mi abrigo y lo coloco sobre el alféizar oxidado junto a la ventana. La matrícula del coche de vigilancia sigue nítida en mi cabeza. Marco la esquina donde lo vi aparcado, luego rodeo las calles adyacentes. Si me están siguiendo

ahora, es porque están nerviosos o porque han comenzado a planear algo peor.

De cualquier manera, cometieron un error.

Salgo del almacén solo, con las manos en los bolsillos, mis pensamientos ya trabajando en distintos ángulos. Para cuando llego a la calle, tengo tres estrategias preparadas... y una de ellas termina con alguien sangrando.

NORA

Desperto con el sabor de Connor aún en mis labios. Mi corazón no se ha calmado. Incluso durante el sueño, se desbocó, atrapado en el pulso que él dejó. Hasta respirar me resulta difícil. Cada centímetro de mi cuerpo recuerda la presión de su boca, la aspereza de su voz, la forma en que sus palabras sonaron profundas y afiladas. *Cuando un hombre reclama algo como suyo, ese reclamo le pertenece.*

No se refería a posesión, no de la manera en que Artur solía decirlo con desdén. No como mi padre lo enseñaba, con apretones de mano fríos. Artur pensaba que la propiedad significaba hacer callar a una mujer y mantenerla cautiva. Connor no me quiere en silencio. Me quiere despierta, temeraria. Y estoy cerca de responderle.

Mi teléfono está boca abajo en la mesita de noche, medio enterrado bajo un pañuelo de seda. Lo busco sin pensar, la pantalla iluminando mi rostro en la habitación tenue. Mis pulgares solo se detienen el tiempo suficiente para considerar qué podría decir sin pensar en las consecuencias si me descubren.

Nora 6:12 AM: ¿Sigues seguro?

Dejo el teléfono en la mesita y camino descalza por el suelo. Las baldosas del baño están heladas. Me siento en el inodoro,

ajustándome la bata mientras espero a que mi vejiga se vacíe. El aire huele ligeramente a jabón de lavanda y al limpiador de limón que la criada insiste en usar. Mis manos están frías contra mis rodillas, y tiemblo.

Cuando regreso, la pantalla ya está iluminada.

Connor 6:13 AM: Serás mi muerte.

Sonríó levemente. Luego le respondo con esa misma sensación vertiginosa arremolinándose en mi pecho.

Nora 6:13 AM: Encuéntrame en el piso sobre Kavanagh's. Al mediodía. Usa la escalera trasera.

Nora 6:14 AM: Ponte algo que pueda arruinar.

No envío corazones ni emojis. No es mi estilo. No estoy segura de qué tipo de mujer le gusta a Connor, pero espero que sea yo.

Cruzo la habitación hacia la luz del sol que asoma por el horizonte, envolviendo mi bata contra el frío matutino. Las ventanas aún están tenues con la bruma de la mañana. En algún lugar abajo, Orla ha encendido la tetera. Puedo escuchar el leve ruido de una sartén, el perezoso zumbido de una cocina que despierta. Pero aquí en mi habitación, hay suficiente silencio para que todavía pueda oír las palabras pronunciadas bruscamente por Connor.

Quizás lo dice en serio, quizás no, pero un hombre que afirma estar reclamándome a mí, a mi corazón, trae esperanza a mi perspectiva de vida por lo demás sombría. Sé que no tengo que casarme con Artur, pero ¿a quién imaginará mi padre después? ¿Y qué tipo de trabajos ridículos me enviará a hacer hasta entonces? No soy estúpida. Mi vida no me pertenece.

Abro el armario y saco ropa sin pensar, colocándola sobre la silla. Elijo una blusa suelta y unos vaqueros suaves, ni demasiado femeninos ni demasiado simples. Mis manos siguen los movimientos rutinarios, pero mi mente no se calma. Hay un latido bajo mi piel que mantiene mi pulso acelerado y mi cabeza llena de todo tipo de pensamientos.

Hace dos días, mi padre dijo algo de pasada, refunfuñando por lo bajo. Era el tipo de comentario que parece casual pero estaba destinado a clavarse profundamente en mi pecho.

—Si los rusos huelen sangre, se abalanzarán como lobos.

En ese momento, pensé que estaba fanfarroneando, tratando de asustarme para que volviera a la obediencia. Pero ahora resuena con más fuerza. Sé cómo me sentiría si fuera rechazada en un acuerdo así, especialmente si lo estuviera esperando con ilusión. Así que puedo imaginar lo ofendidos que deben estar Volkov y su familia. No es mi culpa, pero me siento totalmente responsable. Esto lo provocó mi padre: él estableció el acuerdo, y ahora los rusos no están contentos de que me haya echado atrás.

Si lo ven como un insulto público, no solo tomarán represalias contra él. Buscarán el eslabón más débil, el camino más claro hacia la humillación. Ese podría ser Connor. Nos han visto hablar. Han visto cómo me mira, porque si mi padre lo sabía, seguro que ellos también. Si sospechan que él me importa, lo explotarán. Ese pensamiento se asienta como una piedra en mi estómago, más pesado que cualquier vergüenza.

Para cuando me he vestido y cepillado los dientes, la tetera está silbando y el aroma a tostadas sube por la escalera. Me pongo las botas y bajo. Orla ya está en la cocina, sirviendo el desayuno con la misma eficiencia silenciosa que siempre ha tenido. Cuando entro en la cocina, coloca un plato delante de mí. Huevos, tostadas, champiñones: comida reconfortante que prepara cuando sabe que estoy disgustada. No habla más allá de las cortesías habituales. Simplemente me quita un pelo de la manga y me ofrece una pequeña sonrisa.

—Parece más descansada hoy, señorita.

Miento. —Lo estoy—. La verdad es que apenas dormí. Me quedé despierta mucho después de que se apagaran las luces, mirando al techo y pensando en Connor. No solo en sus manos o en la forma en que su voz se deslizaba bajo mi piel, sino en lo que representa. Me criaron para seguir órdenes, para quedarme quieta y sonreír cuando me lo decían. Pero en el momento en que me reuní con él para "hablar", me salí de la línea, y ahora estoy corriendo.

Un pequeño acto de rebeldía me ha lanzado a algo más grande de lo que puedo controlar. Me aterroriza. Pero también se siente emocionante, más real que cualquier cosa que haya tocado en años.

No sé adónde conduce, pero por una vez, quiero seguirlo de todos modos. Incluso si termina en fuego.

Orla sirve el té con un gesto educado. Mi madre ya está sentada en el otro extremo, con la espalda recta, los dedos sueltos alrededor de su taza de porcelana. No levanta la mirada cuando me siento. Comemos en silencio por un momento. Los tenedores hacen clic. El vapor se eleva desde el borde de la porcelana.

Entonces, suavemente, lo digo. —Quiere que reconsidere lo de Artur.

Solo decir su nombre hace que mi pecho se tense. La fijación de mi padre con esa unión nunca fue por mí. Se trataba de poder, apariencias y conveniencia. Me vio como una solución, no como una persona. Me he tragado eso durante años, mordiéndome la lengua durante cenas, apretones de mano y silencios medidos. Pero ahora la amargura es más difícil de contener.

Me habría entregado sin dudarlo, sin siquiera preguntar si podía soportar al hombre. Y cuando me negué, no se vio como valentía. Era desobediencia. Sé que ya está pensando en lo que costará mantenerme a raya. Y peor aún, con quién podría intentar intercambiarlo después.

Sus ojos se levantan, solo ligeramente. —Por supuesto que sí.

—No lo haré.

Hace una pausa, deja escapar el más pequeño suspiro y coloca su taza con una gracia estudiada. —A veces no podemos querer lo que queremos, Nora.

—¿Entonces qué? ¿Dejar que me venda como ganado? ¿Porque mantiene los puertos más limpios?

No responde de inmediato, solo mira su té como si pudiera ofrecerle una verdad más amable.

—¿Crees que me escuchará? —pregunto.

—No. Pero deberías respetarlo de todos modos. Eso no significa que tengas que estar de acuerdo, pero significa que no deberías convertirlo en tu enemigo.

Sacudo la cabeza. El té me quema la garganta al bajar, pero no dejo de beber. Cuando me levanto, ella no me detiene. Esa es su versión de acuerdo, o de rendición. Nunca puedo distinguir cuál es.

Agradezco a Orla y salgo sin dar un portazo. El camino de vuelta a mi habitación es silencioso, excepto por el sonido de mi propio pulso que late con un ritmo constante y peligroso.

A media mañana, estoy en el jardín con tijeras de podar, cortando las hojas muertas del tomillo y el romero. El sol está más alto ahora, lo suficiente como para calentar el camino de piedra bajo mis pies, pero no me quedo mucho tiempo. Mi mente no está en las hierbas ni en los capullos que luchan por florecer en el borde del lecho. Me muevo mecánicamente: cortar, limpiar, regar, pero nada se arraiga.

De vuelta dentro, me acurruco en el asiento de la ventana con una novela que ya he leído dos veces. Las palabras se vuelven borrosas. Mis ojos se desvían de la página al cielo, observando a un par de palomas luchar por espacio en los cables eléctricos. Incluso ellas parecen desesperadas por territorio.

Cuando el reloj marca pasadas las once, hago mi movimiento. Liam está apostado cerca del corredor este, demasiado visible para acercarme directamente, así que dejo caer un pañuelo por el conducto de la lavandería, uno de los que él me ha visto usar. Treinta segundos después, aparece por la puerta lateral.

—Sabes que estoy de servicio —murmura, sin mirarme a los ojos.

—Lo sé. ¿Todavía tienes la llave de Kavanagh's, verdad?

Duda, luego la saca de su bolsillo, y yo la cojo. —Un día vas a conseguir que me maten —dice.

—Todavía no lo he conseguido.

Sacude la cabeza, pero me deja ir. Cogemos su coche. Me quedo agachada en el asiento trasero mientras él cruza la verja sin decir palabra. Este chantaje funciona bien, aunque tiene razón. Podría conseguir que nos maten a ambos si mi padre descubriese lo que realmente está pasando. Podría aprovechar su insistencia en que sea útil, decirle que me estoy reuniendo con Connor, pero ¿dónde estaría la diversión en eso?

El viaje no dura mucho. Liam aparca en el callejón y asiente una vez antes de marcharse. Me meto por la escalera trasera, cada crujido de los escalones se pierde en el silencio del viejo edificio. El piso está frío y tranquilo. Giro el cerrojo, cierro las cortinas y respiro.

Cinco minutos después, oigo el golpe, solo una vez. Connor está aquí.

Cruzo la habitación y abro la puerta. Sus hombros llenan el umbral, su aliento se arremolina en el aire frío detrás de él. Antes de que pueda hablar, agarro el cuello de su abrigo y lo meto dentro. Mi boca encuentra la suya antes de que la puerta se cierre.

Las manos de Connor vuelan a mis caderas, su agarre se intensifica como si acabara de despertar de una larga hibernación. El calor aumenta entre nosotros, la temperatura de la habitación parece subir varios grados en un instante. El aire está cargado de deseo y desesperación, cada caricia y beso es un secreto furtivo. Apartándome, lo llevo al sofá, y caemos juntos sobre la tela desgastada.

Sus manos están por todas partes a la vez: en mi pelo, bajando por mi espalda, debajo de mi blusa, desabrochando botones demasiado complicados para mis dedos temblorosos. A cambio, le arranco la camisa, revelando su torso tenso y los tatuajes grabados en su piel. Cuentan una historia de violencia y retribución en un idioma que no entiendo pero que puedo leer de todas formas.

—¿Ávida esta tarde? —pregunta con brusquedad antes de que sus dientes muerdan mi labio. Dejo escapar un grito ahogado y le rodeo con una pierna.

—Solo fóllame —gruño cuando suelta mi labio con una risita.

La sonrisa de Connor es malvada mientras se desabrocha el cinturón bruscamente y se quita las botas. —Con placer —gruñe, y entonces su boca está sobre mí de nuevo, robándome el aliento y cualquier resto de compostura que me quedaba. Sus besos son contundentes, posesivos, como si estuviera tratando de reclamar cada centímetro de mi piel solo con sus labios. Mi espalda se arquea hacia él, mis piernas se enredan con las suyas mientras nos retorremos el uno contra el otro en el desgastado sofá.

—Dios, deberíamos haber hecho esto anoche... —No había lugar en aquel viejo almacén, e incluso aquí no es cómodo.

Tiro de mis vaqueros, frustrada por los botones que se resisten a ceder. Connor se ríe oscuramente y me ayuda, arrancándomelos con tanta fuerza que casi los rompe. Los descarta y luego me sujeta bajo

su cuerpo, la sólida longitud de su excitación presionando contra mi muslo a través de sus boxers que se abultan en la abertura de su bragueta.

—¿Quieres que te folle en un almacén abandonado cualquiera?

—Quiero que me poseas en cualquier momento, en cualquier lugar —le digo mientras empujo la cintura de sus vaqueros. Sus dedos se enganchan en mi camisa y me la quitan por la cabeza, luego tiran de la tira de mi sujetador hasta que quedo desnuda debajo de él.

—No sabes lo que estás diciendo, Nora —me advierte, pero sí lo sé. Después de hablar con mi madre, sé que esta es la salida. Puede que no sea lo que imaginaba, pero sé que es el único camino.

—No me subestimes, O'Rourke —. Doblando mis rodillas a cada lado de mi pecho, las planto en el grosor de su cinturón y empujo sus vaqueros y boxers hacia abajo con tanta fuerza que su polla golpea su estómago cuando se libera.

A Connor se le corta la respiración ante mis palabras, y por un momento fugaz, sus ojos azules se suavizan. Luego, con un gruñido bajo, se coloca entre mis muslos y entra en mí con una embestida profunda y abrasadora. Jadeo en voz alta al sentirlo llenarme tan completa y profundamente. Sus caderas se balancean contra las mías, imponiendo su ritmo sobre mí mientras cumple su promesa de reclamarme plena y completamente.

—Dios, Nora —jadea en mi oído, sus dientes rozando mi cuello—. Lo prohibido se siente tan jodidamente bien... —Sus manos agarran mis caderas, casi dejando moretones mientras se frota contra mí, empujando más profundo y más fuerte aún. Puedo sentir cada duro relieve de músculo en sus brazos tensándose mientras me sujeta.

Intento alcanzar su pecho, y su mano izquierda atrapa una muñeca y luego la otra, y lentamente, estira mis brazos hacia arriba para sujetar mis manos sobre mi cabeza mientras sus embestidas se ralentizan. —Nunca me engañes. Nunca me digas cosas solo para excitarme. Si no lo dices en serio, ni siquiera lo pienses cerca de mí.

Las palabras suenan más como una amenaza que como sus emociones saliendo a flote, pero veo la forma en que me mira,

siento cómo su cuerpo se tensa y se ralentiza cada vez que se retira solo para embestir de nuevo.

—¿Quién dice que no lo digo en serio? —le pregunto, y siento que la rebeldía surge en mi pecho. Este momento con él se siente más correcto que miles que he vivido antes. No quiero iniciar una guerra. Solo quiero que mi corazón nunca sienta nada más que lo que siente ahora mismo.

—Mierda —sisea, besándome de nuevo. Luego sus besos descienden por mi mandíbula, a lo largo de mi cuello, por mi clavícula. Suelta mis manos y toma un pezón en su boca para chupar, y yo presiono sus hombros, instándolo a bajar más. —Voy a destrozarte el coño —gruñe mientras lo guío más abajo, a través de mi ombligo, hasta donde mis muslos pueden apretar su cabeza.

La lengua de Connor se siente como puro pecado mientras me provoca, lamiendo mi clítoris sensible, llevándome cada vez más alto. Mi cabeza se arquea contra el cojín del sofá, y me muerdo el labio para amortiguar mis gemidos. Así es como debería sentirse, esta piel contra piel, boca contra boca, la vertiginosa sensación del tacto de Connor haciéndome cuestionar mi propia cordura y moral.

—Connor —jadeo, arqueándome hacia él, desesperada por más contacto, más de lo que sea que me hará a continuación. Su boca deja un rastro de fuego por donde pasa, sus dedos reemplazando su lengua entre mis piernas mientras desliza dos dentro de mí. Mis uñas arañan el cuero del sofá mientras los curva dentro de mí justo así, enviando descargas eléctricas directamente a mi centro.

—Que Dios me ayude —gimo, sin importarme quién me oiga. Sus labios envuelven mi clítoris, y comienza a chupar con tanta intensidad que creo que perderé el control de mi vejiga.

La lengua y los dedos de Connor trabajan una magia perversa, llevándome al borde del clímax en segundos. Los gemidos brotan de mis labios, sin poder contenerlos más. —Sí —logro jadear mientras chupa con fuerza mi clítoris, enviándome volando al orgasmo. Ola tras ola de placer me inunda, cada una más intensa que la anterior, hasta que tiemblo y quedo sin fuerzas debajo de él.

Jadeando por aire, miro a Connor, que me observa con una sonrisa feroz en su rostro. —Sabes incluso mejor de lo que

imaginaba —gruñe antes de volver a chupar más. Estoy sacudiéndome, temblando con una sonrisa estúpida en mi cara mientras agarro un puñado de pelo y tiro de él hacia arriba.

Sus besos dejan marcas húmedas y descuidadas en mi piel, en parte su saliva, principalmente mis jugos. Chupa un pezón en su camino de regreso antes de que su polla esté alineada con mi entrada de nuevo.

La voz de Connor es áspera contra mi oído mientras se desliza centímetro a doloroso centímetro dentro de mí, estirándome de la mejor manera posible. —Parece que fueras hecha para mí —gruñe, y le creo. Encajamos como piezas de un rompecabezas, sin incomodidad ni vacilación. Sus caderas se mueven contra las mías con una desesperación que iguala la mía mientras encontramos nuestro ritmo, nuestros cuerpos moviéndose como uno solo al compás de un ritmo antiguo y primitivo.

—Mmm —gimo en el hueco de su cuello, mis uñas clavándose en su espalda mientras la primera ola de placer comienza a construirse profundamente en mi centro—. Dios, Connor...

La respuesta de Connor es un gruñido mientras entierra su rostro en el hueco de mi cuello, sus caderas acelerando. —Joder, Nora...

Arqueo mis caderas hacia arriba, respondiendo a cada embestida, ávida de más. Cada vez que llega hasta el fondo dentro de mí, un placer blanco y ardiente recorre mis venas. Mi clímax está aumentando otra vez, aunque parece que hace apenas segundos que me deshice en su boca. —¡Sí! Connor, más fuerte —gimo sin aliento.

Sus dientes se hunden en mi hombro, dejando marcas que sé que llevaré con orgullo mañana, mientras se estrella contra mí aún más fuerte. Más rápido. El sofá debajo de nosotros cruje en protesta, pero él no disminuye la velocidad, y yo no dejo de jadear. Mis piernas se enganchan alrededor de sus caderas, y el ángulo me lleva al límite de nuevo, espasmándome y sacudiéndome a su alrededor hasta que él también está gruñendo y el calor inunda mi centro.

Connor no se aparta. Me rodea con sus brazos y me abraza como si pudiera desaparecer si me suelta. Su respiración aún es rápida

contra mi cuello, pero su voz es firme cuando habla.

—Sabes lo que significa esto ahora. Si seguimos haciendo esto, si alguien se entera, tu padre vendrá a por mí. Me matará, Nora. No solo hará amenazas. Dejará claro su punto.

Sus palabras cortan a través de la niebla de la liberación, golpeando con fuerza. Tiene razón. Ambos lo sabemos.

—Y Ronan, tu familia... si piensan que te estoy manipulando... — Me aparto el pelo de la cara y lo miro, realmente lo miro.

—Sé lo que estoy haciendo. —Connor escudriña mis ojos como si intentara encontrar una grieta, una vacilación que pueda separar. Pero estoy firme.

Respiro lentamente. —Creo que acabo de declararle la guerra a mi familia.

CONNOR

La mesa en la sala de estrategia es más antigua que cualquier hombre de la casa. Profundos surcos atraviesan el roble, provocados por cuchillos y balas, un registro viviente de cada mala decisión y trato desesperado hecho en nombre de esta familia. El aire está cargado, denso con viejas tensiones y el recuerdo de demasiadas reuniones a puerta cerrada.

Me mantengo de pie en el extremo mientras Ronan y dos de sus tenientes discuten sobre un mapa cubierto de pliegues y manchas de café, desgastado por el uso excesivo. Las líneas están dibujadas con rotulador negro, cada frontera trazada para reclamar territorio y lanzar una advertencia. El territorio de los Fitzpatrick se extiende hacia el este, lo suficiente para rozar el borde de lo que solía pertenecer a los rusos.

—Esto es un error —dice Killian, con voz baja y amarga—. Los Fitzpatrick no avanzan tanto a menos que tengan respaldo.

—¿Respaldo de quién? —pregunto—. Los rusos no han tocado nuestros puertos en dos años.

—No necesitan moverse —dice Ronan—. Solo tienen que quedarse quietos mientras los Fitzpatrick hacen el trabajo sucio.

Clava un dedo en el borde de los muelles en el mapa.

—Este cargamento: doce cajas, descargadas en el Muelle 7. No es nuestro. Pero hemos confirmado que lo están moviendo con camiones de los Fitzpatrick. Así que o los rusos están blanqueando a través de músculo irlandés o los Fitzpatrick nos están tendiendo una trampa.

Me cruzo de brazos.

—Quieres que lo interceptemos.

—Quiero que desaparezca —responde—. En silencio, sin fuegos artificiales.

—¿Las cajas? —Killian entrecierra los ojos mirando a mi hermano mayor —nuestro Jefe— y yo también espero su respuesta.

—Coged una. Quemad el resto. —Ronan apoya ambas manos en la mesa, con los nudillos blanqueados contra la veta de la madera. Su voz es tranquila, pero su postura no lo es. Ya ha tomado la decisión en su cabeza. Lo que me está dando es una orden envuelta en una advertencia.

Asiento. El plan es limpio, duro, pero limpio. Nada que nos señale. Nada que los rusos puedan probar sin admitir su propio exceso.

Uno de los tenientes —uno más joven, nuevo en nuestra mesa— se remueve en su asiento.

—¿Y si es un cebo? ¿Y si están esperando?

—Entonces Connor se encargará —dice Ronan sin mirarme—. Para eso está.

Hay una tensión en la sala que no se disipa después de que el plan quede establecido. Ronan comienza a doblar el mapa con cuidado experto. Sus movimientos son controlados, cada pliegue presionado hasta dejarlo plano con el borde de su palma, y es entonces cuando siento el cambio.

Sus ojos se dirigen a mí.

—Has estado difícil de localizar últimamente. —No respondo—. El teléfono sin contestar. Mensajes tardíos. Noches largas. Mañanas tempranas.

Sigo sin decir nada.

Ronan no lo deja pasar. Golpea la mesa con la palma de la mano, lo suficientemente fuerte como para sobresaltar al joven teniente en

su silla.

—Si no puedes mantener la cabeza en esto, encontraré a alguien que pueda. Sea cual sea esta distracción, se acaba. No voy a limpiar tu desastre cuando se derrame en nuestros puertos, Connor.

Mantiene mi mirada, esperando que parpadee. No lo hago, pero siento el calor subiendo por mi columna.

Ronan tiene todo el derecho a estar furioso. Estoy poniendo en peligro mi posición en esta familia por una mujer que pertenece al otro bando. Si Ronan muere antes de que su hijo tenga edad suficiente para ocupar el asiento, soy yo. Y lo estoy arriesgando todo. Cada noche tardía, cada llamada perdida, cada mirada que le doy a Nora... él lo ve por lo que es. Una responsabilidad.

Y tiene razón. Si sigo así, no solo perderé su confianza. Perderé el futuro que mi padre planeó para esta familia.

—Ocúpate de ello —dice—. Y deja de hacerme esperar.

Cuando la reunión termina, los demás se dispersan. Solo Ronan se queda atrás. Se mueve hacia la ventana, levanta la cortina con dos dedos y observa cómo pasan los pies de nuestros hombres por el camino de grava sin decir nada. Su postura es rígida, mandíbula tensa. Todavía está pensando en la reunión, o tal vez en mí.

—No olvides quién eres —dice en voz baja—. Y no confundas mi silencio con confianza.

Cuadro los hombros y digo:

—No tienes que preocuparte. Me encargaré.

Ronan no se gira desde la ventana, pero veo cómo inclina ligeramente la cabeza. Salgo del sótano por la escalera trasera y me dirijo hacia el ala sur de la casa de Ronan, donde la armería está escondida detrás de puertas reforzadas, justo al lado de su despacho.

La temperatura baja unos grados cuando entro. Los armarios cubren las paredes, cada uno etiquetado y cerrado. La habitación está silenciosa y ordenada. Es uno de los pocos espacios en la propiedad donde mi trabajo está claro. Las opciones no están suavizadas por la política familiar o el coste personal: están alineadas, cargadas y listas para ser ejecutadas.

Abro el primer armario y compruebo los cargadores, contando las balas como si fueran cuentas de un rosario. Mi chaleco ya está preparado. La Glock está limpia, el silenciador ya colocado en su sitio. Enfundo el arma y ajusto la correa del hombro hasta que aprieta.

Las luces del techo proyectan un resplandor duro sobre el suelo. Entrecierro los ojos y me adapto, estrechándolos contra el baño blanco de luz. Exhalo por la nariz y presiono una mano contra la pared de hormigón, intentando centrarme. No ayuda.

La cara de Nora aparece tras mis párpados: su rostro enmarcado por su pelo oscuro, sus labios entreabiertos, esa mirada afilada y desafiante que me reta a alcanzarla. Aprieto la mandíbula.

No solo la deseo. Me gusta. La forma en que piensa, cómo se mueve, el silencio entre sus palabras. Me siento más en paz a su lado que conmigo mismo en meses, quizás años. Debería hacer esto más fácil, pero no es así. Es una Fitzpatrick. Solo ese apellido debería ser suficiente para mantenerme alejado. Pero Ronan sabe que algo está pasando. No tuvo que nombrarla para que yo supiera a qué se refería.

Quiere que me aleje.

Pero no sé cómo desearla menos.

Ajusto el rifle en su sitio y deslizo la navaja de respaldo en mi bota. Ella odia a su padre, pero sigue llevando el apellido Fitzpatrick. Y si esta guerra sigue avanzando, ella estará en el lado equivocado.

Aprieto el velcro sobre mi pecho, pero mis pensamientos no cambian como deberían. Ronan dice que es una distracción. Tal vez lo sea. Pero no quiero dejarla ir. No solo la quiero, la necesito. Es inteligente, centrada, terca como el demonio. Mejor que cualquier cosa que haya tenido y probablemente mejor que cualquier cosa que tendré. Y ahora no solo está en mi cabeza, está en mi camino.

Me digo a mí mismo que no dejaré que se interponga en mi trabajo. No dejaré que me desvíe. Pero tampoco renunciaré a ella. Aunque Ronan lo ordene.

Ajusto la última correa, cierro el armario y me dispongo a salir. Killian y los demás estarán esperando. Es hora de interceptar las cajas.

NORA

La aguja atraviesa el lino con un suave chasquido, y tiro del hilo con demasiada fuerza. Frunce el borde de la tela. Mi madre suspira a mi lado, ese tipo de suspiro que es más un juicio que una respiración. Siempre hace ese sonido cuando la decepciono, cuando le recuerdo que no soy la hija que moldeó para ser obediente. Ya no hay sorpresa en sus ojos, solo un silencioso resentimiento.

—Vas a estropear el diseño —dice, sin levantar la mirada. Sus puntadas siempre son perfectas.

La sala de estar está cálida por el fuego, aunque huele ligeramente a piedra húmeda. La lluvia golpeaba las ventanas antes, pero ahora las nubes solo cuelgan bajas, atenuando los últimos rayos de luz del día. Fuera, las canaletas gotean. Dentro, el silencio me corroe. Desde que me negué a casarme con ese baboso, he visto un lado de ella que no me gusta. Supongo que era de esperar, pero sería agradable que volvieran a tratarme como a su hija y no como a una decepción.

—Si dejas que tu estrés salga en la tela, nunca harás nada que valga la pena. Ten más cuidado. —Sus ojos me miran de reojo, y yo oculto mi ceño fruncido.

No respondo. Mi aguja se detiene, suspendida en el aire. La sala está demasiado caliente. El fuego crepita con demasiada suavidad para llenar el silencio. Entre nosotras, la tensión se mantiene tensa como un alambre. No es solo la discusión sobre Volkov. Es todo. Cada palabra que no decimos. Cada expectativa que nunca cumplí.

—La madre de Artur Volkov envía un paño de oración cada semana —dice a continuación, con voz suave pero cortante—. Todavía. Después de todo. —Ahí está el quid de la cuestión. Sabía que iba a sacarlo a relucir, pero esperaba equivocarme.

Presiono el lino sobre mi regazo y dejo la aguja. —Si tanto le importa —digo—, que se case ella con él. —Haciendo una mueca por mi propia actitud, miro las llamas que bailan más allá de la chimenea. Sé que quieren algo bueno para mí, y Artur probablemente sea un buen hombre. Pero no es mi hombre. No es lo que mi corazón desea.

Mi madre ni se inmuta. Simplemente remata su hilo y comienza otro sin perder el ritmo. —No se trata del matrimonio. Se trata de paz, estabilidad, honor.

—¿Para él o para nosotros? —pregunto con un tono mordaz.

Sus labios se tensan. Ya conozco la respuesta. Para ellos. Por las apariencias. Por el legado que mi padre quiere dejar a mi hermano. ¿Y cómo me atrevo a cuestionarlo? Se supone que debo ser tan leal a ellos y olvidarme de mí misma. Pero Callum se marchará con todo y yo obtendré servidumbre el resto de mi vida.

—Sabes lo que sucede cuando una familia empieza a verse fracturada —dice—. Lo que invita.

—¿Invita? —Niego con la cabeza—. Atrae sangre. Eso es lo que hace.

Se levanta y dobla su bordado en tercios perfectos. —Bueno, debería acostarme. —Su educada sonrisa me pincha el corazón. Solo está haciendo lo que cree que es mejor, para honrar a mi padre. Para ella es simple, blanco y negro. Debería limitarme a hacer lo que me dicen. Es como si nunca hubiera sentido nada romántico en su vida, nunca hubiera querido más.

La dejo ir, y el sonido de sus tacones se desvanece por el pasillo hasta que me quedo sola en la habitación con el fuego y el fantasma

de esa conversación. Me pica el pecho. Mirando donde el hilo presionó con demasiada fuerza en la tela, paso el dedo por las hojas de espino fruncidas bordadas en verde oscuro. Tiene razón. Esta actividad no es para aliviar el estrés.

Mi teléfono vibra sobre la mesa y lo miro. Es el número de Connor en la identificación de llamada.

Connor 20:26: Mantente alejada de los Muelles del Norte. No es donde deberías estar esta noche.

Leo el mensaje tres veces, luego una cuarta. No dijo por qué. ¿Por qué me advertiría? Giro el teléfono en mi mano, como si hubiera más significado escondido detrás de la pantalla. El mensaje es demasiado corto para una trampa, demasiado vago para ser una estrategia. No se explica, y eso lo hace peor. Mi estómago se contrae. ¿Cree que iré allí? ¿Quiere que vaya? Y si no, ¿qué demonios está a punto de suceder allí abajo?

Debería decírselo a mi padre. Pero en el momento en que lo haga, se convertirá en una jugada. Un movimiento en el tablero. Desplegará soldados. Encontrará la manera de matar a Connor sin importar lo que ocurra. Y no sabré si le entregué munición o si simplemente encendí la mecha yo misma.

Cierro los ojos, obligo a mi respiración a regularizarse.

Si Connor va a hacer un movimiento esta noche, mi padre no necesita mi ayuda para verlo. Ya tiene ojos en todas partes. Pero si puedo ver lo que está sucediendo por mí misma, tal vez pueda hacer algo al respecto. Tal vez pueda asegurarme de que no muera nadie que no tuviera que morir.

Cojo mi abrigo del respaldo de la silla, meto el teléfono en el bolsillo interior, luego me detengo frente al despacho de mi padre. La puerta está sin llave, lo cual es anormal, pero afortunado para mí. Si algo va a suceder en los muelles, no puedo ir sola y desarmada.

Dentro, el aire está viciado de colonia y humo de puro. Me pongo detrás del escritorio, me arrodillo y abro el cajón inferior. Ahí está: la pequeña pistola negra que guarda debajo de los libros contables, con el cargador de repuesto justo al lado. No dudo. La envuelvo en un pañuelo de seda y la deslizo en el forro de mi abrigo.

Me escabullo sin decirle a nadie adónde voy. En las escaleras, uno de los guardias más jóvenes está tomando una taza de té de papel. No levanta la mirada. No me delatará, pero si algo sucede, se verá obligado a decir que me vio salir.

Cuando llego al frente, Liam no quiere llevarme, pero agito la soga y vuelve a comer de mi mano. Deja claro lo molesto que está con cada mirada lateral y mandíbula apretada mientras serpentearnos por las calles traseras en su sedán. Odia esto pero lo hace de todos modos, porque sabe lo que hará papá si descubre lo del romance.

Liam se detiene cerca del patio, manteniendo el motor en ralentí como si esperara esperar. Alcanzo la manija de la puerta.

—Espera —dice, extendiendo la mano para agarrar el volante con más fuerza—. ¿Hablas en serio sobre entrar sola?

Lo miro. —No quieres que te vean conmigo si algo sale mal.

Su mandíbula se tensa. —Joder, Nora. Me vas a hacer que me ahorquen.

Me giro en mi asiento para mirarlo de frente. —Solo seguías órdenes. Eso es lo que dirás si alguien pregunta.

Mira hacia adelante, respirando por la nariz. Los músculos de sus antebrazos se tensan, luego murmura algo demasiado bajo para entender y golpea la palma contra el salpicadero. —Estás loca —dice.

—Probablemente. Ahora vete.

Gruñe por lo bajo, mete el coche en marcha y se va por la calle, con los neumáticos mordiendo el pavimento mojado.

Rodeo la parte trasera del edificio, un almacén que he visitado antes. Una de nuestras propiedades menos conocidas, raramente con personal. Da a los muelles del norte donde Connor indicó que debería evitar. La puerta lateral no está cerrada con llave, lo cual también es normal. Dentro, encuentro la escalera y empiezo a subir.

La puerta hacia el techo chirría sobre bisagras viejas. La lluvia ha dejado un brillo en las losas, y mis botas rechinan hasta que encuentro agarre. Desde aquí, las grúas de los muelles perforan el horizonte, medio iluminadas y esqueléticas. La niebla penetra desde

el mar, enroscándose a lo largo de los contenedores. Las luces del puerto tiñen todo de ámbar y sombra.

Me agacho detrás del muro bajo que bordea el perímetro del techo, ajusto mi bufanda y espero. Pasan los minutos y se convierten en una espera más larga de lo que había planeado. Tengo que cambiar de cuclillas a arrodillarme, y la humedad se filtra en mis vaqueros a la altura de las rodillas. Una gaviota grita en algún lugar a mi izquierda. Entonces unos faros barren la calle de abajo.

Un SUV negro se detiene junto al patio, sus faros cortando brevemente a través de los muelles. Y dos más entran detrás. Me inclino hacia adelante, con el corazón latiendo más rápido. Las matrículas no son solo familiares, están grabadas en mi memoria. Es el coche de Connor, y los otros deben ser de sus amigos.

Se mueven rápido. Cuatro hombres salen del vehículo principal, Connor entre ellos. Sigo automáticamente su figura. Hombros anchos. Paso controlado. Hace un gesto, y el grupo se divide, cada grupo moviéndose con propósito. Sea lo que sea que estén haciendo, lo han planeado bien.

Los veo inspeccionar el lugar, con las armas levantadas, y luego volver a reunirse. Uno de los coches se aleja, luego se reagrupan. Me pregunto qué están haciendo. No puedo ver ninguna de las otras caras. Tampoco puedo ver realmente la cara de Connor en la tenue luz, pero sé que es él. Reconocería su forma en cualquier parte.

El primer disparo estalla desde el extremo del lote. Le sigue otro, luego un tercero. El sonido rebota hasta el techo y rebota en mi pecho. Los hombres de Connor se agachan, dispersándose. Uno se esconde detrás de una pila de cajas, su arma apuntando hacia fuera. Otro se desliza hacia el flanco izquierdo, revisando las esquinas. Mi corazón está acelerado solo de ver esto y saber lo que hará papá cuando descubra que eran los hombres de Connor.

Al otro lado del patio, veo movimiento: tres de los hombres de mi padre emergen de las sombras, con las armas desenfundadas. No cargan. Se despliegan lentamente, cubriéndose detrás de contenedores y unidades de almacenamiento. O han sido estacionados aquí o alguien dio la orden rápidamente. Entonces me doy cuenta: esto no es solo una coincidencia. Sabían que algo venía.

Tal vez no qué. Tal vez no quién. Pero estaban listos. Y ahora es nuestro territorio el que están defendiendo.

Lo que significa que probablemente estaban haciendo cosas que no deberían haber estado haciendo. Connor no atacaría sin motivo. O tal vez sí y estoy completamente equivocada, pero siento que de alguna manera, mi padre ha estado cruzando líneas, más allá de las que existen en nuestras relaciones familiares.

Connor se agacha detrás de un contenedor oxidado, y veo el cambio instantáneo en su postura. Se levanta, dispara dos veces en rápida sucesión. Dos hombres caen. Uno grita, pero es distante, ahogado por el sonido de más disparos que estallan.

Entonces veo a uno de los ejecutores de mi padre deslizándose sigilosamente hacia la izquierda. Sus botas son silenciosas sobre la grava. Sus movimientos son tensos y practicados. No se estremece ante el tiroteo a su alrededor; está concentrado. Su atención se centra en un solo objetivo: Connor. El cañón de su rifle se levanta. Se centra en la espalda de Connor. Puedo sentir mi pulso en mi garganta, un latido palpitante alrededor del cual no puedo respirar. Cada instinto en mí grita que me mueva, que grite, que haga algo, pero si lo hiciera, sabrían que estoy aquí.

Mis dedos se enfrían. Mi respiración se acorta. Y aún así él se arrastra hacia adelante, tomando posición detrás de una pila de cajas, casi al nivel de Connor. Estabiliza su brazo.

Y yo me muevo.

Mi mano se cierra sobre la pistola dentro de mi abrigo. La saco y la desenvuelvo de la seda. Apenas me tomo tiempo para pensar mientras apunto. Me levanto sobre una rodilla, con el corazón retumbando. Mis manos están firmes, pero mi visión se difumina en los bordes.

Disparo, y el tiro suena como un látigo. Él cae con fuerza. Sin advertencia. Sin grito.

Connor nunca se gira para ver de dónde vino el disparo, pero mira hacia abajo al hombre muerto y grita en la noche para que sus hombres se retiren.

Me hundo detrás del muro bajo, conteniendo el aliento. Mis manos comienzan a temblar. Todavía puedo sentir el retroceso

zumbando en mis muñecas.

Maté a uno de los nuestros.

El momento destruye algo dentro de mí. Me quedo acucillada detrás del muro, la pistola flácida en mi agarre, respirando tan fuerte que duele. Mi estómago se vuelve frío y hueco. No puedo dejar de revivirlo: la forma en que su cuerpo se dobló, la forma en que el disparo sonó demasiado limpio... mi disparo.

Nunca lo vio venir. Nunca me vio.

Mi pulso retumba en mis oídos, ahogando los gritos distantes de abajo. Mis ojos pican pero no lagrimean. Ni siquiera estoy segura de que aún esté respirando.

Miro fijamente la pistola. Mi mano no se relaja. Las puntas de mis dedos se han entumecido.

¿Qué coño acabo de hacer?

No corro. Retrocedo lentamente, con los ojos en la pizarra del techo hasta que llego a la puerta de la escalera. Dentro, la oscuridad me traga. Me agarro a la barandilla y desciendo rápidamente, con las botas resbaladizas sobre el metal, respirando superficialmente en mi garganta. El almacén permanece en silencio detrás de mí. No creo que nadie sepa siquiera que estoy aquí.

Fuera, la calle está húmeda y vacía. Me bajo la capucha y camino tres manzanas antes de llamar a un Uber. La espera es insoportable: catorce minutos extendidos a lo largo de toda una vida. Cuando finalmente llega el coche, me deslizo en el asiento trasero y mantengo la cabeza baja. El conductor no habla. Bien.

No puedo dejar de mirarme las manos. Están manchadas de suciedad y temblando en mi regazo. Siento la presión del frío acero contra mi costado y sé que debería haberme deshecho del arma, pero mis huellas están en ella. Trago ese hecho con dificultad y desearía poder sacarla y limpiarla. Papá cuestionará dónde fue su arma de repuesto y acusará a sus hombres. Tengo que devolverla de alguna manera.

Para cuando llego a casa, estoy luchando contra las lágrimas de nuevo, y el olor a pólvora todavía se adhiere a mi abrigo. El vestíbulo de entrada está oscuro excepto por el resplandor anaranjado de la sala de estar donde flotan indicios de humo de puro. Paso por la

puerta, esperando escabullirme a mi habitación y quitarme la mancha del pecado, pero me ve pasar.

La voz de mi padre corta el silencio. —Pareces un desastre.

Me quito el abrigo y lo pongo sobre mi brazo, ocultando el arma escondida dentro, girándome lentamente para mirarlo. —No tienes ni idea.

Me estudia, con ojos agudos bajo la luz tenue, su codo apoyado en el brazo del sillón como si me estuviera midiendo contra algo invisible. Su mirada se arrastra sobre mi postura, mi expresión, el abrigo que aún no he guardado. No hay calidez en ella. Solo una evaluación fría y clínica, el tipo que das a una comida antes de decidir si vale la pena comerla.

Su voz se endurece. —Necesitas preparar algo con O'Rourke. Presionarlo sobre las conversaciones de paz. Las disputas de tierras. Si están faroleando, ahora es el momento de desenredarlos.

Asiento porque es la única respuesta segura, pero mis manos todavía tiemblan cuando salgo de la habitación.

Por dentro, me estoy fragmentando. Subo las escaleras sin sentir los escalones debajo de mí. Mis piernas se mueven por memoria mientras mi mente da vueltas sobre lo que he hecho. Acabo de matar a un hombre para proteger a la única persona que no se supone que debo proteger. Y ahora se espera que lo use, lo manipule, que convierta en arma al mismo hombre que salvé. Mi respiración se entrecorta mientras cierro la puerta del dormitorio.

La cierro con llave, giro el cerrojo con tanta fuerza que hace clic demasiado fuerte, o tal vez solo son mis nervios destrozados.

El abrigo se desliza de mi brazo y cae al suelo. No miro la pistola envuelta en seda escondida en su forro, pero escucho el golpe sordo. Luego cruzo la habitación aturdida y entro en el baño, moviéndome inconscientemente hacia el grifo.

El agua de la ducha escalda mi piel. Me quedo debajo completamente vestida durante un largo minuto antes de desvestirme, dejando que la tela mojada caiga y se arrugue a mis pies. Me froto hasta que mi piel se pone en carne viva. Mis uñas se clavan en mis brazos, mi clavícula, mis muslos. No puedo parar. Veo sangre bajo mis uñas, pero no es mía. Tampoco es suya. Es

imaginaria, aferrándose allí porque mi mente necesita un lugar donde poner la culpa.

Mis rodillas ceden antes de que pueda alcanzar el jabón. Me deslizo por la pared de azulejos, con las piernas doblándose torpemente debajo de mí. El vapor se arremolina alrededor de mi cara mientras mi frente se presiona contra mis rodillas. Un sollozo crudo sale de mí antes de que pueda contenerlo. Me muerdo el labio para silenciar el siguiente, pero no ayuda. También se escapa.

Me tiro del pelo, con los dedos apretados con fuerza, tratando de anclarme en algo, cualquier cosa. El sonido del agua ahoga el llanto pero no la vergüenza. No el miedo. Mi pecho se agita y no puedo recuperar el aliento.

Maté a un hombre.

Y lo volvería a hacer. Eso es lo que más me asusta.

Mis dedos tiemblan mientras cierro el grifo. El silencio que sigue es casi peor que el agua golpeando en mis oídos. Me arrastro hacia arriba, con los músculos doloridos, las piernas lentas para responder. El vapor ha empañado el espejo, ocultando la cara que no puedo mirar. Me seco con movimientos lentos y mecánicos, pero no ayuda. Todavía me siento empapada en ello: lo que hice, lo que costó.

Me envuelvo la toalla alrededor del pecho y entro en el dormitorio. Mi cuerpo tiembla ligeramente en el aire más frío. Me siento al borde de mi cama en la penumbra, con las rodillas pegadas. Todo se siente más delgado ahora: mi piel, mi resolución, la línea entre quien pensaba que era y en quien me convertí esta noche.

Connor está vivo gracias a mí, o al menos, espero que siga vivo. No me quedé el tiempo suficiente para verlo subir a su coche y marcharse. No sé dónde está ni qué está haciendo, pero ahora siento que el pánico aumenta y una desesperación por saber de él.

Mi teléfono todavía está en el bolsillo de mi abrigo. Me levanto, lo recojo y vuelvo a sentarme.

Abro un nuevo mensaje.

Nora 23:42: ¿Sigues respirando?

No sé lo que esto significa, pero significa algo, y probablemente algo que mi padre odiará.

CONNOR

Mi teléfono vibra donde está boca abajo sobre la encimera. No esperaba nada. El trabajo está hecho, los hombres están localizados. Debería estar cerrando el día, tomando notas, atando cualquier cabo suelto.

Pero su nombre en la pantalla rompe ese ritmo.

Nora 23:42: ¿Sigues respirando?

Lo cojo rápidamente.

Connor 23:43: Sí.

Connor 23:43: ¿A qué te refieres? ¿Estás bien?

No contesta de inmediato. Camino hasta el otro lado de la habitación con la mandíbula tensa. Mi casa está demasiado silenciosa para la repentina tensión que siento en el pecho. Cualquier distracción ayudaría, así que miro hacia la ventana mientras espero a que responda. Las luces de la ciudad se filtran a través de los ventanales que van del suelo al techo, tiñendo todo con una luz dorada de las farolas. Vuelvo a mirar mi teléfono.

Nora 23:47: No.

Esa única palabra me desgarró. Me apoyo con fuerza en el alféizar de la ventana, mirando fijamente la pantalla de mi móvil. ¿Habría ido allí de todos modos? ¿Habría ignorado la advertencia o la habría transmitido a su padre? Reproduzco el mensaje en mi cabeza,

buscando cualquier doble sentido, cualquier indicio de lo que está ocurriendo.

Cuando nos dirigimos a los muelles, no podía quitármela de la cabeza. Estoy perdiendo el juicio, o eso diría Ronan. Ahora me da miedo que cuando hagamos un movimiento, ella esté en el lugar equivocado en el momento equivocado y quede atrapada en el fuego cruzado. Por eso le advertí que se mantuviera alejada, porque es el enemigo, y ¿cómo sabré si está en peligro cuando mi familia se disponga a atacar a la suya?

Sea lo que sea, ha acudido a mí y tengo que estar ahí para ella. Yo también estoy atrapado entre las familias, pero no como ella. Ella es demasiado pura para estar atrapada como yo. Depende de mí protegerla.

Connor 23:48: Ven a mi casa. Te enviaré un coche.

No protesta. Solo eso ya me dice hasta qué punto ha llegado. Que la vean subiendo a mi coche y viniendo a mi casa sería su fin. Sería el fin de ambos, pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr para asegurarme de que está bien.

Connor 23:49: Camina tres manzanas hacia el norte. Esquina de Haddington con Pierce. Diez minutos.

Abro mis contactos y pulso el nombre de Kirk, redactando un mensaje para él.

Connor 23:50: Necesito que hagas un recado. Coge el sedán negro —sin matrícula— y recoge a Nora Fitzpatrick. Estará esperando en la esquina de Haddington con Pierce en diez minutos. Avísame cuando la tengas.

Mientras espero confirmación, me muevo por el piso, bajando las luces y desbloqueando la puerta. Me quito la chaqueta que he llevado puesta desde que salimos de los muelles y la tiro en el brazo del sofá. Luego recojo los cartuchos de latón sueltos de la mesa de la entrada y los meto en el cajón de abajo para asegurarme de que nada parezca una guerra en cuanto ella entre.

Después de treinta minutos, la puerta se abre y veo a Kirk antes de ver a Nora. Está pálida, con los ojos enrojecidos de llorar. Pasa junto a Kirk, quien me mira con recelo, y espera. Sé que le informará

a Ronan, y le cortaría la cabeza si no fuera tan leal a mí, pero esto es demasiado importante. Puedo verlo en sus ojos.

—Nora —digo suavemente mientras ella se apresura hacia mí y entierra la cabeza en mi pecho. Mis ojos se encuentran con los de Kirk y él aparta la mirada—. Estate preparado para llevarla a casa. Si aparece alguien, despídelo, y no digas nada.

—Connor, sabes que Ronan...

—He dicho —suelto, interrumpiéndolo— que no digas nada. — Mis ojos contienen una advertencia, y él asiente con cuidado antes de escabullirse.

—Connor... —sorbe Nora. Sus manos se aferran a la parte delantera de mi camisa, y de repente me siento tan protector que me gustaría arrancarle la cabeza a quien le haya hecho esto, a quien la haya hecho llorar.

—Nora, ¿qué ocurre? —La acerco a mí, acariciándole el pelo mientras llora sobre mi pecho. Sus palabras son amortiguadas y entrecortadas, pero capto fragmentos de una acalorada discusión con su padre y algo que dijo su madre. Luego se vuelve tan ininteligible que no puedo entenderlo. La furia hierve dentro de mí. Quiero cazar a su padre y hacerle pagar por herirla así, pero sé que no es lo correcto.

En cambio, la guío hasta el sofá y la siento, alejándome solo el tiempo suficiente para coger una caja de pañuelos y un vaso de agua—. Toma —digo suavemente, entregándoselos. Se seca los ojos, sorbiendo tranquilamente mientras bebe el agua que le sirvo.

—Gracias —susurra, mirándome con ojos llenos de lágrimas. Es tan frágil, no como los hombres con los que estoy acostumbrado a trabajar. No estoy seguro de cómo manejar esto, así que le acaricio la mejilla y presiono mis labios contra los suyos. Ella responde con entusiasmo, acercándose hasta que está sentada en mi regazo.

El calor aumenta entre nosotros mientras seguimos besándonos, nuestros cuerpos pegados, sus piernas rodeando mi cintura. Mi mano sube por su muslo, rasgando el dobladillo de su camisa en mi prisa por tocar su piel desnuda. La peligrosa misión de esta noche se desvanece mientras me concentro únicamente en Nora.

—Eh, shh —susurro. Entonces le aparto el pelo de la cara y la beso de nuevo. Su expresión es desesperada, necesitada. Sé que no vino aquí para tener sexo, pero siento que eso es lo que quiere de mí—. Estoy aquí —le digo, y ella me besa de nuevo como si fuera lo que la está anclando, así que la dejo tomar el control.

Sus labios presionan con más fuerza contra los míos, y no puedo evitar responder de la misma manera. Mis besos se vuelven más hambrientos, mis manos más insistentes mientras recorren su cuerpo. Ella enreda sus dedos en mi pelo, atrayéndome más cerca mientras se mueve contra mí, su suavidad contra mi dureza. Es un momento de necesidad desesperada, un oasis de escape de la tormenta que nos rodea.

Las manos de Nora tiran de mi camisa mientras forcejea con los botones, su respiración agitada. Sé que esto no está bien, pero no puedo evitarlo. La deseo demasiado. Ambos estamos al límite, y necesito sentir algo más que el hielo en mis venas que su familia ha congelado en mí. Sus labios encuentran mi cuello y gimo.

Sus uñas raspan mi piel, y mi autocontrol comienza a desmoronarse cuando arquea las caderas contra las mías, su calor presionando contra mi excitación. Tiro de los botones de sus vaqueros, empujo la cinturilla hacia abajo, y ella levanta las caderas para dejarme bajar los pantalones. Es un enredo de tela y extremidades por un momento mientras ambos luchamos por quitarnos la ropa, pero nuestro deseo insaciable supera nuestra necesidad de finura.

Mis manos se deslizan bajo su camisa, subiendo por su espalda para desabrochar su sujetador. Su respiración se entrecorta en mi oído cuando acaricio sus pechos, pasando provocativamente mis pulgares sobre sus pezones endurecidos. Nora gime, arqueándose hacia mi contacto mientras continuamos nuestra frenética danza en el sofá. Me separo un momento para admirar su cuerpo desnudo debajo de mí, absorbiendo cada curva y peca que la hacen tan irresistible—. Eres tan hermosa —murmuro antes de besarla de nuevo.

Se sonroja, sus mejillas adquiriendo un tono rojo intenso que contrasta bellamente con su piel de porcelana. Suavemente, mis

dedos recorren sus caderas, mapeando cada curva e indentación de su cuerpo, memorizando cada centímetro como si fuera mi última oportunidad para grabarla en mi ser. Nora tiembla bajo mi tacto, un suave gemido escapando de sus labios mientras arquea la espalda, invitándome, así que acepto.

Sus caderas se elevan para encontrarse con las mías cuando entro en ella, nuestros cuerpos moviéndose juntos en un ritmo desesperado, tratando de dejar atrás el dolor y la angustia que nublan nuestras mentes. Las chispas vuelan detrás de mis párpados, y por un breve momento, todo lo que puedo sentir es a Nora: su calor, su tacto, su sabor en mis labios. El mundo se derrite, dejándonos solo a nosotros dos unidos en este frenético abrazo.

Las uñas de Nora se clavan en mi espalda mientras se aferra a mí, su respiración entrecortada en mi oído—. Más fuerte —susurra, con la voz ronca de deseo. Y así lo hago, embistiendo más profundo y más fuerte mientras ambos nos balanceamos al borde del clímax. Mis caderas bombean contra ella, y siento que envuelve sus piernas alrededor de mi torso mientras gime de placer. Su estrechez a mi alrededor aumenta mi propia excitación, y sé que está cerca.

Arquea la espalda, la punta de mi miembro golpeando un punto profundo dentro de ella que la hace gemir mi nombre—. Oh, Connor... por favor —suplica, sus uñas clavándose en mi espalda mientras se aferra a mí con más fuerza. Estoy ahí con ella, al borde de romperme también.

Beso su cuello, chupando suavemente su punto de pulso mientras embisto en ella con aún más urgencia. La respiración de Nora viene ahora en cortas bocanadas, su cuerpo temblando debajo del mío. Puedo sentir olas de placer construyéndose dentro de ella, chocando entre sí antes de finalmente desbordarse.

—Voy a... voy a... —Jadea, y siento que sus paredes calientes se cierran sobre mí.

Mientras el orgasmo de Nora la invade, grita, su cuerpo tensándose alrededor del mío en un agarre como un tornillo. Puedo sentirla contraerse a mi alrededor, extrayendo mi propio clímax desde lo más profundo de mi ser. Me rindo a las abrumadoras sensaciones que recorren mi cuerpo, enterrando mi cara en la curva

de su cuello mientras me derramo dentro de ella. Nuestra respiración es irregular, errática mientras ambos cabalgamos las olas de placer.

Después de que los últimos temblores de nuestros orgasmos se apaciguan, permanecemos enredados en mi sofá, jadeando por aire, nuestros cuerpos aún unidos. Nora apoya su cabeza en mi hombro, su respiración volviendo lentamente a la normalidad. Me giro, acurrucándola contra mi pecho, y ella sorbe mientras se aferra a mí.

Nos quedamos así por mucho tiempo, el tiempo suficiente para que el calor entre nosotros se enfríe y se establezca el silencio. Ella no habla, pero su respiración se entrecorta contra mi pecho. Finalmente, se separa lo justo para encontrarse con mis ojos.

—Hice algo —dice.

Espero porque finalmente se está abriendo y necesito saber qué la ha alterado tanto.

—Disparé a alguien. —Su voz es firme, pero sus ojos son cualquier cosa menos eso—. Uno de los nuestros.

Las palabras quedan suspendidas, esperando derrumbar la habitación. Tiene tanto dolor en sus ojos.

—Fui a los muelles, Connor. Tenía un tiro limpio apuntándote —continúa—. Estaba a un segundo de apretar el gatillo, y ni siquiera pensé. No le advertí. No grité. Solo... apreté el gatillo primero.

Mis manos permanecen firmemente en su espalda, sujetándola contra mi cuerpo. Su boca tiembla, pero ya ha dejado de llorar. Recuerdo la primera vez que maté a alguien y solo puedo imaginar lo que ella está sintiendo.

—No estaba protegiendo a mi familia —dice—. No pensaba en la lealtad o la supervivencia. Solo te vi y... apreté el gatillo.

Respiro profundamente. Debería sorprenderme, pero no lo hace. Es mi culpa. Prácticamente anuncié dónde estaría, ¿y qué esperaba de ella? Esto se está volviendo demasiado complicado, demasiado arriesgado.

—Está muerto —añade—. Y no lo siento. Esa es la peor parte. Me siento enferma, pero no porque lo maté. Porque no dudé. —La culpa se enrosca a su alrededor como una segunda piel. Se hunde en los cojines, con los ojos vacíos, la voz pequeña—. Y ahora mi padre

quiere que te use. Me dijo que te presionara sobre las conversaciones de paz. Cree que puedo endulzarte y sacar a la luz lo que estás ocultando.

Mi mano se desliza a la nuca de ella y la obligo a mirarme de nuevo. La idea de que Seamus la controle me enfurece. Hace que mi pecho martillee y mi pulso se acelere.

—Cree que él piensa que lo haré. —Su labio tiembla mientras habla, y busco en sus ojos la verdad.

—¿Tú crees que lo harás? —le pregunto, pero sé en qué situación imposible se encuentra.

No responde de inmediato. Cuando lo hace, es apenas un susurro.

—No lo sé. Me temo que no me va a dar opción. —Sus ojos se humedecen—. No quiero que te mate.

Esa es la cosa que he sabido desde el principio. Si alguien iba a desenredarme, sería ella. Ahora ella está empezando a preguntarse lo mismo. Seamus conseguirá lo que quiere de una forma u otra, o seré yo quien lo detenga. Y no sé si puedo hacer eso si va a herir a Nora.

NORA

La puerta del coche se cierra de golpe tras de mí, y el último rastro del perfume de Ciara aún impregna mi chaqueta mientras me río de su última broma. —Dile a tu primo que todavía me debe esos pendientes —me grita Ciara desde el asiento trasero, toda rizados, caos y opiniones sin filtro. Sus gafas de sol son demasiado grandes para su cara, su pintalabios ya está corrido, pero es la única persona que conozco capaz de hacer que una excursión de compras de cuatro horas parezca terapia.

—Me aseguraré de que pague por completo —digo, inclinándome para un rápido beso en la mejilla antes de apartarme.

Liam sale del asiento del copiloto, silencioso como siempre, con los ojos escudriñando el perímetro con esa concentración tensa e indescifrable que lleva como una armadura. Saludo con la mano mientras el coche de Ciara se aleja, con la música retumbando de los altavoces, y desaparece en la curva al final del camino. Luego miro con mala cara a Liam, quien pasó todo el día recordándome que no era mi "niñera". Da se enteró de que me dejó escapar y por fin puso su pie en el suelo.

Ahora no puedo ir a ningún sitio sin uno de sus hombres, así que, afortunadamente, elegí a Liam porque es fácil de manipular. Estoy segura de que me resultará más difícil hacer planes con

Connor, pero si estamos decididos a seguir con esto de todos modos, las cosas empeorarán antes de mejorar.

Las puertas de la biblioteca ya están abiertas cuando entro en el vestíbulo. Así es como sé que Da está de mal humor otra vez. Seamus Fitzpatrick no se molesta en ocultar su estrategia dentro de su propia casa cuando está furioso. Hay mapas desplegados sobre la mesa de la biblioteca, con pliegues marcados en los dobleces y las esquinas sujetadas por vasos de whisky vacíos. Dos de sus asesores principales están inclinados sobre ellos, discutiendo en voz tan baja que no puedo distinguir las palabras. Nadie se fija en mí.

Mi padre no levanta la vista.

Cambio las bolsas de compras a un brazo. El recibo se desliza del papel de seda y cae al suelo. Aun así, nadie pestañea. No hay gestos, ni saludos, ni siquiera una mirada. Podría ser un fantasma.

Ciara y yo compramos algunas cosas que me muero por probarme, preguntándome qué pensará Connor de ellas. Y también tengo algo de lectura pendiente, quizás regar las plantas, pero me quedo allí en la puerta de la biblioteca mirando los mapas, y sé que no es bueno. Esto es por lo que discutían en los muelles. Me hace helar la sangre. Doy un paso más cerca de la mesa y eso desencadena una reacción.

Cuando Da finalmente habla, no dice mi nombre, solo: — ¿Progresos?

La palabra me golpea. Sé que está enfadado, pero tratarme como a un soldado que viene a informar no está bien. Soy su hija. Se supone que soy su princesa. Uno de los asesores me mira de reojo.

Exhala por la nariz y solo entonces levanta su mirada hacia la mía. Tiene los ojos enrojecidos en los bordes. Parece cansado y borracho. Esos vasos que sujetan los mapas no siempre estuvieron vacíos. Eso se nota.

—Te he pedido que averigües qué está pasando con los O'Rourke, Nora, y no me has dado nada.

—No soy una agente entrenada, papá —mi voz se quiebra un poco, y retrocedo hacia el pasillo. Sus hombres me miran como animales sedientos de sangre esperando a que empiece a sudar.

—Eres una mujer. Usa tus encantos. Ahora... —dice, enderezándose. Se alisa la corbata por el pecho, alrededor de su vientre, y toma una respiración tensa—. Vas a concertar una cena con él. Sé que has estado escapándote para verlo de todos modos.

Los ojos de Da se entrecierran y me recorren de arriba abajo como si me estuviera juzgando. —¿Fuiste de compras? Espero que hayas comprado algo bonito. Puedes llevarlo para la cena. Sedúcelo. Haz que te cuente lo que su familia sabe sobre nosotros. —Sus ojos están inquietos, moviéndose de mí a las bolsas. No puedo creer que me pida que seduzca a Connor. ¿Cree que lo haría si fuera cualquier otra persona? No soy su arma.

Se reclina ligeramente, con la mano aferrando el vaso vacío como si aún estuviera lleno. —Puedes encargarte de eso, ¿verdad? ¿O has olvidado cómo hacer que un hombre crea que está ganando?

—¿Qué crees que soy? —digo demasiado alto—. ¿Quieres que me acueste con él? ¿Que sonría dulcemente, abra las piernas y vea qué se le escapa de la boca?

La habitación cambia. Uno de los asesores tose contra su puño, de repente muy interesado en el suelo. Mi padre no se mueve. Su silencio es más frío que la ira. —Te pedí que fueras inteligente —dice finalmente—. ¿Quieres que esto sea una cuestión de orgullo? Bien. Pero recuerda quién te mantiene a salvo. Recuerda quién te hizo valer algo.

Quiero decir más, preguntarle qué parte de esto sigue pareciéndole familia. Preguntarle si esto es lo que imaginaba para mí cuando tenía ocho años y jugaba a disfrazarme con los tacones de mamá. Quiero recordarle que no soy un instrumento contundente que puede apuntar y blandir. Pero nada de eso llegaría a su destino. No me escucharía. No cuando ya ha decidido que solo soy útil cuando estoy callada y sumisa.

—Y esta vez —añade—, no vuelvas con las manos vacías.

Las asas de las bolsas se clavan en mi piel. Las ajusto solo para evitar que mis manos tiemblen.

Eso es todo lo que me da. Ninguna señal de que vea algo humano frente a él. Solo una orden, como si fuera uno de sus lugartenientes que se olvidó de su lugar.

Me doy la vuelta y parpadeo para contener las lágrimas de rabia mientras subo las escaleras hacia mi habitación. No sé cómo me sentiría respecto a estas órdenes si no estuviera ya durmiendo con Connor, pero eso dejó de importar hace semanas. La línea se cruzó, y ambos la traspasamos sin pestañear. Lo que somos ahora —sea lo que sea esto— no encaja limpiamente en los planes de nadie.

No sé qué pensará cuando se lo cuente. Si se lo cuento. Una parte de mí quiere fingir que tengo el control, que solo estoy vigilando ambos bandos. Pero no es eso. Él no es un objetivo. Y no estoy fingiendo cuando lo toco.

Él lo notará. Y lo peor es que, aun así, podría dejarme acercarme.

Arriba, meto las bolsas en el armario sin mirarlas. La mitad era solo para aparentar, de todos modos. Para demostrar que todavía puedo interpretar el papel. Sonreír, asentir, comprar. Encajar. Cierro la puerta y me apoyo contra ella, pero el dolor en mi columna sigue arraigado.

Se suponía que ir de compras ayudaría. Unas horas con Ciara, algunas bromas, algo de tela entre mis dedos... cualquier cosa para crear un espacio donde no estuviera pensando en el hombre al que disparé. Pero el silencio me alcanza rápidamente, más fuerte que las risas. Todavía puedo sentir el retroceso en mis manos. Todavía veo cómo cayó.

Se reproduce detrás de mis ojos cada vez que parpadeo. La inclinación de sus hombros. El golpe nauseabundo cuando su cráneo dio contra el hormigón.

No lo hice por Da. Ni siquiera lo hice por la causa. Lo hice por Connor.

Y ahora no puedo dormir. No puedo respirar bien. No puedo seguir fingiendo que no he cruzado la línea demasiado lejos como para volver atrás.

Necesito verlo. Porque si lo veo con mis propios ojos, eliminaré la imagen de mis pensamientos. O al menos eliminaré las imágenes falsas de mi mente, esas donde me atormenta la sangre en mis manos.

Los registros de vigilancia se guardan en la antigua sala de archivos. Antes era una suite para invitados, antes de que mi padre la destripara para sus propósitos: filas de cajones cerrados, estanterías polvorientas y aire frío que nunca circula. La puerta se atasca cuando la abro, las bisagras deformadas por la humedad. La cierro con esfuerzo tras de mí y enciendo el monitor.

Hay cinco transmisiones de cámaras de los Muelles del Norte. Selecciono la marcada como *14B*. La grabación tiembla. Examino una hora completa sin nada —solo estibadores ociosos, sombras cambiantes, una furgoneta de reparto que nunca apaga sus faros. Entonces lo encuentro. La marca de tiempo muestra hace tres noches. Detengo la búsqueda y retrocedo diez segundos para asegurarme.

Observo las figuras moverse por la pantalla. Connor está allí —un destello de su abrigo, la forma familiar de sus hombros cuando se esconde detrás de un contenedor. Luego siguen los demás.

Ya sé a qué hombre maté. Es como ver una película de terror que ya has visto, así que sabes lo que viene. Fotograma a fotograma, sigo el momento en que levanta el brazo, el ángulo de su arma, la forma en que cambia su peso.

El destello desde la azotea es pequeño, casi imperceptible. Pero el impacto es claro.

Cae.

Lo veo tres veces.

Tenía un nombre —Eirwen. El amigo de mi primo. Solía robar cigarrillos de la pared sur y presumía de que algún día dirigiría su propio equipo. Me regaló un mechero una vez, solo para ver si lo conservaba. Lo hice.

No lloro. No me estremezco. Solo miro fijamente la pantalla como si eso hiciera que duela menos. Pero el dolor no está en mis ojos. Está en mis costillas, presionando tan fuerte que no puedo respirar bien. Pensé que verlo silenciaría el ruido. No lo hace. Si acaso, lo agudiza. Cada fotograma es un cuchillo que giré voluntariamente. Y lo peor es que... lo volvería a hacer.

CONNOR

El olor a líquido de frenos flota en el aire del garaje. Me limpio las manos con un trapo de taller y cierro el capó del sedán que sacamos de los muelles anoche. Resultó estar limpio. No me fío de lo limpio. Confío en que las personas sean quienes son y hagan lo que hacen, y lo último que necesitamos es un micrófono oculto dentro de la casa de mi hermano.

Killian se apoya contra la caja de herramientas con una botella de agua, observándome. Hemos estado en desacuerdo desde la primera vez que me acosté con Nora, y ahora me mira como si fuera el enemigo. Puede ver a través de mis mentiras. Les dije que tenía un contacto dentro de la familia Fitzpatrick y que lo aprovecharía, pero él sabe que nunca haré eso. No a Nora.

—El motor está sólido. Pero había pintura fresca en los bajos —lanzo el trapo sobre el banco—. Alguien intentó ocultar algo. Quiero que lo desmonten. Inspección completa.

Asiente y se separa del banco. Lo que fuera que hubiera en el coche, ahora ha desaparecido. Alguien lo limpió por alguna razón, y necesitamos descubrir cuál es. Mi intuición me dice que podría ser una bomba, o quizá un dispositivo de escucha.

Killian no se apresura a seguir mis órdenes. Tiene una mirada en su rostro que lo dice todo. Me preparo para su sermón.

—Les avisaste —dice—. La llamaste para que supiera dónde estaríamos. ¿Y si se lo hubiera dicho a su padre? ¿Crees que habríamos podido manejar el infierno si hubiera traído un batallón de hombres? —Mi pecho se contrae mientras se acerca a mí. Me pican las manos por convertirlas en puños y descargar mi ira en su cara, pero es mi amigo.

Sostengo su mirada y me acerco más, con los hombros erguidos.

—Le metió una bala al amigo de su primo para mantenerme con vida. Eso debería contar para algo —Nada en esta situación es fácil. Nora es el enemigo, pero me estoy enamorando de ella... profundamente.

Resopla y luego se burla mientras sacude la cabeza.

—Si Dios está dispuesto a matar a su propio hijo para salvarte, ¿qué crees que está dispuesto a hacer el diablo?

Sus palabras me persiguen mientras salgo. Subo las escaleras sin cambiarme de ropa. El hedor del líquido de frenos todavía se me pega, y siento como si pudiera dormir durante días.

Entro en la sala de guerra. Ronan está de pie a la cabecera de la mesa, con las mangas remangadas y los dedos tamborileando sobre una carpeta cerrada. Tres de nuestros principales lugartenientes están dispersos por la sala: dos hablando sobre un mapa, el tercero viendo imágenes de un dron.

Ronan levanta la mirada.

—Cuéntame.

Cambio mi postura y aprieto la mandíbula antes de hablar.

—El cargamento estaba limpio. No hubo bajas. Tomamos el patio en menos de cuatro minutos. Los suyos nunca lo vieron venir.

Alza una ceja.

—¿Y los cuerpos?

—Quemamos la evidencia. Borrarnos las grabaciones. Sin rastro

—Me froto la nuca y libero algo de la tensión de mis hombros. Fitzpatrick ha estado intentando reducir nuestro territorio y forzar los límites, y estos últimos cargamentos fueron simplemente descarados.

Asiente una vez pero no se sienta.

—Bien —Sus dedos siguen tamborileando—. Los rusos se enteraron de todos modos —dice, abriendo la carpeta sin levantar la mirada—. Enviaron un mensaje esta mañana. Quieren saber si nosotros presionamos a los Fitzpatrick o si ellos están intentando provocarnos.

Finalmente alza la vista.

—Dime tú. ¿Sabían que íbamos?

Sostengo su mirada.

—Si lo sabían, no actuaron en consecuencia.

Ronan rodea la mesa y apoya ambas manos en el respaldo de la silla más cercana.

—Esa no es una respuesta.

Me tenso porque sé adónde va esto. Killian dijo algo sobre mi aviso a ella, o quizás Ro vio las imágenes de ella disparando a ese soldado y salvándose la vida. No puedo negar que estoy agradecido por eso, y si me pregunta directamente, se lo diré. Solo tengo que manejar esto con cuidado. Las conversaciones de paz se convirtieron en más razones para luchar, y no estoy seguro de lo que quiere hacer ahora, pero usar a Nora está fuera de discusión.

—¿Sigues hablando con ella? —pregunta.

No me inmuta.

—No desde la última vez.

Me observa un momento más.

—Deberías aprovecharlo. Te dio una cuerda. No se deja una soga tirada cuando puedes usarla para hundir a alguien —Sus ojos se entrecierran sobre mí y se endereza.

—No va a revelar nada —Aprieto los dientes ante su obvia afirmación de que estoy ocultando cosas y mintiendo.

—Entonces presionala más fuerte —Ronan da un paso adelante, y yo cuadro mis hombros y aprieto la mandíbula.

—Ya mató por nosotros.

Extiende la mano, alisa la parte delantera de mi camisa, quita una pelusa, y dice:

—No. Mató por ti. No es lo mismo.

Rechino las ruedas. Lo sabe. Quiere que admita lo que es esto, y no lo haré. Si le doy eso, se lo llevará todo.

—Si tiene información, la usaremos —dice—. No podemos permitir que las emociones se interpongan, Connor. Esto es la guerra. Hay otros caballos de guerra para montar.

—¿Quieres convertirla en cebo? —Aparto sus manos de un manotazo y retrocedo unos pasos. Estoy acostumbrado a este tipo de cosas: manipulación, asesinato, engaños. Pero no arrastraré a Nora a esto. Si lo hago, sería peor que lo que su padre intentó hacerle.

—Quiero influencia —Vuelve a colocarse detrás de la mesa, con tono plano—. Quiero algo que podamos tener en nuestras manos cuando empiecen a hacer exigencias.

Respiro profundamente por la nariz.

—Hay otras maneras.

Ronan niega con la cabeza.

—Ya no. Esto no es una guerra fría. Es una mecha. Y estás perdiendo el tiempo fingiendo que tenemos más tiempo para quemar antes de que explote la bomba —Cierra la carpeta de golpe y camina hacia la puerta—. Aclara tus ideas. Ella no saldrá limpia si el resto de nosotros estamos cubiertos de sangre.

La puerta se cierra tras él, y escucho las risitas de uno de los capos mientras lo siguen fuera.

Me quedo clavado en el sitio. No porque no tenga nada que decir o no me queden más protestas, sino porque si abro la boca, no pararé. Me lanzaría contra él por sus malas decisiones, ¿y adónde nos llevaría eso? ¿El número uno y el número dos de esta familia enfrentados? Sería firmar mi propia sentencia de muerte.

Ronan quiere un corte limpio. Quiere que corte la cuerda, pero no puedo. No con ella. No cuando cada parte de mí sabe que dejó de ser estrategia en el segundo en que me besó. Y ahora ha matado por mí. Me eligió a mí. Y él quiere que convierta eso en un arma.

Vuelvo a la mesa, recojo la foto que él apartó. Nora no está en ella, pero su sombra sí. La siento ahora sobre todo.

No la utilizaré.

Ni siquiera por él.

NORA

Llego temprano porque quiero que Connor me vea y sepa que todo está bien en cuanto llegue. Que vea que estoy aquí — realmente aquí— antes de que empiece la función. Elegí este lugar por su iluminación brillante y su ambiente. Papá lo interpretaría diciendo que soy blanda y que debería parecerme más a Callum, pero este sitio se siente seguro, como si ninguna mirada nos observara aquí, aunque sé que papá tiene hombres por todas partes.

Escogí la mesa junto a la ventana. No es la más estratégica, pero es la que le facilita verme cuando entre. Y espero que note que me he vestido como si fuera una cita real, no una reunión encubierta y clandestina que podría acabar con él colgado de la cuerda floja. Que no elegí este conjunto para mi padre. Lo elegí para él.

Pido agua con gas y me dejo el abrigo puesto, con los dedos alrededor del vaso frío. Me da estabilidad. Este lugar es demasiado silencioso. Ni siquiera tienen música suave de fondo, que apagaría la conversación. Si hay oídos escuchando, tengo que ser cuidadosa. Dudo que pueda hacer esto sin derrumbarme. Papá quiere sangre. Yo quiero a Connor.

Connor entra con diez minutos de retraso y parece que alguien lo ha presionado hasta convertirlo en una versión más afilada de sí mismo: traje a medida, afeitado reciente. La cicatriz sobre su ceja

todavía destaca, pero está guapo y eso hace algo en mi cuerpo. Nunca antes se había preocupado por las apariencias. Así que esto es claramente para mi padre.

Me encuentra sin necesidad de inspeccionar la sala y camina en mi dirección, manteniendo sus ojos en mí. Se desliza en el asiento frente a mí y el camarero va tras sus pasos. Ni siquiera tenemos tiempo de saludarnos antes de que pida whisky. Finjo no observar cómo se tensa su mandíbula cuando dice el nombre de la marca. Es cara. Un guiño al territorio en el que estamos.

Luego le dice al hombre que los dos tomaremos lo que sea que esté de especial y se vuelve hacia mí cuando el camarero se marcha. —¿Territorio neutral? —Arquea una ceja, y asiento, echando un vistazo a la sala antes de responder.

—Connor, sabes que esto es una trampa.

Él no se inmuta, simplemente se recuesta, apoyando un brazo en el respaldo del asiento como si se acomodara junto al fuego. —Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque tenía que hacerlo. Porque si no lo hacía, pensaría que estoy ocultando algo. —Bajo la voz—. Y está vigilando. Probablemente tenga a alguien apostado al otro lado de la calle ahora mismo.

Me observa con una quietud demasiado calculada. No hay calidez, pero tampoco distancia. Solo esa tormenta silenciosa tras sus ojos: medida, expectante, un poco herida.

Me mira como si estuviera intentando encontrar la verdad en algún lugar bajo mi piel, donde ni siquiera yo puedo tocarla. Me remuevo bajo su mirada, con el pulso latiendo en mi garganta. La condensación de mi vaso está empapando el mantel bajo mis manos, y me estoy derritiendo igual que ella.

Él también debe verlo: la forma en que no puedo quedarme quieta, cómo sigo tocando el borde de mi vaso como si pudiera darme algo firme a lo que aferrarme. Su voz penetra con suavidad, pero cae como una advertencia.

—Estás temblando.

Niego con la cabeza. —No es nada.

—No es nada. —Se inclina hacia delante lo suficiente para que pueda oler el whisky en su aliento: humo, roble y cualquier calidez que se niega a mostrar en público—. ¿Es esta la parte donde me preguntas por los camiones en los muelles?

No respondo de inmediato. Mis uñas se clavan en la palma de mi mano bajo la mesa. —No quiero hacer esto.

—Pero tienes que hacerlo. —Lo dice sin reproches, solo como un hecho. Conoce el guion tan bien como yo. Ambos crecimos recitándolo.

Me quedo con ello demasiado tiempo, esa pregunta flotando entre nosotros. Mi boca se abre, pero nada sale de inmediato. Hay un sabor amargo en mi garganta: culpa, pánico, vergüenza. Quiero gritar que odio estar en esta posición, que si tuviera una elección real, quemaría toda la ciudad solo para sacarnos de aquí.

Pero ese es el problema. Sí tengo una elección. Y la hice cuando entré aquí con un plan para darle a mi padre suficiente verdad para sobrevivir.

Estoy traicionando a Connor. Aunque sea solo un poco.

Y aun así, quiero que me entienda. Quiero que me mire y vea que lo quiero más de lo que temo a mi padre. Quiero ser suya, incluso si tengo que caminar sobre la cuerda floja para mantenerlo a salvo. Creo que lo amo.

Levanto los ojos y encuentro los suyos. —No puedo protegerte si no tengo algo que darle.

Asiente una vez. —Dile que seguimos perdiendo dinero en el almacén trece. Que estoy recibiendo presión desde Nueva York. Omite los nombres. —Antes de que pueda responder, el camarero regresa, dejando un vaso corto de cristal con una precisa cantidad de whisky ámbar. Connor no le da las gracias. Agita la muñeca, despidiendo al hombre, y levanta el vaso para dar un sorbo. Mi garganta se contrae cuando sus ojos se encuentran con los míos por encima del borde.

Sigo trazando el borde de mi vaso de agua con un dedo. Mis manos están demasiado inquietas, mi respiración demasiado superficial. Siento como si las paredes se estuvieran plegando, y él

simplemente está sentado ahí bebiendo como si estuviera esculpido en piedra.

—¿Eso es real?

No rompe el contacto visual. —Es lo justo.

Asiento, pero tengo la garganta tensa. No hay forma de ganar esto. Estoy alimentando a mi padre con fragmentos del hombre que amo y esperando que no sea suficiente para matarlo. Tiene que haber una mejor manera que esta, que vender a Connor para asegurar que los intereses comerciales de mi padre estén protegidos. Una parte de mí desea haberme casado con Volkov. Al menos Connor estaría a salvo ahora.

Connor inclina ligeramente la cabeza, sus ojos escrutando los míos. —¿Y nosotros? ¿También le has hablado de eso?

—Yo... —Mi voz se quiebra—. No soy estúpida. No podía decírselo realmente, pero él lo sabe.

Su mandíbula se tensa, pero no insiste. El silencio se mantiene entre nosotros hasta que el camarero regresa y coloca nuestros platos, murmurando algo sobre el especial. La habitación parece demasiado pequeña, mi audición amortiguada por la presión dentro de mi cráneo. Esto es más difícil de lo que pensaba.

Miro mi comida como si me hubiera traicionado. —Cree que te estoy manipulando —le digo cuando el camarero se ha ido de nuevo.

Connor suelta una risa sin humor. —Tu padre es un imbécil, Nora. —Niega con la cabeza. Puedo ver su furia en la forma en que la oscuridad se apodera de sus ojos como nubes de tormenta. Sus manos se convierten en puños y su mandíbula se tensa de nuevo.

Lo miro a través de la mesa y mi pecho duele. —No es así.

—Lo sé —dice, extendiendo su mano hacia la mía—. Y no dejaré que mi hermano me obligue a utilizarte contra tu familia, pero este es un juego muy peligroso el que estamos jugando.

Lo miro de nuevo, y las palabras ya están en mi boca antes de que pueda reconsiderarlas.

—Creo que estoy enamorada de ti. —En el momento en que lo digo, quiero retirarlo, no porque no lo sienta, sino porque se siente como colocar una cerilla demasiado cerca de gas abierto. Su rostro

no se mueve al principio. Simplemente me mira fijamente como si estuviera esperando la trampa.

Entonces, tan suavemente que casi lo pierdo, dice: —Sí. Lo sé.

Parpadeo, sorprendida. —¿Lo sabes?

Asiente lentamente, la comisura de su boca elevándose lo suficiente como para romperme el corazón. —Lo he sabido. Durante un tiempo. Creo que yo también.

Eso debería ser suficiente. Debería llenar algo dentro de mí. Pero todo lo que hace es raspar el miedo que me ha estado devorando viva. —Ese hombre que maté —susurro, con la voz quebrada—. Lo veo cada vez que cierro los ojos. No era mi intención... no lo planeé. Pero lo hice. Y ahora tengo miedo de lo que más podría hacer. De lo que papá podría pedirme a continuación. De lo que estaré dispuesta a aceptar solo para mantenerte a salvo.

No se estremece y no aparta la mirada. Su voz es firme cuando dice: —Entonces déjame ser yo quien queme el puente. No tú. Lucharé contra tu padre, tu familia, mi hermano... contra cualquiera. Destrozaré el mundo entero si eso significa que no tienes que insensibilizarte solo para sobrevivir. —Sus manos se cierran alrededor de las mías, y apenas puedo respirar.

Me alegra que esté ahí sosteniéndome. No quiero que me vea temblar. Mi garganta está tensa de nuevo, y esta vez, no lo trago. Me levanto rápidamente, temerosa de que vea las lágrimas que ya están empezando a acumularse.

—Solo necesito un minuto.

No espero permiso. Me dirijo al pasillo, caminando más rápido de lo que debería, desapareciendo detrás de la curva que conduce al baño.

En cuanto la puerta se cierra tras de mí, mis manos golpean el lavabo de porcelana. Lo agarro con fuerza suficiente para que mis nudillos palidezcan. El espejo no ofrece consuelo, solo mi propio rostro mirándome, sonrojado y agrietado por los bordes. Mis ojos se parecen demasiado a los de mi madre: cansados, culpables, desgastados por cosas que nunca dice en voz alta.

Lo amo. No solo lo pienso, ahora lo sé. Lo sé por la forma en que su voz se entrelaza en mi pecho y hace que mis pulmones duelan.

Lo sé por la forma en que dijo que quemaría el puente para que yo no tuviera que hacerlo. Y aun así, dejo que mi padre me utilice. Me senté allí y sonreí y asentí y tomé información como si fuera un intercambio justo.

Papá usará esto. Tomará lo que le dé y lo retorcerá hasta que se convierta en un lazo. Convertirá a Connor en el pez y a mí en el cebo, y no sé si seré lo suficientemente fuerte como para detenerlo.

Quieren territorio. Quieren parecer más fuertes que los O'Rourke para que los rusos retrocedan.

Y estoy cayendo directamente en su juego.

Presiono mi frente contra el espejo. Mi aliento empaña el cristal, y desearía poder desvanecerme en la bruma. No estoy hecha para esta guerra. No cuando estoy enamorada del enemigo, y peor aún, cuando el enemigo es la única persona que todavía me ve como algo que vale la pena salvar.

Un suave golpe me sobresalta y miro hacia la puerta, ya limpiándome las lágrimas de las mejillas.

—Nora. —La voz de Connor es baja. No está presionando, solo preguntando—. ¿Puedo entrar?

No respondo de inmediato. Mi mano tiembla mientras alcanzo el cerrojo y lo giro. La puerta cruje al abrirse, y él se desliza dentro, cerrándola tras de sí y volviendo a bloquearla.

Ya no hay pretensión, no queda ninguna actuación entre nosotros. Connor camina directamente hacia mí y envuelve mis brazos alrededor de mi cintura como si temiera que me rompiera si no me sostuviera con suficiente fuerza. Mis manos encuentran sus hombros, luego la parte posterior de su cuello. Entierro mi cara en el espacio entre su mandíbula y su cuello y dejo caer las lágrimas. No me pide que explique. Simplemente presiona un beso en mi sien, luego en mi pómulo, persiguiendo cada lágrima con sus labios como si pudiera borrar lo que las puso ahí.

—No tienes que ser fuerte por mí —murmura contra mi piel—. Eh, shh, está bien. Vamos a superar esto.

—No, no lo haremos. Te van a hacer daño y me van a obligar a casarme con algún cerdo como Volkov. —Las emociones son

demasiadas para que pueda manejarlas. Sollozo contra su pecho y él alivia el dolor dentro de mí.

—No voy a permitir que eso suceda, cariño. Te doy mi palabra. Tendrán que arrancar mi último aliento de mis pulmones fríos y muertos antes de que eso ocurra. —Agarra ambos lados de mi cabeza con firmeza y me obliga a mirar sus ojos—. ¿Lo entiendes? Ahora eres mía.

Asiento y sorbo, y mi única reacción es levantarme y besarlo. Enciende un fuego dentro de mí verlo luchar por mí así, y extraigo fuerza de mi cuerpo conectado al suyo. Necesito que me ancle. Necesito que me abrace y haga que este momento sea real, sellándolo entre nosotros como un juramento de sangre.

Está desafiando sus órdenes, y yo también, y me da un miedo terrible, pero no cederé ante la presión de mi familia. Beso a Connor con más fuerza solo para fastidiar a mi padre, y él me corresponde con igual fervor.

Los labios de Connor son posesivos, exigentes, borrando cualquier vacilación a la que pudiera haberme aferrado. Sus manos recorren mi espalda, arrastrándome más cerca, y siento la dura presión de él contra mi muslo. Está duro por mí, en este baño a un suspiro de donde los hombres de mi padre podrían entrar y sorprendernos. Debería aterrorizarme, debería hacerme retroceder, pero en cambio, se siente exactamente como lo que necesito.

Aparto mi boca de la suya, jadeando por aire. —No podemos. — No sé a quién intento convencer: a él o a mí misma.

—Dios, Nora. —Su voz es áspera, sus manos enredadas en mi pelo mientras atrae mi rostro de vuelta al suyo. Sus ojos arden con algo parecido a la fiebre, como si le hubiera prendido fuego y ni siquiera le importara si lo consume—. No me hagas parar —respira, y mi pierna se alza para envolver la suya sin mi permiso.

Connor me sube al mostrador en un solo movimiento, colocándose allí de modo que me veo obligada a aferrarme a él. Sus labios reclaman los míos de nuevo en un beso apasionado, y agarro las solapas de su caro traje para mantener el equilibrio. Levanta mi falda alrededor de mis caderas, luego alcanza entre mis piernas para deshacer la hebilla de su cinturón y sacar su miembro.

—Connor —gimo, arqueando la espalda mientras aparta mis bragas a un lado y desliza un dedo dentro de mí. Tiene razón. No quiero que pare. No quiero que este momento termine porque sé que una vez que lo haga, seremos arrastrados de vuelta a la zona de guerra en la que nos encontramos atrapados, y esto... esta conexión que encontramos en el caos no será más que un recuerdo que ambos guardamos en nuestros corazones.

Gruñe suavemente cuando percibe que mis muros se derrumban, su otra mano agarrando mi muslo con fuerza como si intentara contenerse. —Joder, Nora, necesito estar dentro de ti. —Sus palabras están puntuadas por cada roce de su pulgar contra mi clítoris, haciéndome saltar y estremecerme.

Los labios de Connor se estrellan contra los míos otra vez, su lengua invadiendo mi boca con un hambre que iguala la mía. Con un rápido movimiento, entra en mí, llenándome por completo. La caliente y deliciosa presión envía una ola de placer por todo mi cuerpo, haciéndome gemir en su boca.

Sus embestidas son urgentes, desesperadas, nuestros cuerpos chocando como si esta fuera nuestra última oportunidad de sentir el calor del otro. Cada embestida es eléctrica y chocante, y desearía que tuviéramos tiempo para saborear el momento.

Las manos de Connor agarran mis muslos, alzándome para recibir cada una de sus desesperadas embestidas mientras arremete dentro de mí. Su boca está en todas partes, sus dientes rozando mi cuello y la curva de mi mandíbula. Me muerdo el labio inferior para ahogar un gemido que amenaza con escapar de mis labios, pero el único sonido que emerge es un quejido mientras el placer se acumula dentro de mí, enrollándose más y más fuerte en anticipación de la liberación.

Él inclina sus caderas justo así, golpeando ese punto dulce en mí, y me envía al límite, gritando su nombre mientras mi orgasmo me arrasa. Las paredes de mi núcleo se contraen alrededor de su miembro, ordeñándolo mientras él gruñe una maldición y se hunde profundamente dentro de mí antes de ponerse rígido y ralentizar sus embestidas.

Sus ojos giran hacia atrás, su mandíbula cae, y siento el calor de su liberación mientras me inunda.

Volvemos a la mesa por separado, arreglando nuestras apariencias como si nada hubiera sucedido. Connor camina delante de mí, con las manos sueltas a los costados, pero yo sé más. Está conteniendo todo.

Espero treinta segundos, suficiente para fingir que solo pasé por el baño y que no me perdí en la única persona que me ha hecho sentir segura en esta guerra. Nos sentamos tranquilamente y retomamos la conversación donde la dejamos.

Connor pide café sin mirarme. Me siento, enderezó los cubiertos y arreglo el rizo que ha caído contra mi mejilla. El silencio entre nosotros es ahora más suave. Él sabe que estoy con él. Yo sé que sigue luchando por nosotros.

Alcanzo mi agua, con los ojos en la mesa. —Tenemos que encontrar una forma de sobrevivir a esto.

Me mira y luego asiente una vez. —Lo haremos.

CONNOR

Los paneles de nogal oscuro se extienden del suelo al techo en el despacho de mi hermano, interrumpidos únicamente por apliques de latón que proyectan largas sombras sobre la alfombra desgastada. La mesa ha sido pulida, pero no a la perfección. Quemaduras de cigarrillos y manchas de agua permanecen, grabadas en la madera como cicatrices que nunca sanaron. El pasado nunca abandona realmente esta habitación; observa desde los rincones como un fantasma listo para atormentarte.

Ronan se sienta a la cabecera de la mesa, la viva imagen de la autoridad compuesta. Sus hombros firmes bajo una chaqueta de carbón a medida, sus manos relajadas sobre la mesa, pero puedo ver la tensión en ellas. De vez en cuando, un dedo se mueve, el más mínimo espasmo, como si estuviera marcando el tiempo con un reloj que solo él escucha. Me siento a su derecha, a una silla de distancia. Es una distancia calculada: lealtad visible sin la implicación de mando.

Frente a nosotros, Seamus Fitzpatrick se acomoda con la tranquila confianza de un hombre que cree que la guerra ya está ganada. Su traje es impecable, su corbata de un rojo sangre intenso. A su lado, Callum se deja caer en la silla como si le perteneciera.

Con una bota enganchada alrededor de la pata, un codo sobre el respaldo, ocupa más espacio del necesario. Su carpeta reposa intacta sobre la mesa, un accesorio que espera el momento adecuado.

El silencio se alarga lo suficiente como para convertirse en su propia forma de dominio. Nadie lo rompe. No hasta que Ronan decide hacerlo.

Ronan se aclara la garganta, apoyando los codos sobre la mesa, su voz tranquila pero con un tono lleno de determinación.

—Vinimos aquí para hablar sobre los términos de paz porque hay más en juego que solo nuestras líneas en el territorio. Si seguimos desangrándonos mutuamente, no duraremos lo suficiente para que los rusos terminen lo que nosotros empezamos.

Seamus levanta la barbilla, juntando las manos frente a él, su expresión impasible.

—Sus hombres invadieron nuestros muelles hace ocho noches. Acorralaron a tres de los nuestros detrás del almacén seis y dejaron a dos de ellos muertos. Así que si ya estamos sangrando, no venga aquí fingiendo que usted es quien ofrece la paz. Lo que está haciendo ahora es control de daños.

Ronan ni pestañea. Sus dedos golpean una vez sobre la madera.

—¿Sería necesaria nuestra represalia si ustedes se quedaran en su propio territorio?

Callum se ríe por lo bajo, sin molestarse en ocultar su condescendencia.

—Tampoco lo hicieron sus hombres. No pretendamos que su bando llegó con las manos limpias —suelta las manos al hablar y muestra lo poco que se controla. Podría aprender algunas cosas de su hermana.

Me inclino hacia delante, apoyando ambos antebrazos en la mesa, conteniéndome ante la necesidad de golpear algo.

—Nuestros hombres entraron armados porque teníamos motivos. Estaban allí para garantizar que nuestro cargamento llegara sin problemas y para enviar un mensaje. No fuimos los primeros en disparar.

Callum fija su mirada en mí, con los ojos entrecerrados.

—El territorio siempre está en disputa. Lo sabes tan bien como yo.

—No lo estaba el mes pasado. Tu gente está sobrepasando las líneas acordadas, y lo llamáis una inadvertencia —la voz de Ronan aumenta un poco en volumen, y Seamus se pasa una mano por la cara.

—Estamos corrigiendo límites blandos, O'Rourke. Lleváis años empujándolos —está molesto, pero sus tácticas no funcionarán con nuestra familia. Por eso hemos estado revisando nuestros mapas. Los Fitzpatrick están acercándose demasiado.

Ronan interviene antes de que yo haga algo de lo que me arrepienta.

—No estamos aquí para debatir el mapa. Estamos aquí para evitar una escalada que ninguna de las partes puede permitirse.

Seamus coloca metódicamente sus manos una sobre la otra. Su tono es uniforme cuando dice:

—Las líneas se difuminaron. Lo reconocemos. Pero si esta tregua va a significar algo, esas líneas necesitan ser redibujadas, y esta vez, necesitan mantenerse.

Callum finalmente se mueve. Empuja la carpeta hacia delante y la abre con un movimiento de muñeca. Imágenes en blanco y negro se extienden sobre la madera pulida: fotos satelitales y primeros planos de vigilancia que muestran camiones estacionados cerca del borde del muelle, hombres montando guardia junto a ellos, y las puertas de carga de un almacén Fitzpatrick abiertas de par en par.

—Vuestra gente cerca de uno de nuestros almacenes —dice.

Echo un vistazo a las imágenes.

—Esos no son nuestros camiones. Construcción diferente, guardias diferentes y sin aislamiento en los bajos. Quienesquiera que sean, no son los nuestros —dice Ronan, pero veo las similitudes. Aun así, tiene razón. No son nuestros. Alguien nos está suplantando para causar problemas.

Seamus se recuesta, cruzando una pierna sobre la otra. Ni siquiera se molesta en mirar las fotos de nuevo.

—Entonces alguien está usando vuestro nombre. Eso no es problema nuestro.

—Alguien está intentando incriminarnos —le digo a Ronan, que parece muy disgustado al oír que los rusos están agitando el avispero.

Ronan cambia de posición en su asiento.

—O intentando provocarnos. Y vosotros estáis cayendo directamente en ello —sus ojos me miran con ira, pero sé que pretende que sea dirigida a Seamus.

Callum entrecierra los ojos.

—Si no podéis controlar vuestra propia reputación, eso no es un problema de los Fitzpatrick.

La atmósfera se densifica, como si las propias paredes se prepararan para lo que viene. La unidad central se enciende con un siseo mecánico, pero la verdadera presión no viene de las rejillas de ventilación, viene de los hombres en esta mesa, esperando para ver quién empuja primero.

Ronan responde con calma, con más control del que creo que yo podría tener jamás.

—Hemos perdido hombres. Vosotros habéis perdido hombres. Ninguna de las partes se beneficia de llevar la cuenta. Necesitamos supervisión: control conjunto de los muelles, aduanas y logística compartidas. Temporal, por supuesto. Hasta que las cosas se estabilicen.

—De acuerdo, entonces una alianza. Os integráis en mi familia y hablaremos —Seamus junta los dedos frente a sí y toca uno sobre sus labios. Lo disfrazan como estrategia, como cooperación. Pero es una toma de control. Quieren gente en nuestro sistema. Quieren contar nuestro dinero antes de que lo toquemos.

Ronan ni siquiera finge considerarlo.

—Eso no va a suceder.

La sonrisa de Callum se ensancha.

—Entonces quizá estamos perdiendo el tiempo aquí, caballeros.

—O tal vez estamos empezando a entender lo que la otra parte realmente busca —estoy furioso porque esperaba que esta reunión pusiera fin al violento punto muerto en el que hemos estado durante meses. Nora está atrapada en medio y necesito que esté a salvo, no continuamente atrapada entre nosotros.

No hay respuesta verbal, solo la quietud que sigue a una línea que ninguna de las partes está dispuesta a cruzar.

—Revisaremos vuestra propuesta y responderemos por los canales adecuados —dice Ronan, y me disgusta su comentario. Deberíamos cortarles la garganta solo por proponer que los O'Rourke se integren en el clan Fitzpatrick. Eso nunca sucederá.

Seamus asiente y se levanta. Pretende ser formal, pero lleva el peso de algo más definitivo. Entonces Callum arruina la apariencia.

—Mientras lo hacéis —dice, con un tono demasiado casual—, quizá deberíais recordarle a vuestro hombre que se guarde lo que tiene en los pantalones. Esa pequeña distracción en nuestra familia está prometida a otro.

Todo en la habitación se tensa.

Ronan se queda inmóvil. Siento el cambio en él como si toda la mesa se hubiera movido. Seamus no habla, pero sus ojos se dirigen hacia su hijo, entrecerrándose ligeramente.

Callum se inclina hacia delante.

—¿Creéis que no notaríamos a Connor O'Rourke escabulléndose con mi hermana? Pensaba que erais más listos que eso.

No le doy la reacción que busca.

—Nunca le pedí nada.

—Pero lo tomaste de todos modos —Callum está mucho más molesto por esto de lo que parece estarlo su padre, lo que me dice que no ha sido informado de las órdenes que Seamus le dio a Nora con respecto a mí. Aún no sabe que ella es un arma, pero yo sí. Y cuando los ojos de Seamus se estrechan sobre mí, sé exactamente cómo planea usarla.

Ronan habla entonces, tranquilo y clínico.

—Si hay una conexión, es coincidencia, pero le aseguro que ningún hombre de los O'Rourke volverá a ponerle una mano encima —sus ojos me atraviesan, y siento que la vergüenza me invade, pero solo dura un segundo. Ahora ella me pertenece. Es mía, ya no es una Fitzpatrick. No tengo más palabras para defender mis acciones, pero la pistola en mi cadera arde y quiero usarla.

Ronan aparta la mirada de mí, y también lo hace Seamus. Seamus se ajusta el puño de su chaqueta con una calma deliberada,

como si la conversación no acabara de desplazarse sobre una línea de falla. El aire entre nosotros se siente más pesado que nunca, el tipo de pausa que mantiene su forma como si pudiera romperse. Nadie habla. Nadie se mueve. La tensión simplemente persiste, hinchada y en espera.

La reunión termina en silencio, sin que se intercambie una sola palabra de reconocimiento. No hay despedidas, ni sonrisas forzadas, ni siquiera la apariencia de un apretón de manos. Solo la salida fría y deliberada de hombres que saben que la próxima vez que se encuentren, puede que no sea a través de una mesa.

Callum sale primero con un andar presuntuoso. Sabe lo que ha plantado. La semilla ha sido sembrada, y ahora le toca verla florecer.

Me quedo sentado. Ronan espera un momento completo antes de volverse hacia mí.

Su voz rompe el silencio de nuevo, esta vez más baja pero no menos incisiva. Permanece de pie en el extremo de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras me mira fijamente.

—Deberías habérmelo dicho.

—No pensé que importara —me masajeo el puente de la nariz y espero la reprimenda.

—Sí importa.

—Ella no forma parte de esto —le espeto, pero sé que sí. Es más parte de esto de lo que incluso Ronan sabe, pero si le digo lo que Seamus le está pidiendo, me dirá que la mate. Algo que nunca haré, y no voy a mirar por el cañón de su pistola con tanta facilidad.

—Ella es parte de ellos, Connor —la voz de Ronan se afila mientras camina detrás de la silla, sus botas rozando con fuerza la alfombra. Golpea su mano plana contra la mesa, el sonido estalla en la habitación—. Por el amor de Dios.

—Ella no es él —ahora estoy de pie, a la defensiva, como una serpiente enroscada y lista para atacar. Mis órdenes eran claras, pero no puedo seguirlas. Me niego a usarla.

—No tiene que serlo. Esto es cuestión de apariencias. Piensan que estamos comprometidos, y eso es suficiente —se pasa una mano por el pelo y me da la espalda.

Dejo que el peso de eso se asiente antes de hablar de nuevo.

—¿Qué quieres de mí? —quiero que me diga algo que sabe que no haré, porque estoy preparado para plantar los pies y marcar una línea. Soy el segundo al mando en esta familia, y creo que es hora de que empiece a tomar en cuenta mi opinión cuando toma sus decisiones.

—Quiero tu lealtad —lo dice en voz baja, pero con más peso que si lo hubiera gritado. Luego se gira lentamente y encuentra mi mirada, y me pregunto si se da cuenta de que las cosas entre Nora y yo son demasiado profundas ahora. Si por eso no me dice simplemente que la mate o la aparte.

—La tienes —digo, y hasta cierto punto, lo digo en serio. También quiero decir que no me voy a doblegar bajo su presión.

—También te necesito vivo...

Lo deja en el aire, pero el silencio que sigue dice más de lo que podrían las palabras. Entiende que si Callum sabe sobre Nora y yo, Seamus también lo usará como una debilidad. Eso puede significar que ella no es la única atrapada en la mira.

Después de suspirar profundamente, sale sin mirar atrás.

Me siento de nuevo, mirando el borde de la carpeta que Callum dejó atrás.

El rostro de Nora inunda mi mente. No la versión vigilante que lleva para su familia. La verdadera, la que solo yo he visto. Escucho su voz en mi cabeza, tan suavemente como me dijo con miedo, *Tenemos que sobrevivir a esto*.

Si su padre la ve como un cebo y Ronan la ve como una ventaja, entonces estoy solo en el medio. Y soy yo a quien ambos considerarán responsable si los rusos se mueven antes de que cualquiera de las familias esté lista. Está claro que ya están intentando tentar al destino haciéndose pasar por nosotros.

Saco mi teléfono. Su nombre ya está ahí, en la parte superior de la lista. La conversación está abierta, el último mensaje sin respuesta. No escribo nada, pero quiero hacerlo. Quiero decirle que se reúna conmigo, e incluso pienso en tomar un avión a Zúrich para salir de este lío, pero eso sería cobardía.

Finalmente, bloqueo la pantalla y lo guardo. Luego empujo mi silla hacia atrás y salgo de la habitación como si nada hubiera

pasado.

Pero todo ha cambiado. Y la próxima vez que vea a Callum Fitzpatrick, no estaré sentado.

NORA

El pasillo hacia el despacho de mi padre parece estrecharse con cada paso. Los gruesos paneles de madera me encierran, con retratos que me observan desde sus marcos con ojos oscuros. Mi abuelo, sus hermanos... hombres que quizás construyeron este legado, pero solo arruinando a otros. Mis pasos no hacen ruido sobre la alfombra cuando me detengo justo antes de la puerta, y no llamo porque él sabe que vengo. Me ordenó que bajara aquí.

Dentro, papá está de pie junto a la ventana, de espaldas a mí. Tiene las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos, la corbata aflojada con el cuello abierto y una mano sujetando un vaso corto que contiene un par de dedos de líquido ambarino. La habitación huele ligeramente a tabaco como si acabara de apagar un puro, y mira por encima del hombro como si tuviera ojos en la nuca y me hubiera visto acercarme.

—Le gustas —dice sin volverse.

Me quedo cerca de la puerta, pero entro de puntillas unos pasos más.

—¿Qué significa eso? —No soy tonta. Sé lo que significa tanto para Connor como para mí, que papá usará el afecto de Connor hacia mí para controlarnos a ambos.

Se gira ahora, con los ojos inyectados en sangre por la ira.

—O'Rourke —dice, acercándose a la mesa donde hay desplegado un mapa de los muelles—. Después de ese lío en el memorial... Callum dice que el hombre te miraba como si fueras su última comida.

No respondo porque no hay respuesta segura con él. Sabía que me interesé por Connor, y asumió que Connor se interesó por mí del mismo modo, pero de alguna manera, ahora se lo han confirmado. Ahora los codiciosos e impacientes empujones para que explote esa conexión se volverán viles y siniestros, y no podré detenerlo.

Da unos golpecitos en el borde del mapa.

—Quiero que te reúnas con él otra vez. Pronto. Haz que parezca espontáneo. Haz que parezca... intencionado.

Observo sus manos, no su cara.

—¿Por qué? —Mi corazón aletea nerviosamente. Sabía que esto iba a ocurrir, que papá escalaría las cosas en algún momento y yo tendría que plantarme o ver cómo Connor entraba en su punto de mira. Simplemente no esperaba que actuara tan rápido. Los rusos deben estar presionándole mucho tras mi rechazo. Volkov probablemente quiere sangre.

Me mira como si le hubiera preguntado si el cielo sigue arriba.

—Porque si está emocionalmente comprometido, es vulnerable. Y si es vulnerable, nos dará algo útil.

—No soy una espía, papá. No quiero espiarlo —casi susurro. Las palabras suenan huecas porque así es como me siento: vacía. Me siento como una cáscara de la persona que se supone que debo ser, de la persona que soy cuando estoy con Connor. No he perdido la lucha. Simplemente se ha vuelto más silenciosa por el miedo. Ver al amigo de mi primo desplomarse en el suelo por mi mano me despertó. Papá va a por sangre... la sangre de Connor.

Su sonrisa es lenta y sin alegría.

—Quiero que seas inteligente. Utiliza lo que tienes.

—¿Y qué es exactamente?

—Sabes lo que es —lo dice como si fuera obvio, como si los años que pasó convirtiéndome en algo ornamental fueran solo un trabajo preparatorio para esto—. No soy ingenuo, Nora. Liam me dijo que te escapas, abriéndote de piernas para ese saco de mierda —sus ojos

se entrecierran mirándome—. Hazlo otra vez, y cuando lo tengas cogido por los huevos, lo atraparemos. Nos infiltramos y nos apoderamos del nombre O'Rourke o los rusos nos destruirán. Necesitamos el poder que viene con ese legado.

Me cruzo de brazos.

—No has preguntado si estaba dispuesta —mis protestas suenan tan débiles ahora, y sueno frágil. Me odio a mí misma, y odio la idea de que mi familia sufra casi tanto como odio la idea de perder a Connor o hacer algo que lo ponga en peligro.

Sus ojos se vuelven inexpresivos.

—No estoy preguntando, Nora. Teníamos un acuerdo y lo rompiste. Ahora harás lo que se te diga.

El silencio que sigue es asfixiante. Siento las paredes acercándose más, las pesadas cortinas atenuando la luz y su sombra extendiéndose a lo largo de la alfombra entre nosotros. Siento como si pudiera tragarme entera.

Levanta una carpeta de la mesa y la abre.

—La próxima vez que lo veas, quiero nombres. Contactos. Puntos débiles en su cadena de suministro. Cualquier cosa que me diga lo profundamente que están metidos los O'Rourke en los Muelles del Sur.

—¿Cómo se supone que voy a conseguir esa información? Le gusta follarme, no confiar en mí. No es un idiota. Es leal a su familia y no va a soltar nada —ahora estoy temblando de rabia. No puedo creer que me esté poniendo en esta posición.

Su voz baja.

—No finjas que no puedes hacer esto. Naciste para hacer esto. Solo olvidaste de qué lado estás.

Un golpe en la puerta rompe el momento y papá no les dice que entren. Dos hombres entran de todos modos, ambos con chaquetas oscuras, expresiones planas y ojos fijos en él. Liam no es uno de ellos, lo que significa que mi padre ha espabilado y ha descubierto que he estado obligando al hombre a hacer lo que yo quería. Todavía podría hundirlo, pero ¿qué sentido tendría ahora?

—Estos son Farren y Daryle —dice papá—. Te acompañarán durante la próxima semana.

Mi columna se pone rígida.

—¿Ya no confías en mí? —Es una pregunta estúpida para hacerle al hombre que no confía en nadie, pero va a hacer que ver a Connor como quiero sea prácticamente imposible. Tengo que intentar algo, así que hago pucheros como una chica cuyo padre puede ser manipulado.

Se toma el whisky, con la cara retorciéndose por el sabor, y luego golpea el vaso vacío sobre la mesa.

—Nunca me diste una razón para hacerlo.

Farren no habla. Daryle asiente una vez. Es todo deber y nada más entre sus orejas. El tipo de asentimiento reservado para órdenes que no requieren respuesta. Mis manos se cierran en puños a mis costados, pero no puedo hacer nada al respecto. Papá probablemente no me matará, pero me obligará a casarme con Volkov o algún otro lacayo putrefacto.

No sé qué es peor: que papá me esté utilizando o que parte de mí ya esté considerando cómo hacerlo bien. Si voy a ser vigilada, acorralada, convertida en cebo, entonces voy a decidir cómo se desarrolla. Resoplo por la nariz y me dirijo hacia la puerta con dos nuevas sombras detrás.

Me siguen hasta mi habitación, y antes de llegar al rellano de las escaleras, escucho la voz de papá.

—Estate lista en quince minutos. Vamos a tener una reunión con Pyotr Vetrov...

El nombre me hace hervir la sangre y grito-gruño mientras pataleo, pero no le afecta. Los hombres intentan seguirme a mi habitación, y presiono una mano contra el pecho de uno y lo empujo hacia atrás.

—Ni de coña. Pervertidos de mierda, no vais a verme vestirme para el almuerzo —un fuerte empujón lo pone en su sitio, y entro en mi habitación, cierro la puerta y la bloqueo antes de ir directamente a mi ventana.

Abro el pestillo y la empujo, trepando al alféizar y subiendo al tejado que hay justo debajo. Las tejas están resbaladizas bajo mis pies, el aire cortante contra mi piel. Me agacho fuera de la vista de

la entrada y saco mi teléfono para marcar el número desechable de Connor. Suena dos veces.

—¿Nora? —dice, y hay tensión justo bajo la superficie.

—No sabía si contestarías —me siento al borde de las lágrimas, y solo escuchar su voz me reconforta.

—Siempre lo haré, nena —la voz de Connor me envuelve como una manta cálida que me calma, pero necesito más. Necesito sentirme segura y estable.

Me agacho, con los brazos rodeando mis rodillas.

—Ahora me está presionando más. Dijo que la próxima vez que te vea, más vale que no sea por placer. Que si estoy en tu cama, también debería estar en tu cabeza... buscando información, sacando secretos. Quiere pruebas de que estás comprometido. Cree que si presiono de la manera correcta, te doblarás.

No responde de inmediato, y cuando lo hace, su voz es más baja.

—Eso es lo que quería decir Ronan. Cuando me advirtió.

—¿Tu hermano te advirtió? ¿Sobre qué? —Siento que mi cuerpo se tensa mientras mi conciencia se agudiza. Si ellos están jugando su bando y papá me está empujando a jugar el nuestro, es solo cuestión de tiempo antes de que la bomba detone.

—Me dijo que podrías ser un cebo. Dijo que sería un idiota si creyera que era real.

Cierro los ojos y me froto la cara con una mano.

—Es real, Connor. Lo sabes, ¿verdad? Lo que dije... que me estoy enamorando... —exhalo un suspiro de tensión y desearía que eliminara el peso sobre mis hombros—. Lo dije en serio.

Connor hace una pausa por un momento, y siento que las lágrimas se acumulan. Tiene que creerme. Nunca jugaría con él. Nunca en mi vida podría ser la espía putona que abre las piernas y le chupa el alma a un hombre por la polla. Pero cuando no responde, insisto. Tengo que hacerlo. Si voy a mantener a papá lejos de él un poco más, necesito algo mejor.

—Lo que me diste antes... dice que no es suficiente. Dice que si ya me estoy acostando contigo, al menos debería sacar algo valioso de ello.

—No eres una herramienta, Nora —el crujido en la línea enmascara el temblor en su tono, pero no del todo. Está furioso y puedo notar que odia a mi padre. Si los dos estuvieran solos en un callejón oscuro, estaría comprando un nuevo vestido negro para un funeral.

—Él cree que lo soy —digo en voz baja, y luego no hablo. El silencio se extiende de nuevo, y esta vez, está preñado de la ira de Connor. Sé que tal vez nunca diga las palabras, pero me ama. Está asumiendo estos riesgos y tratando de ayudarme, y no es por nada. Yo también tengo que aparecer por él.

—Está tratando de emparejarme con alguien más —digo finalmente—. Otro ruso. Algún nuevo acuerdo. Pyotr Vetrov es su nombre, y está sucediendo pronto —la sensación de hormigueo que ha estado dentro de mi cerebro como ansiedad ahora se extiende por mis brazos y piernas en forma de piel de gallina.

—Entonces sigue la corriente —dice como si fuera un hecho.

Me incorporo de golpe.

—¿Qué?

—Mantén la cabeza baja. Haz lo que tengas que hacer. No estoy preocupado —de repente, su voz está más calmada, justo cuando la mía salta una octava.

—¿Cómo puedes decir eso? —Las lágrimas prácticamente salen disparadas de mis ojos como fuegos artificiales. No puede pensar que quiero casarme con otro, especialmente no con un ruso.

—Tengo un plan.

—Eso no me hace sentir mejor... —quiero decirle lo idiota que es, cómo se está comportando como un imbécil, pero me muerdo la lengua mientras comienza a hablar de nuevo.

—Debería. No voy a perderte. No así —esta vez, es él quien suspira—. Te dije que eres mía, Nora, y lo dije en serio. Solo sigue el plan y mantén la cabeza baja. ¿Me oyes? Si quieres superar esto y estar al otro lado en mis brazos, haz lo que te digo.

No sé cómo responder a eso. Miro por encima de las copas de los árboles con sus palabras aplastando mi pecho. Me limpio las lágrimas de las mejillas, sorbo para evitar que me gotee la nariz, y me cubro la cara con una mano.

—Tengo miedo, Connor.

—Yo no. Por eso ganaremos, ¿de acuerdo, nena?

El cielo comienza a llover conmigo, grandes y descuidadas gotas de lluvia que amenazan con hacer que mi pelo sea completamente imposible de arreglar, y susurro:

—Tengo que irme. Te quiero —y termino la llamada sin esperar una respuesta porque sé que aún no está listo para decirlo. Luego me quedo sentada un poco más, con el teléfono cálido en la palma de mi mano, el viento arañando mi piel. Desearía creerle completamente, pero todo lo que puedo hacer es esperar que sepa lo que está haciendo.

CONNOR

Ronan tiene el despacho más frío de lo que debería estar en una mañana avanzada de octubre. Mantiene las ventanas cerradas y la chimenea apagada. La niebla se adhiere húmedamente al cristal provocando condensación, y si hiciera un poco más de frío en el exterior, sería escarcha lo que habría en la ventana, no humedad.

Me quedo de pie cerca de la estantería con los brazos cruzados. Ronan camina de un lado a otro frente a mí, con los hombros rígidos y la mandíbula tan apretada que podría romperse. Su expresión no es solo sombría, es de ese negro intenso que deja a un hombre vacío por dentro.

—Los rusos están haciendo preguntas que no hacían hace una semana —dice Killian. Su voz suena tensa. Está sentado cerca de la esquina con las piernas separadas como si fuera el dueño de la habitación.

—Porque aún no estaban desesperados —responde Ronan. Hojea un expediente—. Volkov está presionando porque hemos mantenido la línea en los muelles. Pero los Fitzpatrick no han contraatacado desde el funeral.

—Están dando vueltas. Olfateando a la bestia más débil —añade Killian. Su mirada se desliza hacia mí, y le miro con el ceño fruncido porque tiene razón. Volkov quiere que esto se intensifique para

poder jugar a ser Dios, pero algo me dice que está dispuesto a proporcionarle cualquier herramienta necesaria a cualquiera de las dos familias solo para vernos destruirnos mutuamente.

Ronan me mira. —Y todavía no saben qué bando es ese.

Sostengo su mirada. —Eso no durará.

—No, no durará —asiente él—. Por eso no damos el primer paso. Dejemos que los Fitzpatrick suden. Dejemos que los rusos se pongan nerviosos. Nos elegirán cuando vean que seguimos en pie mientras los otros se tambalean.

Killian resopla. —¿Asumes que no actuarán solo para forzarnos la mano? —Niega con la cabeza mirando a mi hermano, que deja los archivos y se mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta para sacar un puro.

—Volkov no juega con incógnitas. Es brutal, no estúpido. —Lo siguiente es el cortapuros, que saca del cajón de su escritorio. Corta la punta del puro, se lo lleva a los labios y enciende el mechero para dar una profunda calada de humo de tabaco.

Discuten entre ellos. Debaten sobre estrategia, manifiestos de cargamentos y sobornos pagados a los inspectores portuarios. Mi mirada se desvía hacia la textura del escritorio de Ronan. El mapa sujeto bajo el cristal tiene una línea roja que atraviesa South Quay. Ese tramo de agua es un campo de batalla. Y Nora está parada al borde de él.

Me mantengo callado hasta que Ronan golpea el expediente con el dedo. Me mira con expresión sombría y se pasa la lengua por los dientes bajo el labio. Ha estado conteniéndose mientras yo me he rebelado silenciosamente durante semanas, y su paciencia es tan fina que podría romperse en cualquier momento. —Mantén la cabeza fría, hermano. Si ven debilidad...

—No la verán —le aseguro. No voy a decepcionar a Nora. Seamus ya la está presionando para que se case con otro ruso en un débil intento de remendar su destrozada alianza. Si ella hubiera seguido adelante la primera vez, el apellido O'Rourke estaría muerto. Si permito que lo haga ahora, sufriremos el mismo destino. Ronan simplemente no lo entiende.

Entrecierra los ojos. —¿Estás seguro de eso? —Da otra calada a su puro y la mantiene en su boca por un segundo antes de decir—: Si no puedes separar a la chica de la causa, aléjate.

—Lo tengo controlado —gruño, con las manos cerrándose en puños otra vez. Siento como si la verdadera guerra que estoy librando fuera contra mi propia familia.

—¿De verdad, Connor? Porque me da la sensación de que estás perdiendo el foco. Destruimos a Seamus y a su familia, y Volkov no volverá a mirarnos. Cimentamos nuestro lugar en la jerarquía. Si les permitimos... —Sus palabras se desvanecen mientras la ira cruza de nuevo su rostro.

Después, señala con la cabeza hacia la carpeta. —Este próximo movimiento no permitirá medias tintas. Si ella te traiciona, no será solo tu sangre la que se derrame.

Quiero discutir, pero no servirá de nada. Él ya tiene su opinión formada y así es como funciona con él. Así que asiento una vez, manteniendo el gesto justo el tiempo suficiente para dejar claro que no lo hago fácilmente. Cualquier otra reacción provocaría derramamiento de sangre. Después me giro y salgo de la habitación, con los puños tan apretados que me palpitan los dedos.

Cada paso que me aleja de Ronan se siente forzado, una retirada sin resolución. Cierro la puerta tras de mí pero no la golpeo. Eso mostraría demasiado obviamente mi enfado y el hecho de que no tengo intención de hacer las cosas a su manera. Ya ha decidido que estoy comprometido, y nada menos que la traición de Nora a su propia familia detallada por escrito cambiará su opinión.

Aunque el sótano ofrece silencio, no ofrece paz. Las paredes están revestidas de estanterías con rifles, pistolas, cuchillos. Todo organizado por tamaño y utilidad. Killian ya está abajo, se escabulló mientras Ronan me sermoneaba de nuevo. Está sentado en una caja con una mira en la mano y no levanta la vista.

—¿Alguna vez te preguntas cuánto tiempo mantendremos este territorio?

Camino hacia mi estuche y lo abro. —Todos los días.

—A los rusos no les importa quién sangre mientras alguien lo haga. —Se burla—. Se creen los perros grandes, y este es nuestro

territorio.

Miro de reojo. —Ronan piensa que podemos aguantar más que ellos. —Cojo un estuche de pistola, lo tiro a un lado, luego saco una Glock de la estantería y la giro en mi mano.

—Quizás. O quizás solo están esperando una razón para elegir un bando.

Por fin me mira. —Pues que se muevan. Yo sé de qué lado estoy.

—Entonces ya estamos en guerra, Connor. Haz lo que Ro te dice. No seas un idiota. —Ni siquiera puedo mirarlo. Él sabe lo que ella significa para mí, y prácticamente me está pidiendo que la abandone.

—¿Y Nora? —Me quedo inmóvil, ansioso por lo que le sucederá si los rusos nos dejan pasar y apuntan a los Fitzpatrick.

Deja la mira a un lado. —No hace falta que lo digas. Lo sé.

Me siento frente a él, todavía sosteniendo la Glock. —Llamó ayer. Su padre asignó a dos hombres para que la siguieran. Le dijo que se reuniera conmigo de nuevo y consiguiera información. Información real.

Killian silba. —¿Te dijo eso?

—Sí.

—Así que te advirtió, sabiendo que podría costarle la vida... —Silba entre dientes—. Te quiere.

—Está asustada —replico, sabiendo que eso también podría costarle la vida. Amar al enemigo es peligroso en este negocio, por eso nunca pronunciaré esas palabras en voz alta frente a ella.

—¿Y aún confías en ella?

—No tengo elección —le digo, encogiéndome de hombros—. Es creerla y esperar que no me tiendan una trampa o ver cómo mi hermano la mata. O peor, que me acusen de matarla yo mismo.

Killian se ríe secamente. —Eso no es lo mismo que confiar. —Cuando no digo nada, limpia la mira y continúa—. Tendrás que elegir. No solo entre ella y nosotros. Entre lo que quieres y lo que protege a la familia.

—No dejaré que llegue tan lejos.

No me cree, y no le culpo. No tiene razón para hacerlo. Se levanta, se cuelga un rifle al hombro y pasa junto a mí. En la puerta

se detiene. —Más vale que merezca la pena —refunfuña, y luego se va.

Me quedo en el sótano. El frío se asienta profundamente. Abro un cajón, saco una pistola limpia y compruebo el mecanismo. No necesita ser comprobado. Solo necesito algo que hacer.

Ronan tiene razón. Killian tiene razón.

Si Nora me traiciona, no acabará conmigo. Terminará en un baño de sangre entre dos familias que verá destruidos a todos los que ambos queremos, y los rusos se reirán mientras beben nuestra sangre y desfilan por nuestras calles.

No permitiré que eso ocurra.

NORA

La puerta principal está entreabierta. Un paso más y estaría fuera, en el coche, de camino a Connor. Lo ensayé todo en mi cabeza: el momento, el tono, la historia que les contaría a los hombres apostados fuera. Cada palabra moldeada para desviar sospechas. Cada segundo planificado.

Pero nada de eso importa cuando la mano de mi padre se cierra sobre mi codo y todo se detiene. El aire que contenía escapa en una brusca exhalación. Se supone que debo jugar a dos bandas: informar a papá, engañar a Connor, sobrevivir a ambos. Pero cuanto más me acerco a la verdad, más difícil se vuelve fingir.

Me dije a mí misma que podría controlar esto, que podría adelantarme a cualquier trampa que mi padre estuviera preparando, pero me equivoqué. Ya ha encendido la mecha. Lo único que puedo hacer ahora es correr directamente hacia el fuego y esperar que Connor siga esperándome al otro lado.

—¿Adónde demonios vas? —gruñe, y hace que mi corazón salte a mi garganta. Sus dedos se clavan a través de la tela de mi abrigo con suficiente fuerza para dejar marca, estoy segura.

—A reunirme con los O'Rourke —digo. Estoy temblando. He visto lo que mi padre les hace a las personas que se cruzan en su camino, y si supiera que esta reunión es estrictamente para buscar consuelo

en Connor y no tiene nada que ver con conseguirle la información que quiere, me encerraría en mi habitación o algo peor.

—Y te dije que consiguieras el pago. —Me jala hacia atrás y cierra la puerta de golpe—. Hemos dejado que esto se prolongue lo suficiente. Si no tienes algo tangible, él muere. Lo disfrazaremos como si los rusos lo hubieran hecho.

Mantengo la barbilla alta, pero mi garganta se tensa hasta que me resulta difícil tragar. Le sostengo la mirada aunque todos mis instintos me dicen que la aparte. —¿Crees que los O'Rourke no lo verán en cuanto suceda? —Es valiente mirarlo a los ojos y hablar así, pero si no lo hago, nunca me respetará.

—No estarán en posición de probarlo —dice, apretando su agarre hasta que me estremezco. Se inclina lo suficiente para asegurarse de que no pueda apartar la mirada—. Consigue lo que necesitamos o estás fuera y él muere. Ese es el trato.

No discuto porque nunca ha tenido sentido discutir con él sobre esto. He quemado todas mis cartas de salida gracias a Artur Volkov. La mano de papá me suelta, y me ajusto el abrigo como si pudiera mantener mis costillas en su lugar. Afuera, los faros iluminan la entrada. La escolta de dos hombres es increíblemente molesta, pero nunca me dejará ir sin ellos.

Liam no está entre ellos. Estos dos son más jóvenes, más callados... desconocidos. Abren la puerta sin hablar. Uno hace un gesto hacia el coche.

El silencio en el vehículo parece planeado. Cada bache sacude mi cuerpo y me hace reconsiderar esto. Con los matones de papá siguiéndome, tengo miedo de que cada segundo sea una trampa, como si él pudiera empujarme hasta aquí solo para que uno de sus soldados mate a Connor.

Cuando llegamos a la casa franca en Wicklow, aparcan fuera de la vista detrás del edificio. Saben que no deben hacer preguntas. No están aquí para protegerme o cuidarme; están aquí para asegurarse de que sigo órdenes y no huyo. Una palabra equivocada, un giro erróneo, y no estoy segura de que no me arrastraran de vuelta por el pelo. O algo peor. Se quedan en el coche, con los motores

apagados y las caras inexpresivas. Solo el rencor suficiente para recordarme que sigo atada a una correa.

Entro, quitándome el abrigo, con los dedos rígidos y fríos por el viaje. Todo en mi interior está demasiado tenso para soltar la tensión todavía. La casa franca tiene la quietud hueca de un hogar sin usar. Está polvorienta y apesta a moho. Las luces permanecen apagadas. Me siento en el borde del sofá, con las palmas apoyadas en mis rodillas, el corazón martilleando en mi pecho.

Connor llega tarde. Cada minuto se arrastra, y sigo mirando el reloj, aunque ya sé cuánto tiempo ha pasado. Agarro mi teléfono, deseando que vibre, que se ilumine, que me dé algo. Pero permanece a oscuras en mi mano. La lluvia golpea las ventanas sin ritmo, y empiezo a contar cada gota solo para no desmoronarme.

¿Y si mi padre cambió el plan? ¿Y si esto es una prueba? ¿Y si Connor se dio cuenta y dio media vuelta? ¿Y si está muerto?

Cada posibilidad se turna para destrozarme por dentro. Se supone que debo estar tranquila. Se supone que debo ser aguda, cuidadosa y útil. Pero cuanto más se extiende el silencio, más me desmorono. Si no aparece, no sé qué haré. No sé en quién me convertiré. Solo sé que no estoy preparada para enfrentar nada de esto sola.

Para cuando escucho el golpe, ya he pasado por todas las posibles versiones de este final. No me levanto de inmediato. Me obligo a respirar. Cuando finalmente abro la puerta, él no habla.

Entra, mojado y frío, sus ojos recorriendo las esquinas de la habitación. Luego se posan en mí. —¿Te enviaron con compañía? —pregunta.

Asiento. —Están detrás. —Me entra el pánico por un momento, esperando que no piense que esto fue idea mía, que realmente traería a los soldados de mi padre aquí a propósito.

—¿Estás segura de que no han venido a por sangre? —Se pasa una mano por el pelo húmedo y cierra la puerta, luego se acerca a mí con un brillo en los ojos que no puedo descifrar. ¿Piensa que soy una amenaza?

—Si lo están, lo siento. Sabes que tenía que verte. —Alargo la mano hacia él, pero se da la vuelta, caminando hacia la ventana

para bajar las persianas. No confía en mí. Comprensible. Sabe por qué mi padre me dejó venir aquí. Sabe que quieren destruir el nombre de O'Rourke.

Entonces se vuelve y me mira fijamente, con los puños apretados a los costados. No puedo decir si está enfadado o asustado. Tal vez ambos.

—No deberías haberme atraído aquí —dice, con la mandíbula tensa—. No con ellos respirándote en la nuca. ¿Crees que no sé lo que es esto? No estás aquí por consuelo, estás aquí porque te enviaron. —Hace un gesto con la mano, casi golpeándome, y yo me estremezco y retrocedo.

—Estoy aquí porque se me están acabando las formas de protegerte —respondo bruscamente, alejándome más—. ¿Crees que quería esto? ¿Que quería mentirles a ellos, a ti, seguir jugando un juego para el que no estoy hecha? Me estoy ahogando, Connor. Cada vez que intento respirar, alguien más me empuja la cabeza de nuevo bajo el agua. —Me cruzo de brazos protectoramente y me siento temblar.

—¡Entonces deja de jugar a dos bandas! Dices que quieres protegerme, pero apareces con sombras pisándote los talones y ¿piensas que haré qué? ¿Besarte y olvidar lo que está en juego? Te matarán tan rápido como me matarán a mí. Quizá más rápido.

Un escalofrío frío me recorre la espalda y tiemblo. —Lo sé —digo, más suave—. Pero no vine aquí por perdón. Vine aquí porque si no resolvemos esto juntos, nos borrarán del mapa a los dos y sonreirán mientras lo hacen.

Él aparta la mirada, respirando con dificultad. Luego se ríe, pero es una risa hueca. —Entonces, ¿qué quieres? ¿Un nombre? ¿Una ubicación? ¿Debería atar a mi equipo y entregárselo envuelto como regalo para la aprobación de tu padre?

—Quiero vivir —digo—. Y quiero que tú también vivas. No necesitamos entregarles nada real. Solo necesitamos darles lo suficiente para mantenerlos adivinando. —Quiero aferrarme a él, pero tengo miedo de lo que pueda pasar.

—Estás apostando con todas nuestras vidas.

—Tú también —le digo sin rodeos. Soy muy consciente de mi futuro si le fallo a mi padre. No tengo que proteger a Connor, quiero hacerlo. Porque en algún lugar dentro de mí, quiero que él sea mi futuro—. No espero que me des nada. Pero no puedo volver sin nada. Están listos para apretar el gatillo, Connor. Dicen que si no les doy algo, te matarán y culparán a los rusos.

Su risa es breve y amarga. Sacude la cabeza y vuelve a pasarse la mano por el pelo. La humedad lo peina hacia atrás mientras sus ojos se vuelven negros y se estrechan hacia mí. —Así que me matan y descargan la culpa al otro lado del agua. Manos limpias...

—Ya está planeado. Mi padre me lo dijo él mismo. —Las lágrimas queman mis ojos, y camino hacia la ventana y miro hacia afuera—. Creo que tu familia simplemente atacará a los rusos y los problemas de papá con ellos terminarán. Tendrán su eslabón más débil, y su plan para destruir a tu hermano habrá terminado.

Me observa como si intentara ver a través de todo esto. —Deberías haberte mantenido alejada. —Las palabras me atraviesan el corazón. ¿Cómo puede decir eso? Él fue quien me escribió primero. Sí, ninguno de los dos sabía lo que iba a pasar, pero él me arrastró a esto. No al revés.

—Ya no puedo. —Mi voz es serena, mis palabras tan frías como mi corazón después de ese comentario suyo.

—Entonces no me pidas que les entregue una cerilla y ayude a quemar todo por lo que me he desangrado. No me pidas que destruya a mi familia solo para salvar mi vida. —No retrocede. Me mira fijamente y, por un segundo, pienso que podría estallar.

Girándome hacia él, trago la emoción y me limpio las lágrimas de las mejillas. —Viniste aquí por respuestas, y todo lo que puedo darte es la verdad. Si no vuelvo con algo, te matarán. Y si vuelvo con una mentira, me matarán a mí. —Puede que no me maten realmente, pero mi corazón estará muerto. Connor estará muerto. Y Pyotr Vetrov será mi futuro.

—Entonces a ambos se nos acabó el tiempo —dice en voz baja.

Lo miro y hablo con la garganta en carne viva por las emociones. —Serás otro titular, Connor. No puedo permitir que eso suceda.

Se hunde en el sofá, con las manos apoyadas en las rodillas, la cabeza agachada. —¿Qué les dijiste?

—Que necesitaba más tiempo.

—¿Y qué me estás diciendo a mí? —Ahora me mira con sinceridad en sus ojos, toda la oscuridad desaparecida. Todo lo que veo es un hombre enamorado, deseando sinceramente liberarse de sus cadenas.

—Que no voy a ser la razón por la que mueras. —Me acerco a él y me siento a su lado, apoyando mi mano en su pierna.

Nos sentamos en silencio mientras la tormenta presiona contra las ventanas. El bajo retumbar del trueno me recuerda a la voz de Dios, pendiendo como un presagio sobre la casa franca. No puedo evitar que las lágrimas fluyan.

—Están cerrando el círculo —dice él—. Ronan quiere que te presione. Que te use. No eres una persona para ellos. Eres una responsabilidad. Una herramienta. Al igual que para tu padre. — Cuando se vuelve hacia mí y me agarra la mandíbula con tanta fuerza que duele, siento que me tiembla el labio—. No voy a ser como ellos.

Lo dice con tal certeza que algo se rompe dentro de mí. Me inclino hacia él y le rodeo con mis brazos, sollozando mientras beso sus tiernos labios.

—No quiero huir —susurro.

—Entonces no huiremos. —Su tacto se suaviza, y me subo a su regazo para que sus brazos puedan envolverme.

—Nos matarán —gimo.

—No si nos mantenemos un paso por delante. —Su sugerencia es una locura. Nos cazarán. No podemos huir. Tenemos que plantarnos y luchar.

Presiono mis manos contra su cara, esforzándome para que no tiemblen. —Tengo miedo.

—Lo sé. —Su voz es tranquila—. Pero no voy a permitir que te lleven.

Levanta una mano hacia un lado de mi cara. Su pulgar me acaricia por debajo del ojo. —Hacemos esto juntos —dice—, o no lo hacemos.

Sollozando, asiento con la cabeza y me aferro a él como si mi vida dependiera de ello, porque así es. Su boca encuentra la mía de nuevo con un hambre diferente a cualquier otro beso. Me besa con la clase de calma que insiste en que aún tenemos tiempo.

Cuando nos separamos, apoyo mi frente contra la suya.

—Si vienen por ti, lo quemaré todo.

Exhala contra mi mejilla. —No tendrás que hacerlo.

—Lo resolveremos —susurra Connor contra mi pelo, con sus brazos estrechándose a mi alrededor. Quiero creerle, pero la fría comprensión de que ninguno de los dos tiene la respuesta me hiela hasta los huesos. Somos como dos nadadores ahogándose aferrados uno al otro en medio de un mar tormentoso, esperando que nuestra fuerza combinada sea suficiente para mantenernos a flote.

Sus labios reclaman los míos de nuevo con más deseo esta vez. Le dejo profundizar el beso y separo mis labios mientras me levanto lentamente, girándome para sentarme a horcajadas sobre él en el viejo y desgastado sofá.

Su dureza presiona contra mí, y no puedo evitar desearlo. Necesito sentirme viva, sentir algo real y verdadero antes de que todo se desmorone a nuestro alrededor. Esta puede ser la última vez que tengamos así, presionando nuestros cuerpos juntos como si nada más importara.

Con sus dedos enredados en mi pelo, Connor me guía hasta ponerme de rodillas. Mi mano tantea su cremallera, trabajándola con impaciencia mientras nuestras bocas chocan en un frenético lío de dientes y lenguas. Su respiración es irregular en mi oído mientras mis labios dejan los suyos y encuentran el bulto creciente en sus pantalones.

Con movimientos lentos y provocadores, le bajo la cremallera, liberándolo de su confinamiento. El aroma de la excitación me golpea con fuerza, embriagadoramente familiar pero nuevo a la vez. Envuelvo mi mano alrededor de su dura longitud, acariciándolo con un toque delicado. Lo miro a través de mis pestañas, con la mirada velada por el deseo, retándolo a detenerme ahora. No lo hace. Sus dedos se curvan alrededor de mi cuello, agarrando y guiándome más cerca.

Un suave gemido escapa de sus labios cuando lo pruebo tentativamente, el calor de su excitación salado contra mi lengua, y ávidamente tomo más de él en mi boca, chupando y lamiendo su carne necesitada. Las manos de Connor vagan por mi espalda y por debajo de mi camisa, sus dedos callosos trazando patrones en mi piel que dejan la carne de gallina a su paso. Gime mientras lo tomo más profundo.

Las manos de Connor agarran mi camisa, tirando de ella bruscamente por encima de mi cabeza y arrojándola al suelo. Su boca sigue, dejando besos calientes y húmedos por mi cuello mientras me levanta de nuevo, su lengua hundiéndose en el hueco de mi clavícula antes de continuar hacia el sur. Desabrocha mi sujetador y sus labios encuentran mis pezones doloridos. La sensación hace que me arquee hacia él mientras desabrocho mis vaqueros, y gimo suavemente en la frialdad de la habitación.

Es como si cada nervio de mi cuerpo estuviera en llamas. Casi había olvidado esta sensación, la forma en que él podía hacerme sentir tan viva, tan consumida por el deseo que nada más importa. Ni mi padre, ni la guerra entre nuestras familias, ni siquiera el reloj que se cierne sobre nosotros. Esto es lo que se siente ser libre.

Sus manos me poseen, como si hubiera estado anhelando esto tanto como yo. Estamos frenéticos, desesperados en nuestra necesidad de sentirnos el uno al otro. Como si este momento pudiera muy bien ser el último.

Mientras los dedos de Connor trazan mis curvas, me pierdo en un mar de lujuria y anhelo. Su boca encuentra el camino por mi estómago, su lengua dejando humedad que se enfría rápidamente en el aire frío. Me inclino hacia él cuando llega al borde de encaje de mis bragas. Me mira, sus ojos oscuros de deseo y determinación. Es una pregunta no formulada que he estado esperando desde que comenzó toda esta pesadilla. Asiento, incapaz de recuperar el aliento.

Con un movimiento fluido, las arranca, desechándolas descuidadamente en el suelo. Sus manos vuelven a familiarizarse con mis curvas, su toque embriagador, posesivo. Un gemido escapa de mis labios cuando dos dedos se deslizan dentro de mí,

acariciando y provocando con una maestría que me deja temblorosa. Connor gime mientras me abre, observando la cambiante expresión en mi cara. Levanta una pierna y la apoyo en el sofá junto a donde está sentado, y cuando su boca cubre mi hinchado botón, mis rodillas se debilitan.

Su lengua lame mis pliegues, provocando y burlándose con precisión experta. Mis uñas se clavan en sus hombros mientras una ola de placer me recorre. Su lengua y sus dedos trabajan juntos en perfecta armonía, provocando un coro de gemidos y jadeos de mis labios. La tensión dentro de mí se desenreda, enrollándose más apretada con cada movimiento de su muñeca, cada pasada de su lengua.

Mis caderas se mecen contra él, empujándolo más profundo, el placer acumulándose en mi bajo vientre como lava fundida. Mi mundo se reduce a la sensación de él entre mis muslos, su boca sobre mí, consumiéndome por completo. La habitación gira mientras rodea mi clítoris con su lengua, y me tambaleo al borde mientras lucho por el control. Pero el control es lo último que quiero poseer en este preciso momento. Con un grito gutural, arqueo mi espalda y caigo por el precipicio, mi centro espasmodizándose alrededor de sus dígitos.

Connor no cesa, siguiendo las réplicas de mi orgasmo con un fervor que me deja sin aliento. Sus labios continúan provocando y adorando mi carne sensible, llevándome más alto hasta que estoy cerca del borde de nuevo. Cuando finalmente se aparta, estoy jadeando, con el pecho agitado.

Oigo el crujido de sus pantalones, siento su brazo libre trabajando mientras los músculos de su hombro ondulan bajo mis dedos. Y cuando estoy lista para explotar de nuevo, me atrae más cerca hasta que colapso sobre su regazo, a horcajadas sobre él.

La gruesa dureza de Connor presiona contra mí, buscando entrada. Nuestros pechos se agitan al unísono, nuestras respiraciones entrecortadas mezclándose en el aire frío. Levanto mis caderas, guiándolo a mi entrada, y con un respiro profundo, lo dejo entrar. Gime mientras me llena, sus manos agarrando mis caderas como si tuviera miedo de soltarme. Me muerdo el labio para ahogar

un gemido de placer puro y sin adulterar. Ha pasado demasiado tiempo desde que me sentí así: consumida por el deseo, perdida en el momento con el único hombre que me entiende como nadie más puede.

Nuestros cuerpos se mueven como uno solo, sus caderas meciéndose contra las mías con una deliciosa fricción que me hace alternar entre gritos de éxtasis y gemidos profundos y acalorados mientras nos movemos juntos, perdidos en el momento. Los empujes de Connor se vuelven más duros, más rápidos, y envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y respiro en su oído. Su agarre se tensa, y me quejo. Nuestra respiración es áspera y laboriosa, mezclándose con el ritmo de nuestros cuerpos chocando uno contra el otro.

—Nora —gruñe Connor entre respiraciones pesadas, sus ojos azules oscurecidos por el deseo—. Te... te quiero. —Las palabras me golpean como un martillo en el pecho, deteniéndome a mitad de gemido. Nunca antes me había dicho esas tres pequeñas palabras. Tal vez está demasiado atrapado en el momento, en el peligro y la adrenalina de nuestros encuentros prohibidos. Pero ahora, en la habitación tenuemente iluminada, con nuestros cuerpos entrelazados y corazones acelerados, parecen llevar un peso que he estado anhelando.

La forma en que su cuerpo se mueve contra el mío es demasiado distractora para detenerme y quedarme atrapada en su confesión. Siento que mi centro se tensa a su alrededor y sus gruñidos se vuelven más fuertes. Y cuando mis paredes se cierran a su alrededor, lo siento liberar. Cabalgamos juntos el placer en oleadas, convulsionándonos y contrayéndonos mientras sus embestidas disminuyen.

No me aparto, y él no se disculpa por su confesión.

Me desplomo sobre su pecho y espero contra toda esperanza que de alguna manera, las cosas saldrán bien. Que de alguna manera, acabaremos en el lado correcto de las cosas porque si él muere por mis manos, no quiero vivir.

CONNOR

La sala de guerra apesta a sudor. Es más de medianoche, pero nadie parece cansado, solo tenso. Todos los hombres aquí saben lo que significa cuando nos convocan a estas horas. Y nadie habla a menos que tenga algo por lo que merezca la pena sangrar. El aire está cargado de tensión, como si se hubiera impregnado en las paredes a lo largo de los años y ahora estuviera volviendo a emanar.

La mesa está repleta de todo, desde manifiestos de contrabandistas hasta fotos de vigilancia. Uno de los muchachos lanzó un viejo móvil desechable sobre la madera hace veinte minutos, y ha estado vibrando desde entonces. Nadie lo coge. Las luces fluorescentes zumban sobre nuestras cabezas, parpadeando cada pocos segundos como si estuvieran a punto de fundirse. Hace que todos tengan peor aspecto: rostros demacrados, ojos pálidos, sangre y suciedad todavía bajo las uñas.

Ronan está de pie a la cabecera, con ambas manos apoyadas en el borde de la mesa, los hombros cuadrados. No se ha sentado ni una vez. Así sabemos que es grave. Tiene los nudillos blancos. Sigue recorriendo la sala con la mirada como si ya estuviera eligiendo a quién enterrar primero.

Nadie dice una palabra hasta que finalmente abre la boca.

—El contacto de la Bratva en Donnybrook ya no responde.

Killian, medio recostado en la esquina, murmura una maldición. Algunas cabezas se giran, pero nadie le reprocha nada. Ronan sigue hablando.

—Y eso no es todo. Un cargamento de los Fitzpatrick con destino a Cork fue interceptado a las afueras de Ringaskiddy. Hace dos horas. La aduana lo marcó.

Me inclino hacia delante.

—¿Fue aleatorio o un soplo?

—Un soplo —parece cabreado, y con razón. Este juego que están haciendo los rusos es demasiado arriesgado ahora.

Los demás se mueven y se miran entre sí. Uno de los nuevos lugartenientes —Mick, creo, el que trajimos después de que le dispararan a Aiden en la cara— se rasca la nuca.

—¿Cree que son los rusos poniéndonos a prueba?

Ronan no responde, y el silencio es su propia confirmación. Todos sabemos lo que está pasando. Desde que Volkov fue apartado como una colegiala, se ha comportado como un bebé llorón, y está montando un berrinche arrastrándonos a su disputa con Seamus.

Killian se separa de la pared y da un paso adelante con los brazos cruzados.

—Entonces cerramos los corredores compartidos. Patrullas cada hora. Retirad a todos de los detalles callejeros y reforzad las zonas fronterizas.

—No —dice Ronan sin dudarlo—. Eso sería demasiado ruidoso. Si hacemos eso, parecerá que nos estamos echando atrás.

Otra voz —Brady, sentado frente a mí— se inclina.

—¿Entonces qué? ¿Atacamos algo? ¿Una demostración de fuerza en las afueras? ¿Les hacemos saber que no estamos esperando a que nos desangren?

—Eso es lo último que necesitamos —espeta Ronan. Su voz es baja y cortante—. Si ponéis cadáveres en la calle, les dais lo que quieren. Caos. Confusión. Guerra abierta. No estamos preparados para eso.

La sala se queda inmóvil. No está gritando, pero ahora todos están sentados más erguidos. La voz de Ronan tiene ese efecto:

tensa el hilo entre tus costillas.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —pregunta Killian, con un tono más afilado ahora.

—Quirúrgico. Presionaremos a Seamus. No con amenazas, aún no, sino con la verdad. Los rusos quieren ver esta ciudad destripada. No importa si él nos odia o nosotros le odiamos. Construimos este lugar juntos. Si nos están poniendo a prueba a nosotros, están poniendo a prueba a ambas familias. Vamos a hablar con los Fitzpatrick y lo dejamos claro. Esto ya no se trata de viejas rencillas. Se trata de mantener la línea. Pactamos una tregua. Aunque solo dure lo suficiente para meterle una bala en el pecho a Volkov, es suficiente para demostrar a los rusos que seguimos siendo nosotros quienes decidimos cómo arde esta ciudad.

Mi mandíbula se tensa.

—Están esperando a que bajemos la guardia. Una ronda más de diplomacia y pensarán que somos unos capullos. Ro, tenemos que hacer algo.

Los ojos de Ronan me miran y después se entrecierran.

—¿De verdad crees que ahora se trata de diplomacia? No es diplomacia, Connor. ¿Crees que están sentados por ahí sopesando ofertas mientras nos ven perder terreno?

—Creo que están observando para ver cómo nos movemos. Si contraatacamos, demostramos que somos fuertes. Si nos quedamos quietos, se preguntarán por qué somos débiles —tengo el pecho hecho un nudo y el pulso acelerado. Ponerme entre mi familia y Seamus solo termina con mi muerte. Los Fitzpatrick no están interesados en hablar de paz. Nos quieren muertos. Antes se aliarán con la basura de la Bratva que venir a pedir ayuda, y al final, los rusos también los masacrarán uno a uno.

Él avanza con ira en pasos lentos y deliberados.

—No están esperando. Van a atacar. Sabes lo que pasó en Odessa. Sabes lo que hace ese grupo cuando huele sangre.

Sostengo su mirada, sin pestañear.

—Les hacemos dudar. Les demostramos que la ciudad sigue siendo nuestra.

Ronan no habla de inmediato. Me estudia, y por un segundo pienso que podría discutir, quizás tirar la mesa, o llamarme rebelde, o exigir que me ponga en mi sitio. Pero no lo hace.

Se gira y dice:

—Se acabó la reunión. Poned vuestras casas en orden. Mantened los teléfonos encendidos. Esto se está moviendo más rápido que nosotros, y la próxima vez que nos sentemos, quiero sangre sobre la mesa.

Las sillas chirrían. Las botas golpean el suelo. Todos se marchan como si el suelo estuviera a punto de derrumbarse. Yo me quedo atrás. Mis manos presionan el borde de la mesa, mis ojos fijos en las líneas rojas que rodean los corredores del sur. Han dejado de parecer mapas. Ahora parecen objetivos.

Y yo estoy en medio.

Finalmente, salgo de la habitación. La finca está en silencio absoluto. Atravieso la cocina, paso por el viejo arco de piedra y salgo por la puerta trasera. El jardín está oscuro y húmedo. El suelo se empapa bajo mis botas, pero sigo caminando. Paso junto a los setos, junto a la estatua de San Miguel con la espada rota. Hay un viejo banco que ya nadie usa. Me siento y saco mi móvil.

La pantalla ilumina mi cara. La conversación con Nora sigue abierta. Su último mensaje permanece ahí como una herida que no dejo cerrar.

Escribo:

Connor 1:28 AM: Nunca nos dejarán salir limpios. Pero si quieres escapar, dímelo ahora.

Mi pulgar se cierne sobre *Enviar* por un momento, y sé lo que significa. Si la saco limpiamente, estallará una guerra y Ronan nunca volverá a confiar en mí. Pero a veces, un heredero tiene que desobedecer órdenes para hacer lo correcto. La arrastré a esto dándole mi número y pidiéndole que nos viéramos. Ahora me corresponde a mí asegurarme de que esté a salvo.

Porque si esta guerra está a punto de estallar y yo estoy en el centro, o salimos vivos juntos o uno de nosotros muere.

Y si ese es el caso, preferiría ser yo.

NORA

Entro por la puerta al despacho de mi padre y a su historia, cada paso un recordatorio de discusiones pasadas que nunca se resolvieron, solo se apartaron cuando nuevas prioridades tomaron el relevo. Mi padre está sentado detrás del escritorio con las mangas remangadas y la mandíbula tensa, los antebrazos extendidos como si se preparara para un impacto. La habitación está vacía, solo él y yo. No es en absoluto como esperaba, dada la volatilidad de la situación actual. Eso me hace dudar.

Papá solo mantiene las cosas en privado cuando está realmente enfadado. No me saluda cuando me acerco. Simplemente señala con dos dedos hacia la silla frente a él. El cuero está desgastado por los cientos de traseros que se han sentado en ese asiento a lo largo de los años, y sentarme allí me pondría en posición de subordinación frente a él, lo que no soy. Es mi padre, pero no me posee ni me controla. Soy adulta.

Así que me mantengo de pie. Quiero tener ventaja, la poca que haya. Sentarme se sentiría demasiado como una rendición, como jugar a su juego según sus reglas. Así que espero, con la espalda recta, dejando que el silencio se extienda entre nosotros. Es el único poder que me queda. Si me siento, me empequeñezco. Si permanezco de pie, al menos puedo fingir que tengo opción.

—¿Qué tal tu pequeña cita con O'Rourke? —pregunta en un tono oscuro y suave. Y oigo la malicia que está conteniendo.

Ya sabe que no tengo nada que ofrecerle. Esos idiotas que tienen que seguirme probablemente le contaron todo. No me sorprendería que estuvieran escuchando mientras me acostaba con Connor. Si me lo pregunta, es porque quiere oír cómo lo retuerzo. Quiere ver si suavizaré la verdad o, peor aún, le mentiré.

—Breve —digo, con los brazos cruzados—. Quería hablar de un alto al fuego. Preguntó si íbamos en serio.

—¿Y tú le dijiste qué?

—Que preferirías tragarte cristales antes que darle la mano a Ronan, pero que podrías interpretar el papel si nos comprara tiempo.

Me estudia sin parpadear. Su expresión se aplanan y, tras una pausa, deja escapar un suspiro seco y estalla—: ¿Eso es todo? ¿Quiere un alto al fuego y no presionaste por algo real? ¿Qué hay del cambio de territorio? ¿Qué hay de las rutas marítimas?

El silencio se extiende entre nosotros mientras le miro con desprecio y mantengo mi posición. Me observa como si buscara grietas, a un suspiro de la crueldad. Mis oídos se acomodan a ese silencio e intento no ponerme demasiado tensa. El reloj antiguo hace tic-tac en la esquina, marcando cada segundo. Hay un leve zumbido sobre nuestras cabezas, probablemente el sistema de seguridad, pero apostarí a que no está grabando.

Entonces se recuesta, crujiendo la silla de cuero bajo su peso—. Es hora de que hagamos una demostración. Algo oficial. Algo público.

No me muevo, pero mi mente va a toda velocidad. Cada vez que él organiza algo, alguien acaba sangrando—: ¿Una cumbre?

—Un ataque —corrige—. Lo organizaremos en terreno neutral. Haremos como que ofrecemos paz, algo simbólico para calmar las cosas. No tiene que ser real. Solo tiene que hacerles pensar que lo es. Entonces mostraremos la fuerza del apellido Fitzpatrick.

Desliza una carpeta sobre el escritorio. Mi nombre está impreso en la pestaña, pero no la toco. Los bordes del papel están crujiendo, limpios; irónico, considerando lo sucio que probablemente sea el

plan que contiene. Ni siquiera puedo mirar esta basura. De verdad va a utilizarme como cebo para atraerlo y matarlo.

Mis hombros se tensan. Me cuesta respirar. Abrazo mi estómago tras los brazos cruzados mientras doy un paso atrás, negando con la cabeza—. No... —murmuro, pero no estoy segura de que me oiga.

—Tú y Connor os reuniréis. No habrá respaldo ni observadores permitidos. Ambos entraréis solos, sin armas ni apoyo. Las condiciones tienen que parecer limpias, controladas desde fuera. Aprovechamos la oportunidad y lo terminamos rápidamente. Después, los rusos no cuestionarán dónde reside el poder. —Sus ojos se arrastran hasta mi rostro, donde estoy segura de que todo lo que se ve es el horror que siento en el pecho asfixiándome.

Mi respiración se entrecorta cuando intento hablar, y toso y balbuceo varias veces. Mi mano busca algo para apoyarme, y encuentro el pomo de la puerta detrás de mí. La habitación se siente más densa, como si se estuviera cerrando sobre la poca opinión que me quedaba. Mi padre lo llama limpio, pero nada que él haya tocado jamás se mantiene así. Si está usando esa palabra, significa que ya hay sangre asignada.

—¿Lo quieres desarmado y solo...? —Es difícil incluso pronunciar las palabras. Me paralizan, me abren el vientre y dejan mis entrañas a la vista de todo el mundo. Está hablando de matar a Connor a sangre fría para hacer una demostración de poder y mostrarle a Volkov que mi familia es la opción más inteligente con la que aliarse.

Asiente, casi con aire de suficiencia—. Es un soldado. No vendrá a menos que alguien en quien confíe establezca las condiciones. Esa eres tú.

Parpadeo rápidamente, conteniendo las lágrimas, y realmente le miro. No veo a mi padre. Veo la versión de él que la gente teme en historias susurradas. El hombre detrás de las órdenes. El que nunca parpadea cuando la sangre se acumula. Veo maldad y oscuridad y un alma tan desconectada de las emociones que me cortaría la garganta sin pensarlo si eso salvara su propia vida.

Y lo único que puedo pensar es que antes era diferente. Hubo años, quizá no muchos, pero suficientes, en los que creí que intentaba protegernos. Ahora, de pie aquí, lo sé mejor. No quiere

seguridad. Quiere dominio. Y yo soy un peón que se siente con derecho a mover.

Me separo del escritorio, negando con la cabeza con más fuerza ahora—. No. No lo haré. No me usarás para tenderle una trampa. Si quieres sangre, busca otra manera. —Sus ojos se estrechan—. Lo digo en serio —añado—. No le conduciré a una trampa. No seré la razón por la que no salga vivo.

Papá se levanta lentamente con un movimiento tan suave y metódico que parece robótico. Se coloca la corbata tras la solapa y se abrocha la chaqueta—. Nora...

—No es solo un objetivo para mí —añado con la mandíbula tensa. Las lágrimas me queman los ojos, me sacuden el pecho. Estoy temblando, con los puños al descubierto y lista para luchar—. Así que si quieres matarlo, tendrás que pasar por encima de mí para hacerlo.

Por primera vez, veo un destello de algo detrás de sus ojos, pero no es afecto ni amor. Sabe que he trazado una línea. Y no voy a retroceder.

Niego con la cabeza. No por incredulidad, sino porque ya sé cómo acaba esto. He interpretado este papel antes. Él también—. Es demasiado obvio. Grita "emboscada". —Ahora estoy racionalizando, tratando de justificar por qué esto no funcionará. Es negación porque en mi mente, ya está hecho. Connor está prácticamente muerto. Estoy buscando desesperadamente algo, cualquier cosa, para salvarlo.

—La decisión está tomada. —No está interesado en compromisos, solo en resultados, y puedo verlo en su cara. Ya he perdido esta batalla—. No vamos a dejar que los rusos nos eliminen. Interpreta tu papel, y quizás veamos la paz.

Aprieto los dientes. Odio la forma en que lo plantea, como si la derrota hubiera sido descartada desde el principio—. No quieres paz —grito, dejando ahora que las lágrimas fluyan libremente—. Quieres control.

—Quiero una ciudad que deje de sangrar mis recursos. Si eso significa que Connor O'Rourke reciba una bala vestido de traje y corbata, que así sea.

Rodea el escritorio. Su paso es enérgico, como el de un depredador que acecha. Me quedo quieta, pero todo en mí está en tensión. Las paredes parecen más cercanas ahora, las estanterías más pesadas. El aroma a whisky es más fuerte aquí, como si lo hubieran vertido directamente en la madera. Cada centímetro de este lugar me recuerda quién lo construyó y sobre qué lo construyó.

—Has dejado que ese chico se meta en tu cabeza —dice—. No es tu igual. No es tu aliado. Es un medio para un fin. —Se acerca más y baja la voz como si me estuviera confiando un secreto—. Y por el amor de Dios, espero que hayas usado protección. Lo último que necesitamos es un bebé mestizo arruinando el linaje.

Las palabras caen como una bofetada. Me da repelús. No lo dice para provocarme; lo dice porque lo piensa. Porque en algún lugar de esa alma podrida, lo cree. Quiero golpearlo. Quiero gritar. Pero si le doy mi ira, sabrá que todavía me posee.

Trago bilis. Mis puños están tan apretados que puedo sentir mis uñas pinchando mis palmas. El calor bajo mi piel es rabia pura y concentrada. He sostenido cuchillos con menos tensión que la que tengo ahora en la mandíbula.

—¿Has terminado?

Sonríe, delgado y cruel—. Dime cuando lo entregues.

No le doy la satisfacción de una reacción, simplemente me doy la vuelta y camino hacia la puerta. Cuento cada paso, mantengo los hombros rectos. Voy directamente hacia la puerta trasera con toda la intención de llamar a Connor para advertirle, pero a mitad del pasillo, veo a dos de sus ejecutores apostados junto a la salida. Del tipo muro de ladrillos. De los que se enorgullecen de romper huesos.

Se enderezan cuando me ven, dan un paso adelante como si hubieran estado esperando esto. Como si todo fuera parte del guion y yo solo estuviera interpretando mi papel.

—No va a salir, señorita Fitzpatrick... Órdenes estrictas. —El primero intenta interponerse en mi camino, y lo ignoro.

Sigo caminando. No rompo el paso. Mi voz es tranquila, más fría de lo que me siento—. Voy a salir.

Uno de ellos se mueve, bloqueando mi camino. El otro se coloca a mi lado, con los brazos sueltos, listo para reaccionar. Sus ojos son

inexpresivos, profesionales, peligrosos.

—No era una petición —les digo, rezando para que mi estatus como hija de Seamus Fitzpatrick aún sea respetado, pero no ceden—. Si me tocáis, grito —digo, pero mi voz tiembla. Mi columna está bloqueada. Mi mandíbula también. La amenaza suena vacía, pero voy en serio. Les haré sangrar si me presionan.

Él no se inmuta, pero extiende una mano—. Teléfono.

Me quedo helada, atrapada en la comprensión instantánea de lo que significa esa palabra. No está pidiendo mi teléfono; me lo está quitando. Esto no es protocolo. Es posesión. No están aquí para acompañarme a algún sitio o vigilar a dónde voy. Están aquí para aislarme, para encerrarme. Y sé que en el segundo en que se lo entregue, la única voz que alguien oirá de mí será la que ellos escriban para mí. Papá planeó esto.

Sabía que me enfadaría y me marcharía furiosa. Les dijo de antemano que si intentaba escapar, tendrían que contenerme. Van a usar mi teléfono como cebo para él, y me veré obligada a quedarme sentada viendo cómo lo matan.

El pasillo se cierra a mi alrededor. Miro la puerta: a tres metros, pero bien podría estar a diez kilómetros. No hay ventanas en esta planta. No hay testigos, solo papel pintado de terciopelo y molduras pulidas y la conciencia de que he sido su peón todo este tiempo. Conozco esta casa como la palma de mi mano, pero nunca me he sentido más atrapada dentro de ella.

Saco mi teléfono del abrigo y lo coloco en su palma. Mis dedos vacilan un segundo más de lo que deberían. Una protesta inútil. Comprueba la pantalla, luego lo apaga y se lo guarda en la chaqueta como si le perteneciera. Esa parte duele. No la pérdida, sino lo que significa. Me han silenciado antes. Pero esta vez, ni siquiera fingen ocultarlo.

—Lo recuperará cuando sea el momento —dice.

—¿Y quién decide eso? —Creo que voy a vomitar. Mi estómago se revuelve tan fuerte que me siento como en un barco en alta mar.

—Él lo hace —dice el más alto, y sé que se refiere a mi padre.

Me flanquean. No me resisto. No tiene sentido. Son el doble de mi tamaño y están armados con múltiples pistolas. De todos modos,

no tengo ninguna posibilidad. Así que les sigo escaleras arriba, donde me encierran en mi habitación. Me desplomo en mi cama entre lágrimas mientras escucho el sonido de sus botas alejándose por el pasillo.

Cualquier cosa que mi teléfono envíe a Connor a continuación... no me estará escuchando a mí.

Les estará escuchando a ellos.

CONNOR

Mi mente se desmorona un poco más cada día que ella no responde a mis llamadas y mensajes. Creo que me estoy volviendo loco. No en sentido metafórico; lo digo en serio. Los ángulos de la habitación no encajan bien. El techo cuelga más bajo, como si toda la casa presionara para observarme desmoronarme. Me despierto en silencio y lo llevo conmigo, y en algún momento de la noche, comienzo a revisar mi móvil sin darme cuenta de que lo he cogido. Vibra con actualizaciones del equipo, turnos, alertas de los sistemas de seguridad del perímetro... pero nunca es ella.

Hace tres días, le envié un buenos días. Hace dos días, le envié una pregunta sobre Callum. Ayer, le pregunté si estaba bien.

Hoy, no he enviado nada. No porque no quiera. Sino porque no sé si podré soportarlo si no me responde.

Todavía tengo el teléfono agarrado cuando entro en el patio. No recuerdo haberlo cogido, pero siento que es un ancla. Puede que ella no escriba, pero la esperanza de que pueda o quizás lo haga me mantiene aferrado a él como a un salvavidas.

El frío me golpea en el pecho y sigue hundiéndose en mi carne hasta tensarme. No lo siento como debería. Mi pulso va mal. Mi respiración es demasiado corta. Tengo la chaqueta sin cerrar. Me siento vacío e insensible. He estado resistiéndome a las órdenes de

Ronan pensando que iba a tener algo con ella, y todo este tiempo, su padre la ha estado presionando para que juegue conmigo. Una parte de mí se pregunta si ha estado fingiendo todo este tiempo, pero en el fondo, sé que algo va mal.

Nora nunca me ignoraría así. Al menos me diría que se acabó, que ahora tenía que seguir las órdenes de su padre. Me avisaría.

Recorro el camino de piedra una y otra vez, porque quedarme quieto se siente peor. La luz de la casa apenas alcanza los bordes del patio, y no me importa quién me vea. Estoy perdiendo la cabeza.

Cada parte de mí grita que algo va mal. Este silencio no es normal viniendo de ella, especialmente después de todo lo que nos dijimos. No encaja con quién es ella ni con la forma en que me miró aquella noche, como si significara algo.

Dejo de caminar y me obligo a dar la vuelta. Luego comienzo de nuevo, recorriendo el mismo sendero gastado a través del patio. Mis botas se hunden en la grava con cada paso, y mi agarre al teléfono se aprieta hasta que mis nudillos duelen por la presión.

No creo que ella pretendiera desaparecer. Eso es lo que me destroza por dentro. Si fuera su intención, podría odiarla. Si esto fuera una elección, podría vivir con ello. Pero sé que no lo es. Ella no se quedaría callada a menos que alguien la obligara. Y eso solo empeora lo que siento porque es falta de control. Seamus la tiene encerrada, puedo sentirlo. Es prisionera de sus caprichos, y él no cederá ahora que hemos derramado la primera sangre.

Killian me encuentra aquí, pero no habla de inmediato. Se mantiene con los brazos a los costados, hombros cuadrados, ojos fijos en mí como si intentara calcular el daño. No el daño al equipo o a la propiedad, sino a mí. Como si ya hubiera contado las horas que he pasado caminando y supiera exactamente lo que significa. No pregunta si he comido o dormido, ni siquiera pregunta si es por Nora que estoy alterado.

La respuesta está escrita por todo mi cuerpo. Solo observa, con la mandíbula tensa, como si se preguntara hasta dónde llegaré antes de que alguien me detenga, o si ya he pasado ese punto.

—No responde —gruño cuando mis ojos se encuentran con los suyos. La bestia dentro de mí se siente enjaulada, y quizás por eso

estoy caminando sin parar.

Levanta una ceja. —No me digas.

—Han pasado cuatro días —pasándome una mano por el pelo, finalmente encuentro la fuerza de voluntad para dejar de caminar y enfrentarme a él.

—Sí, ¿y los has estado contando? —Se ríe, y eso me hiere más profundamente que su silencio.

Me vuelvo hacia él rápidamente, acercándome a zancadas y casi agarrándolo por la camisa. —Algo va mal.

—Es una Fitzpatrick, Connor. Ese siempre ha sido el problema —Killian está tranquilo y sereno, no intimidado por mi temperamento como debería estarlo. Podría matarlo aquí mismo y Ronan ni siquiera cuestionaría mis motivos. Pero no lo haré, y Killian lo sabe. Somos amigos, más cercanos que hermanos, incluso si me saca de quicio.

—No, esta vez no —le digo, soltando un suspiro.

Da un paso adelante. —Estás cavando un agujero en el patio como un colegial enamorado, Connor. Ese es el problema. Dejaste que un objetivo se metiera bajo tu piel y ahora estás pagando el precio. Intenté advertírtelo.

—Ella no se quedaría callada así. No sin avisar. No después de lo que hablamos —le doy un pequeño empujón, y retrocede unos pasos, pero su expresión se mantiene neutral. Intentará sacarme del mal humor, pero no funcionará.

Killian cruza los brazos. —Tenemos veinte kilómetros cuadrados de puerto bajo nuestro control, tres informantes que han dejado de comunicarse, y rusos poniendo a prueba nuestro dominio sobre el corredor sur. ¿Crees que me importa una chica que no ha respondido a tus mensajes?

—No es una simple chica, maldita sea —me acerco de nuevo. Mi ira necesita una salida, y esta noche, podría ser en forma de mis puños conectando con su cara.

Su mandíbula se tensa. —No, no lo es. Es una Fitzpatrick. Y la están usando para destrozarte. ¿Crees que no lo veo? La envían suave, tú te vuelves estúpido, y todos acabamos boca arriba. Ronan ha intentado advertirte y tú, joder, te niegas a escucharlo. Ignoras

sus órdenes. Estás poniendo a todos en riesgo —hace un gesto con la mano, y no me inmuto.

—Sé lo que estoy haciendo —le digo con un gruñido. Tengo las manos apretadas. Si este teléfono no acaba hecho una bola de papel de aluminio cuando termine aquí, será un milagro.

—No, no lo sabes. Si lo supieras, estarías en la sala de guerra en lugar de perseguir fantasmas en el patio —se pasa una mano por el pelo, y yo me acerco más.

—Si crees que esto es solo porque la echo de menos, eres más tonto de lo que pareces —no tiene ni idea de lo que significa su silencio. Por lo que sabemos, Seamus podría haber negociado un trato con Volkov y estarían en nuestra puerta en cualquier momento. Que ella se conecte conmigo es la única esperanza que tenemos. Tengo que ponerme en contacto con ella y hacer que su padre entre en razón. Juntos, somos más fuertes. Divididos, la Bratva nos destruirá a ambos.

Killian se ríe fríamente. —Estás enamorado. Eso te hace estúpido.

Aprieto la mandíbula tan fuerte que me duele. —¿Y qué harías tú si fuera tu chica? ¿Si fuera alguien que te miró a los ojos y te dijo cosas que nunca había dicho a nadie más?

—Lo enterraría —la expresión de Killian me dice que lo dice en serio, pero no creo que lo entienda porque nunca lo ha experimentado.

—Sí, bueno, yo no puedo —me giro, listo para marcharme furioso, pero me detengo y miro a través del jardín de la finca de los O'Rourke. Ninguno de mis hermanos es lo suficientemente estúpido como para meterse en la cama con el enemigo. Sé que esto es culpa mía, pero ya no me importa una mierda. A estas alturas, siento que la única manera de tenerla podría ser traicionar completamente a mi familia y convertirme en uno de los lacayos de Seamus. Tengo que tenerla.

Killian deja que mi réplica flote en el aire. Nos quedamos ahí, ambos respirando con dificultad, sin nada entre nosotros excepto el frío y años de amistad fracturándose. Entonces Killian se adelanta y me golpea, un puñetazo duro y certero en la parte posterior de la

cabeza. No lo suficiente para hacerme caer, solo lo suficiente para que duela un poco.

—Entonces sé inteligente al respecto —dice—. Si vas a sangrar por ella, asegúrate de que signifique algo.

Se marcha sin esperar una respuesta, y yo me quedo ahí con sus palabras presionando contra mis costillas. Ronan bien podría repudiarme después de esto, pero es un riesgo que quizás tenga que correr.

Cuando mi teléfono vibra, no dudo. Miro la hora y el lugar que ella me ha enviado y ya estoy en movimiento.

Tengo que saberlo... Incluso si estoy caminando hacia una trampa que significa mi muerte.

NORA

Mi padre no siempre ha sido cruel, pero algo cambió en él este último año. Empezó después de que rechazara a Volkov, después de que dejara claro que no me entregaría a un hombre del que no estoy enamorada solo para reforzar una alianza. Fue entonces cuando sus bordes se endurecieron. Cuando las reglas cambiaron.

No me ha dirigido la palabra desde que me negué a ser su cebo con respecto a Connor. Simplemente me encerraron en mi habitación como a un animal que necesitaba ser contenido y me han estado ignorando desde entonces. El reloj sigue avanzando mientras los segundos preciosos pasan, y no hay manera de que pueda advertirle. Estoy angustiada, aterrorizada, y todo lo que puedo hacer es quedarme aquí y consumirme.

Me doy una ducha larga, abrasadoramente caliente. El agua golpea contra mi piel hasta que se pone roja, hasta que el vapor empaña el espejo tan densamente que ya no puedo verme. Me quedo hasta que se acaba el agua caliente, e incluso entonces, permanezco un poco más. Mis manos presionan la pared de azulejos, sintiendo el calor mucho después de que el agua se vuelva fría y mis dedos empiecen a tornarse azules.

Cuando finalmente salgo, la habitación parece un congelador. Estoy tiritando, temblando con fuerza mientras me seco. Luego me envuelvo firmemente la toalla alrededor del torso y evito por completo el espejo. No puedo mirarme después de todo esto. Ni siquiera fui cómplice. Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir a esto, pero quizás Connor no lo vea así. Quizás piense que fui yo quien realmente le tendió una trampa. Y entonces, ¿qué? Si sobrevive a esto, lo que teníamos se habrá terminado.

De vuelta en mi habitación, me pongo un viejo jersey que todavía huele ligeramente a mi perfume y unas mallas con bolsillos en los muslos. Me acurruco en la cama e intento leer, pero mis ojos siguen saltándose el mismo párrafo, incapaces de unir las palabras. No hay forma de escapar de la agonía en la que están mi mente y mi corazón.

Mi reloj marca poco después de las once de la noche, lo que significa que en menos de una hora, Connor aparecerá en los muelles pensando que va a reunirse conmigo y será una emboscada. Los hombres de papá lo masacrarán a sangre fría y todo porque soy débil. Porque no puedo encontrar la manera de convencer a mi padre de que los O'Rourke tienen razón y necesitamos aliarnos para deshacernos de los rusos.

La silla junto a la ventana cruje cuando me hundo en ella. El jardín está mayormente vacío en esta época del año. Todo lo importante ha sido trasladado al invernadero. Solo hay setos amarillentos y árboles sin hojas tratando de aferrarse a la vida antes de que llegue el invierno. Miro fijamente la oxidada verja cerca del sendero lateral. No está cerrada con llave. Si bajara por las escaleras traseras y atravesara el pasillo de la lavandería, podría salir sin que nadie me viera. Pero la maldita puerta cerrada con llave es algo que no logro resolver.

Estoy enfadada, pero esta vez no dejo que me lleve a las lágrimas.

A las once y cuarto, dejo de esperar. Los guardias se han acomodado. La casa se ha quedado en silencio para la noche. Papá probablemente está durmiendo plácidamente en su cama esperando recibir la noticia de que Connor ha desaparecido. Coloco la silla del

escritorio bajo el pomo de la puerta y arrastro la cómoda frente a ella. No porque vaya a resistir, sino porque si alguien intenta entrar, los oiré. Necesito cada segundo que pueda conseguir.

Tengo que llegar a los muelles antes de medianoche. Si no lo hago, lo matarán. Y si eso ocurre, no quiero seguir aquí.

La ventana se atasca en el carril mientras empujo con fuerza para intentar abrirla. Clavo mis uñas bajo el marco y empujo hasta que la madera hinchada gime y cede. El aire frío se precipita a mi alrededor, y lo respiro profundamente. La caída desde mi ventana es de al menos cuatro metros y medio hasta un arbusto que tiene algunas espinas desagradables, pero es mi única opción. Papá quitó el enrejado cuando tenía quince años porque lo usaba para bajar. Mi yo del pasado no era muy lista y no tuvo la previsión de saber cómo mi yo actual podría haberlo utilizado.

Trabajo rápido, anudando mis sábanas para formar una cuerda improvisada. De esquina a esquina, acaba siendo menos de unos pocos metros, así que tengo que buscar en mi armario y encontrar más. Cuando termino, cuelga desde la esquina del poste de la cama y queda a unos dos metros por encima de los arbustos. Es tosca, pero lo suficientemente resistente. El extremo no llega hasta abajo —sé que no lo hará— pero me acerca lo suficiente como para probablemente no romperme nada.

Una vez que me he puesto un grueso jersey y unas zapatillas, paso una pierna por el alféizar de la ventana y luego me detengo. Si caigo mal, si alguien me oye, si esto no funciona... La preocupación empieza a enroscarse alrededor de mi pecho, y siento que las lágrimas se acumulan. No puedo pensar así. Tengo que llegar hasta él.

La cuerda de sábanas me quema las manos, y cuando la tela se acaba, caigo los últimos metro y medio. Mi tobillo se tuerce al impactar y el dolor sube por mi pierna como si me hubieran clavado un cuchillo en la articulación. Golpeo el suelo con fuerza y reprimo un grito, con los ojos ardiendo. Me lleva un minuto respirar para soportarlo. Pero no me dejo desmoronar. Me levanto y empiezo a moverme.

Conozco esta finca mejor que nadie. Sé dónde los guardias toman sus descansos y qué camino permanece oscuro cuando los demás están inundados de luz. Me muevo tan rápido como puedo, cojeando, cortando entre setos y muros del jardín hasta llegar a la entrada. Desde allí, puedo atravesar senderos y callejones, manteniéndome en la oscuridad.

Cada paso hace que mi tobillo duela más que el anterior, pero cojeo más rápido, mirando por encima de mi hombro cada pocos pasos para asegurarme de que nadie me ve. Cerca del final del camino de la finca, veo el coche de Callum. Está aparcado justo fuera del camino pavimentado, metido entre los setos como a veces hace. La ventanilla del conductor está abierta, y veo el débil resplandor de algo en la consola central.

Abro la puerta suavemente y me deslizo en el asiento del conductor. Su móvil desechable está justo ahí, enchufado al salpicadero. La pantalla brilla suavemente, con el icono de carga parpadeando en la esquina. Lo cojo sin pensar, lo meto en mi bolsillo, pero las llaves no están aquí. No puedo simplemente conducir hasta allí, y no sé cómo hacer un puente a un coche, así que me deslizo fuera. Empujo la puerta para cerrarla con el talón de mi mano, lo justo para que enganche sin hacer mucho ruido, luego me lanzo calle abajo por la sombría calle hacia la noche.

Quiero llamar ahora mismo. Quiero gritar su nombre al teléfono hasta que alguien conteste. Pero todavía estoy demasiado cerca de la finca. Si dejo de moverme y están buscando, me encontrarán. Así que corro —cojeando, jadeando— y espero hasta estar más lejos.

A varias manzanas de distancia, me agacho detrás de una fila de viejos contenedores de basura y me aprieto contra la pared en sombras de un taller de automóviles cerrado. Mis pulmones arden, mi tobillo está gritando, pero nadie me ha seguido. Así que me deslizo hacia abajo hasta quedar en cuclillas y saco el móvil. Mis manos tiemblan mientras abro el registro de llamadas. El número de Connor no está allí, pero me lo sé de memoria. Marco los números y suena. Una vez. Dos veces. Luego salta al buzón de voz.

Se me cae el alma a los pies.

—Por favor —gimoteo y agito el teléfono, intentando de nuevo por segunda vez comunicarme con Connor, pero sigue sin contestar. Mis ojos recorren la oscuridad que me juega malas pasadas. Juro que veo hombres moviéndose, los oigo susurrando cosas horribles sobre mí, pero cuando contengo la respiración y escucho de verdad, no oigo nada, no veo a nadie. Lo intento una vez más pero sigue sin responder.

Así que cuelgo y vuelvo a desplazarme, esta vez aterrizando en el nombre de Ronan. Su número está cerca de la parte superior de la lista de llamadas recientes, lo que significa que Callum ha estado en contacto con ellos, probablemente para amenazarlos. Mi pulgar se detiene solo un segundo antes de presionarlo. Sé que esta es la línea que no puedo descruzar, pero llamo de todos modos. No me importa si mi padre piensa que lo he traicionado. Solo puedo pensar en Connor.

Contesta rápido.

—¿Quién es?

—Soy Nora Fitzpatrick. Escúchame.

Hace una pausa, y me lo imagino sopesando cada riesgo. Sé que nunca confiará en mí, pero si es sensato, escuchará. Sé que ama a su hermano.

—Connor va a caer en una emboscada —le digo con tono entrecortado—. El muelle sur. No sé cuántos son. Quizás seis o siete. Armados. Mi padre va a matarlo.

—¿Dónde estás? —pregunta.

—Corriendo. Voy a pie. Tuve que salir por la maldita ventana, Ronan. Tienes que llegar a él antes que ellos. —Hay tanto alivio en el simple hecho de contactar con alguien que sé que puede ayudar, aunque sea un enemigo—. Mira, me encerraron y me quitaron el teléfono. No pude avisarle. Por favor, tienes que ayudar.

—¿Estás segura de esto? —La voz de Ronan es inquisitiva, como si quisiera creerme pero no estuviera del todo seguro.

—No te llamaría si no lo estuviera. ¿Crees que realmente desafiaría a mi padre y arriesgaría un castigo si no me importara? Le quiero, Ronan. Connor necesita tu ayuda. —El quejido en mi tono

parece sellar el trato. La línea se corta, y aprieto los dientes mientras lucho contra las lágrimas y me pongo de pie.

Mi tobillo está hinchándose. Puedo sentirlo palpitando a través de la suela de mi zapato. Pero aprieto los dientes y empiezo a moverme de nuevo. Compruebo la hora: 11:23. Todavía hay tiempo para llegar hasta él, pero no a pie. Mi pobre tobillo no lo conseguirá. Así que uso el móvil desechable para pedir un Uber y rápidamente empiezo a moverme en esa dirección.

Si no lo consigo, si llego demasiado tarde, nunca me lo perdonaré.

Un coche pasa por la carretera principal de enfrente. Me agacho en una sombra, conteniendo la respiración, y lo dejo pasar. Los faros giran ampliamente pero no disminuyen la velocidad. Espero hasta que el sonido se desvanece, luego cruzo la calle cojeando. Un perro ladra en algún lugar a lo lejos. Una sirena suena a lo lejos, pero no está lo suficientemente cerca como para venir por mí, y no hay forma de que Ronan haya llamado a la Garda para esto.

Agarro el móvil con fuerza en mi mano, sabiendo que acabo de cambiar las tornas de una manera que no puedo deshacer. Si mi padre descubre que llamé al enemigo para salvar a Connor, seré desterrada como mínimo y estaré muerta antes del amanecer si considera que soy una amenaza.

Solo espero no haber llegado demasiado tarde para que eso importe.

CONNOR

A parco a dos manzanas y me acerco a pie al edificio que me indicó Nora... viejas costumbres. El muelle está tranquilo a estas horas de la noche, como de costumbre. No es habitual que la gente planee reuniones por esta zona. Normalmente, es un piso franco o la fachada de un negocio. Pero he estado tan ansioso por tener noticias tuyas que no me importa dónde nos encontremos.

El mensaje llegó justo después de las ocho. Su número iluminó la pantalla y dejé a Killian parado en el patio preguntándose adónde había ido.

Ven solo. Muelle sur. Medianoche.

Fueron las palabras más dulces que había leído en días. Esperar casi cuatro horas para moverme casi me mata. Cuando sonó el teléfono y el número apareció como restringido, lo ignoré, manteniendo la línea libre para ella. Luego Ronan también intentó llamar, y ni de coña iba a contestar. Probablemente Killian me había delatado.

El viento llega del agua y arrastra la sal tierra adentro. Mi chaqueta ondea contra mí mientras paso la oxidada verja de cadena y entro en el camino de grava. Está oscuro. Las pocas luces del techo parpadean más de lo que alumbran. Examinó el perímetro, pero el patio permanece inmóvil. No veo nada, ninguna señal de

ella. Sin embargo, llego unos minutos antes, así que aún no me preocupo.

El almacén se acurruca bajo una enorme grúa utilizada para mover contenedores a los barcos para su transporte, un esqueleto en descomposición de acero y hormigón. Reviso las esquinas, las sombras, el espacio entre los camiones de reparto... nada.

Esto no parece correcto, pero nos hemos reunido en lugares más sospechosos bajo mi propia dirección, así que no puedo dudar de mí mismo. Con toda la presión que tenemos encima, Nora no se está arriesgando. Eso es inteligente por su parte. Se acabaron los días de encontrarnos en los pisos francos de su padre o usar al hombre de su padre como chófer. De hecho, si no tenemos cuidado, quizás ambos tengamos que desaparecer solo para aferrarnos al amor que tenemos.

La puerta metálica cruje cuando la empujo, luego vuelve a su lugar con un eco sordo que se extiende por todo el interior abierto. Mis botas crujen sobre la arenilla y los cristales rotos esparcidos por el suelo. Una gaviota chilla en algún lugar cerca de las vigas. Es el único sonido.

Nora no está.

Miro mi reloj: 11:58. Llegará en cualquier momento. Doy unos pasos más profundos en el almacén. Viejos bidones de aceite se alinean en una pared. Una carretilla elevadora averiada descansa cerca del centro, medio enterrada en sombras. Sigo sin verla. Sin pasos. Sin voz.

Entonces la trampa se cierra de golpe antes incluso de que me dé cuenta de que yo soy para quien ha sido preparada.

Los hombres del padre de Nora salen de detrás de cajas y sombras, con sus armas levantadas y listas, y sin aviso, abren fuego. Antes de que suene el primer disparo, ya estoy zambulléndome, agachándome detrás de un viejo bidón de aceite mientras saco mi pistola.

La primera ronda golpea el hormigón cerca de mi pie como disparo de advertencia. La segunda rasga el aire y me roza las costillas mientras me lanzo y ruedo. La quemazón es aguda y repentina, pero sigo moviéndome.

Saco mi pistola y devuelvo el fuego, derribando a dos antes de agacharme de nuevo para cubrirme. Sus cuerpos caen con fuerza, pero no me quedo a verlos caer. Mi respiración golpea mi pecho en ráfagas cortas mientras giro detrás del bidón metálico y hago una mueca ante el fuerte estallido de los disparos.

Suena otro disparo y se entierra en mi muslo, y mi pierna cede. La sangre empapa mis vaqueros, corriendo hasta el suelo donde mi rodilla golpea el hormigón con fuerza, pero presiono mi espalda contra el bidón y obligo a mi agarre a mantenerse firme.

Cuento cada disparo. El espacio entre cada uno se estira, como si el tiempo intentara partirse por la mitad.

Otro destello de cañón a mi izquierda. Disparo dos veces y escucho el brusco colapso de un cuerpo golpeando contra el acero. Alguien grita y sigue disparando a ciegas. Cambio mi peso y me arrastro detrás de una pila de cajas. La sangre de mi muslo deja un rastro, pero no tengo una mejor opción.

Una bala atraviesa el borde de la caja y astilla la madera cerca de mi oreja. Disparo de nuevo: una, dos, tres veces. Uno de ellos maldice y cae al suelo. Ya son cinco abajo, pero no necesariamente muertos.

Más botas raspando el hormigón. Me giro, ignorando el fuego que sube por mi pierna, y derribo al sexto con un disparo limpio en el pecho. No se levanta.

Las vainas tintinean por el suelo. Su ritmo tartamudea. Están reposicionándose.

Me agacho y disparo hacia el sonido. Una voz pide cobertura, luego silencio. Mi cargador disminuye con cada disparo, y me estoy quedando sin balas, pero si dejo de devolver el fuego, estoy muerto de todas formas. Giro y disparo de nuevo. Otro hombre cae, con una mano todavía aferrada a su arma mientras se desploma.

El aire dentro del almacén apesta a sangre y aceite. Mi respiración se arrastra áspera por mi garganta. El dolor late a través de mi muslo y mis costillas, donde el dolor ha comenzado a morder el músculo. Me limpio el sudor de los ojos y recargo, moviéndome hacia la pared trasera. Si me rodean de nuevo, necesito mejor cobertura.

Uno más entra por la puerta lateral. No dudo. Le disparo limpiamente a través del esternón. Cae con un golpe sordo que resuena más fuerte que los disparos.

Me quedan cuatro balas cuando se abre la puerta lateral, y casi dejo volar otra bala. Pero me detengo al oír su voz, tan femenina y llena de miedo.

—Connor —grita Nora, sollozando—. Connor, por favor. Dios mío...

Entra tambaleándose a la vista con sangre en las manos y barro en los vaqueros. Cojea con fuerza, pero no disminuye el paso. Me ve desplomado contra la caja y se lanza hacia adelante.

Entonces su padre entra silenciosamente detrás de ella con su arma ya levantada.

Nora se gira a tiempo para verlo. No grita ni suplica. Se mueve, impulsada por el instinto. Planta su cuerpo frente al mío y se mantiene de pie con los brazos extendidos a los lados, los pies en una postura amplia mientras solloza.

—Papá, no —gimotea—. No puedes matarle.

La puntería de Seamus cambia, el cañón bajando una pulgada. No por misericordia, solo por recálculo.

Me apoyo en mi codo, pero no voy a dispararle con ella parada entre nosotros. No sé qué tipo de hombre es, y no quiero averiguar ahora mismo si su hija significa algo para él.

La sangre se filtra a través de las fibras de mis vaqueros, haciendo que el charco debajo de mí sea más grande, y mi pecho se contrae. Está de pie entre nosotros, con los ojos fijos en él, la mandíbula apretada como si estuviera lista para morir por esto.

Su dedo descansa sobre el gatillo, pero no parpadea.

—Apártate, Nora —dice. El roce de su voz es peor que un grito. Es el diablo encarnado listo para reclamar lo que cree que es suyo.

Ella ni siquiera me mira. —No —le dice—. No me voy a mover. Tendrás que matarme a mí también.

Él da un paso hacia adelante, luego otro.

Extiendo la mano para bajarla, para protegerla, para hacer algo —cualquier cosa— pero ella planta su mano contra mi pecho y me mantiene en mi lugar. No se moverá.

—Si le quieres muerto, tendrás que pasar por encima de mí.

La pistola se mueve de nuevo.

Entonces se quita el seguro.

El almacén contiene la respiración.

La puntería de su padre vacila. No baja el arma, pero titubea. Está calculando lo que esto significa, probablemente lo que tendrá que decirle a su esposa si mata a su propia hija. Es repugnante verlo siquiera pensar en hacer esto.

Mi respiración es entrecortada. Mi pistola es inútil ahora, atascada o vacía. Ni siquiera aparto los ojos de Seamus el tiempo suficiente para comprobarlo. Mi cuerpo quiere colapsar, pero mi mente no se detiene. La miro, con las rodillas temblorosas, los hombros cuadrados. Está enfrentándose al hombre que la creó, y lo está haciendo por mí.

Él no habla. Ella tampoco.

Entonces el cañón se mueve hacia abajo.

Su padre se acerca más.

—Apártate, Nora.

Su voz es baja, pero no tranquila. Aun así, ella no se mueve. —Si le disparas a él, me disparas a mí —dice.

El seguro se quita.

El momento se congela.

Oigo el viento fuera y mi propia sangre goteando al suelo. Una respiración más, y todo se volverá negro.

Entonces...

La puerta se abre de golpe.

Y todo cambia.

NORA

Todo se congela.

Mis brazos se extienden completamente, mi cuerpo forma una barrera delante de Connor. Puedo sentir el temblor en mis muslos, el estremecimiento inestable en mis pantorrillas, pero bloqueo mis rodillas y mantengo mi posición. Su peso se desploma detrás de mí. La sangre fluye cálida y constante a través del vaquero en su muslo. La pistola de mi padre permanece levantada, firme, con su atención fija en el espacio donde Connor y yo nos encontramos. Él ve traición. Yo veo supervivencia.

—Tendrás que pasar por encima de mí primero —digo.

Mi voz se quiebra por la mitad. Un dolor metálico se acumula en mi boca por haberme mordido la lengua antes. El almacén queda en silencio, demasiado callado para un lugar construido para el eco. No hay pasos que se aproximen, ni órdenes a gritos. Las sombras mantienen su peso en una quietud escalofriante. Incluso las gaviotas de fuera han enmudecido.

No parpadeo. Observo las manos de mi padre, busco el temblor, la inclinación, el momento en que decida disparar. Pero todo lo que veo es cálculo: su mente sopesando el disparo. Sopesándome a mí.

Las puertas del almacén se abren de golpe con un sonido que rasga el aire como un trueno. El acero gime y choca contra el

hormigón mientras Ronan entra, flanqueado por cinco hombres vestidos de negro. Sus movimientos son sincronizados y eficientes, y mi pecho tiembla de alivio en cuanto veo el blanco de sus ojos.

Son más que guardaespaldas: son soldados, entrenados y letales. Se despliegan inmediatamente, usando las cajas como cobertura, con rifles levantados y apuntando a sus objetivos. Los Fitzpatrick responden al instante, levantando sus armas en un movimiento colectivo que aprieta la atmósfera como un nudo alrededor de mi jodido cuello.

Cada hombre en el edificio elige un bando en el espacio de un latido.

Ronan no levanta ningún arma. No se inmuta. Camina directamente hacia el centro del caos con pasos deliberados y una presencia que esculpe el espacio a su alrededor.

Todavía no bajo los brazos, aunque no están haciendo mucho para proteger el cuerpo de Connor. Lo miro y veo sus ojos cerrados, la cabeza recostada hacia atrás, y mi corazón salta a mi garganta. No quiero que muera.

—Lo terminamos aquí, Seamus. O todos perdemos.

Ronan pronuncia las palabras sin emoción ni volumen, pero cortan igual. Su expresión es dura, y se detiene justo antes de la línea invisible trazada entre nuestras familias y espera.

Detrás de mí, Connor se mueve. Su cuerpo se sacude una vez, con la respiración atrapada en la garganta. No me muevo, pero miro hacia abajo, lo suficiente para captar cómo su pierna se contrae debajo de él. La sangre continúa formando un charco en el suelo bajo él. Su pecho se eleva superficialmente, y su cabeza se balancea contra los palés. No lo toco, no puedo arriesgarme. Mi postura debe permanecer sólida, los brazos aún levantados. Pero cuento sus respiraciones. Observo el tambaleo de ellas y me aferro a ese ritmo frágil. Todavía respira. No ha dejado de luchar aún.

Otro hombre sale del flanco de Ronan y mantiene su arma baja, pero su postura está tensa. Su mirada cae sobre Connor, luego se mueve hacia mí, luego hacia mi padre. También está esperando. No órdenes, sino la oportunidad para llegar a su amigo y ayudarlo.

Mi padre no se mueve.

El tono de Ronan se afila. —Nunca dispararías a tu hija, y Connor es mi hermano. Si cualquiera de ellos muere aquí, los rusos no necesitarán elegir bandos. Recogerán los restos de nuestra guerra y los convertirán en su imperio. Nosotros desapareceremos. Nombres en lápidas, si tenemos suerte.

Admiro lo seguro que está, de pie frente a un hombre con un arma cargada que podría apretar el gatillo en cualquier segundo y ni siquiera pestañea. Yo, por otro lado, estoy a punto de mearme encima.

—Da, por favor... —gimo, con los brazos sintiéndose pesados.

El aire se espesa, presiona contra mi piel. Puedo oír el zumbido distante de un motor de barco en algún lugar del agua. El parpadeo en los ojos de mi padre vuelve, evaluando el costo. Decidiendo si todavía valgo la pena proteger. Si Connor vale la pena eliminar.

Entonces una mueca cruza su rostro y baja su arma lentamente, pero su dedo permanece en el gatillo.

El movimiento es lento, cada segundo estirado tenso con tensión. Sus dedos se desenrollan de la empuñadura como si estuviera arrancando una parte de sí mismo. Ni una sola vez me mira.

Ronan asiente una vez, pero sus hombres no se relajan. Sus rifles permanecen listos, los cañones apuntando a los hombres que rodean a mi padre, que ahora están al descubierto.

Ronan no aparta la mirada de mi padre. No levanta la barbilla ni la voz. —Has tenido tu oportunidad, Seamus. Ríndete.

Mi padre resopla. —¿Eso crees? ¿Te presentas en mis muelles con tus matones y piensas que me voy a someter como un perro?

Ronan da un paso adelante, lenta y deliberadamente. —No. Creo que elegirás lo que queda de tu legado por encima de una competición de meadas que no sobrevivirás.

Los hombres mantienen sus posiciones. Las armas siguen en alto, pero el movimiento constante se detiene, reemplazado por una alerta congelada. Pero el tenso momento se está desvaneciendo, y la discusión ha comenzado.

—No confundas mi paciencia con debilidad —dice mi padre—. Tú trajiste la guerra a mi puerta.

—Casi asesinas a tu hija —responde Ronan, con tono firme—. Lo consideraremos empate.

—No le disparé —gruñe Da, y no estoy segura de cómo tomarme eso.

—Porque sabías lo que te costaría —Ronan asiente hacia mí, y me giro para mirar a Connor.

Su boca se abre, escapándosele un gemido. El sonido rompe algo en mí. Me dejo caer de rodillas a su lado y acuno su mandíbula con ambas manos. —¡Necesito ayuda aquí! —grito, ignorando el aire espeso que aún asfixia la habitación—. ¡Oh, Dios, cariño, todo va a estar bien. ¡Por favor! —chillo.

Uno de los hombres de Ronan se mueve primero. Uno de los hombres de Da da medio paso adelante, pero mi padre levanta una mano. —Dejadlos ir.

El hombre de Ronan se mueve rápido. Se agacha junto a Connor y habla en voz baja que no puedo escuchar. Connor se mueve de nuevo, su peso desplomándose sobre el mío. Su pierna flaquea cuando intentan levantarlo, y yo me aferro a su costado. —Oh, Dios, ¿estará bien? —Estoy lloriqueando y llorando mientras lo sacan. No voy a soltarlo.

Agarro su cintura, encajo mi hombro bajo su brazo y me aferro. Su sangre se filtra en mis vaqueros. Cada paso hacia las puertas del almacén pinta el suelo con gruesas manchas rojas.

Mi padre no se mueve. Nos mira pasar. Su expresión permanece en blanco, pero algo parpadea en sus ojos, tal vez ira, tal vez dolor. Definitivamente no arrepentimiento.

—No conseguiréis nada más de esto —murmura, las palabras dirigidas a Ronan. Cada sílaba cae con finalidad.

—Simplemente manténate alejado de nuestro camino —responde Ronan.

No hay apretón de manos ni gesto. Ningún gesto de cierre. Solo retirada. Nos alejamos al sonido de la respiración dolorosa de Connor y el golpe de botas mojadas de sangre contra el hormigón.

—Aquí —dice alguien y mete una chaqueta enrollada en mis manos. La presiono con fuerza contra la pierna de Connor. Su cara se contorsiona de dolor, los labios pálidos, la mandíbula apretada,

pero aun así no grita. Lo cargan en la parte trasera del sedán y yo subo a su lado. La puerta se cierra de golpe detrás de nosotros. En la oscuridad del habitáculo, busco su mano. Sus dedos encuentran los míos y se cierran alrededor de ellos con fuerza desesperada.

Paso mi pulgar por los nudillos de Connor. —Te tenemos. Estás a salvo ahora.

Sus labios se separan como si quisiera responder, pero solo escapa un suspiro.

Esto no es paz. Es una pausa, una ventana frágil tallada entre el caos, justo el tiempo suficiente para que huyamos. Nada se ha resuelto. No se ha ganado confianza. La sangre en mis manos habla más alto que cualquier promesa. No resolvimos nada. Solo escapamos. Y ahora mi padre sabe definitivamente de qué lado estoy.

—Llevarnos a casa de Ro ahora —ladra el hombre que cargó a Connor. Me empuja fuera del camino, abre una navaja y rasga directamente a través del vaquero empapado de sangre en el muslo de Connor. La tela se parte con un sonido nauseabundo. Mientras aceleramos hacia la finca de Ronan, él sigue cortando, exponiendo completamente la herida.

Cuando llegamos, la puerta trasera se abre de golpe y otros dos hombres se apresuran a arrastrar a Connor adentro. Me apresuro tras ellos. El pasillo está oscuro y la sangre de Connor deja un rastro en los suelos de madera. Nos llevan directamente a una habitación iluminada como un quirófano. Una mujer espera junto a la mesa con una bata verde pálido, su cabello oscuro recogido en una trenza apretada. No habla ni sonríe. Comienza a ladrar órdenes a los hombres mientras se pone una mascarilla en la cara.

Me detengo justo fuera de la puerta, respirando con dificultad, viendo cómo extraños se hacen cargo del cuidado del hombre que amo. Nunca me he sentido más inútil en mi vida.

La doctora no pierde el tiempo. Corta los restos del pantalón y se inclina sobre él con calma eficiente, sus manos enguantadas ya resbaladizas con yodo. Murmura algo al hombre a su lado, quien le pasa una aguja y unas pinzas.

Connor no emite ningún sonido hasta que ella comienza a coser. Sus ojos se abren, los labios apretados por el dolor, pero permanece callado. Doy un paso cauteloso hacia el interior, luego otro, hasta que estoy lo suficientemente cerca para tocarlo. Cuando envuelvo mi mano alrededor de la suya, su mandíbula se desbloquea lo suficiente para exhalar.

No me mira, pero sus dedos se cierran con fuerza alrededor de los míos.

La doctora trabaja rápido. La herida es profunda pero limpia, con entrada y salida ambas visibles. —Falló la arteria por unos milímetros —murmura, más para sí misma que para nosotros. Coloca un vendaje grueso sobre los puntos y lo envuelve firmemente con vendas mientras Connor yace inmóvil, cada respiración una lucha.

Cuando termina, asiente una vez y se quita los guantes. —Está estable. Vigilaremos si hay infección. Mantenedlo alejado de esa pierna. No lo mováis durante al menos doce horas. —Sus ojos estudian mi cara, y suspira mientras se baja la mascarilla—. Todos fuera. Dejadlos tener un momento. —Su mano descansa en mi bíceps por un momento y dice—: Me llamo Maeve. Si necesitas algo, llámame, ¿vale?

La habitación comienza a despejarse. Uno por uno, su equipo sale sin comentarios. Maeve es la última en irse, mirándome con algo ilegible en sus ojos antes de cerrar la puerta.

Me siento en el borde de la cama sin hablar, pero estoy llorando suavemente. Lo miro fijamente, respirando a través del nudo apretado en mi pecho. Casi lo pierdo, ¿y cómo habría sobrevivido a eso?

Sus ojos se desvían hacia los míos. —Sigues aquí.

Asiento. —Me has dado un susto de muerte.

—Supuse que podría ser una trampa —dice, con voz ronca.

La respiración que tomo no es estable. —¿Entonces por qué viniste? —No tiene sentido, y podría retorcerle el cuello por correr semejante riesgo. Llevo su mano a mis labios y beso sus nudillos ensangrentados.

Su mirada permanece en el techo. —Una parte de mí esperaba que realmente estuvieras allí deseándome. Que quizás si llegaba el

momento, me elegirías a mí por encima de todos ellos.

Aprieto mi agarre en su mano. —Lo hice —le digo, asintiendo. Mis ojos se llenan de lágrimas y se desbordan una y otra vez—. Te elegí a ti.

No responde, pero no me suelta. La habitación permanece en silencio. Quiero acostarme a su lado y quedarme allí durante horas. Pero su teléfono vibra desde el fondo de su bolsillo. Hace una mueca y aprieta los dientes, luego gruñe: —Tengo que cogerlo...

Sintiendo su necesidad, me levanto e intento abrir su bolsillo para sacar el teléfono, pero aparta mis manos. No me ofendo porque sé que tiene mucho dolor ahora mismo. Y está débil, probablemente por la pérdida de sangre.

Frunce el ceño. —Es tu número.

Mi corazón se hunde. —Mi padre todavía tiene mi teléfono.

Connor alcanza con esfuerzo, deslizando el dedo por la pantalla y llevando el teléfono a su oreja. —Sí.

La voz al otro lado es aguda y lo suficientemente alta como para que pueda oírla. —Han atacado mi finca: los rusos. Han derribado la mitad del muro sur y han incendiado el garaje.

El rostro de Connor se endurece. Me mira. —¿Víctimas? —Ya está sentado, a pesar de mis manos que intentan empujarlo hacia abajo. No puedo oír lo que está diciendo mi padre, pero no puedo dejar que este hombre vuelva a la lucha tan pronto.

Connor finaliza la llamada y se vuelve hacia mí, con la mandíbula tensa. —Necesitamos llamar a Ronan. Ahora mismo.

Parpadeo. —¿Por qué? No... Connor, te desangrarás. Maeve dijo que no te movieras durante doce horas.

No se inmuta. —Si queda alguna posibilidad de ventaja en esta guerra, Nora, es cuando nos mantenemos unidos. Y si hay alguna posibilidad de mantener a ambas familias respirando, va a necesitar de todos nosotros.

—No, Connor, por favor...

Connor busca mi mano de nuevo. Esta vez, no solo la tomo. Me aferro a ella como si fuera lo único que me impide hacerme pedazos.

CONNOR

Los neumáticos chillan bajo nosotros cuando Nora gira el volante hacia la izquierda, tomando la curva con tanta brusquedad que levanta la rueda trasera del suelo. El caucho quema a nuestro paso. La carretera hacia la finca de los Fitzpatrick se extiende frente a nosotros como una herida. Los árboles están iluminados por el fuego. El humo negro se arremolina hacia arriba en columnas aceitosas. La mansión está mayormente oculta—sepultada en el caos y los destellos de disparos—pero puedo ver las llamas que lamen el ala oeste.

Mi pierna palpita con cada latido, el vendaje que Maeve me puso está empapado incluso antes de llegar a las puertas. Le dije que no me quedaría en esa cama. Ella respondió que no duraría ni cinco minutos. Ahora mismo, ambos tenemos razón. El dolor es cegador —ardiente y lleno de advertencias— pero no me detengo porque cada segundo cuenta.

Nora conduce como una loca. Agarra el volante con demasiada fuerza. Su cara es una máscara de furia y miedo, sus ojos escrutan el camino sin parpadear.

—Más despacio —ladro, apretando los dientes mientras las ruedas derrapan sobre la grava.

—Dijiste que nos llevara allí —espeto, echándome una mirada fugaz de medio segundo antes de volver a concentrarse—. Así que nos llevo allí.

Vuelve a girar el volante bruscamente, evitando por poco un cuerpo en la carretera. Uno de los hombres de su padre, boca abajo, enfriándose ya. La sangre dibuja una larga estela a su paso, pero ella parece no darse cuenta, o si lo hace, se ha endurecido para que esto no le afecte. Aparca a cierta distancia, bajo un gran árbol frondoso con solo unas pocas hojas colgando.

—Quédate en el coche —digo, alcanzando la manilla y fijando mis ojos en ella.

—Connor... —empieza, con la voz quebrada.

—Lo digo en serio. Quédate —insisto con una orden directa que suena más a odio que al amor que quiero expresarle—. No sé qué queda ahí dentro, pero no puedo protegerte si me sigues.

Está mirando al frente, inmóvil. Sus puños siguen aferrados al volante.

—Si no vuelves...

—Volveré —digo, interrumpiéndola suavemente, y salgo del coche. No puedo perder tiempo en sentimentalismos cuando mis hermanos están siendo masacrados junto a su familia. El coche de Ronan está aquí, también el de Killian. No los veo, pero escucho muchos disparos y sé que la situación está al rojo vivo.

La verja ya está rota —metal retorcido y abierto. Me muevo a través de ella, con el arma desenfundada, el eco de disparos lejanos rebotando en los muros de piedra. El jardín delantero es un campo de batalla. El humo envuelve los setos. Las estatuas están destrozadas. El ala oeste arde con fuerza, las ventanas reventadas. Paso junto a dos cuerpos. A uno no le queda rostro.

—Connor —la voz de Killian grita desde algún lugar delante, tensa y sin aliento—. Estamos perdiendo el lado este.

—Voy para allá —respondo, avanzando con más velocidad. Estoy cojeando con fuerza y puedo sentir sangre fresca deslizándose por mi muslo interior. Si no muero aquí esta noche, Maeve me matará por ignorar sus órdenes.

—Nos están flanqueando rápido —añade Killian, y levanto la mirada hacia una ventana para verlo asomado—. El padre de tu chica está atrapado en su despacho. Tengo a tres de los nuestros todavía dentro.

Subo los escalones, cada movimiento de mi pierna herida irradiando fuego hasta el hueso. La puerta principal está medio arrancada de sus bisagras. La aparto con el hombro, gruñendo.

El vestíbulo está chamuscado. Una lámpara de araña ha caído al suelo en un desastre de oro y cristal rotos. El pasillo más allá está ahogado en humo. Huelo carne quemada, pólvora, el regusto cobrizo de la sangre.

Subo las escaleras de dos en dos, jadeando con fuerza. Cada centímetro de mi cuerpo se siente más lento de lo que debería, pero me sobrepongo. Al dolor. Al humo. A la imagen de Nora sentada en el coche, esperando a un hombre que quizás no regrese.

Killian me encuentra en la intersección del corredor. Está hecho un desastre —sangre en la mandíbula, sudor empapando su camisa. Asiente una vez, con la mirada afilada.

—Están forzando la pared trasera del despacho —dice rápidamente, señalando hacia el pasillo—. Dos en la escalera, uno en el balcón. Tenemos que despejar primero el pasillo.

—Entonces movamos —digo, levantando mi arma.

Avanzamos juntos. Yo cubro la derecha, él toma la izquierda. Un ruso aparece con una pistola silenciada —le disparo antes de que termine de girarse, su cuerpo golpeando contra la pared. Otro abre fuego desde detrás de una columna destrozada. Killian le acierta limpiamente en el ojo.

Barremos el corredor, habitación por habitación. Uno de los guardias de Fitzpatrick sigue vivo, agachado detrás de un armario volcado, agarrándose el estómago.

—La ayuda ha llegado —digo, agachándome para arrastrarlo hacia la esquina. Le pongo un arma en la palma—. Vigila el pasillo. Nosotros despejaremos el despacho.

Asiente, con sangre corriendo por su barbilla, los ojos desorbitados. Puede que no le quede mucho tiempo, pero sé que

luchará hasta la muerte. Quizás nos compre unos segundos extra si tenemos que retirarnos rápido.

Las puertas del despacho están entreabiertas. Veo destellos dentro —movimiento, cañones de pistolas, el chasquido de disparos a quemarropa. Seamus está gritando, atrapado detrás del pesado escritorio con apenas un pie de cobertura. Cuatro rusos todavía se mueven dentro del despacho —dos junto a la ventana, uno detrás del sillón volcado y otro flanqueando la estantería. La habitación es una zona de guerra —libros destrozados, suelo resbaladizo por la sangre, madera astillada por los rebotes.

Ronan y dos de nuestros hombres están empujando desde el pasillo oeste, entrando a toda velocidad entre el humo. Oigo más disparos detrás de nosotros, los refuerzos de Killian finalmente abriéndose paso a través de la resistencia del pasillo. Los rusos saben que ahora están rodeados. Están luchando con más dureza, no con más inteligencia —desesperados, disparando ráfagas con abandono salvaje.

Uno de ellos suelta una ráfaga de balas hacia el oeste, obligando a Ronan a retroceder. Los disparos sacuden la pared, haciendo llover escombros por el corredor. Killian hace una señal —tres dedos arriba. Tenemos una oportunidad. Golpeamos fuerte, limpio y rápido.

Seamus se está quedando sin munición. Puedo verlo en cómo hace pausas entre disparos. Ya no grita órdenes, solo intenta mantenerse con vida el tiempo suficiente para que despejemos un camino.

Entramos rápido. Killian abre la puerta de par en par y dispara una ráfaga contra la pared trasera. Le sigo, tomando la izquierda. Dos rusos dentro —uno recargando, el otro ya apuntando a Seamus.

—¡Abajo! —grito mientras disparo al primero dos veces en el pecho. Cae antes de que su cargador toque el suelo.

El segundo intenta correr, pero Killian ya está allí, cuchillo en mano, clavándolo directamente en su columna.

Seamus está encorvado detrás del escritorio. Su brazo izquierdo es inútil —la sangre brota de un corte en el bíceps. Su mano derecha todavía agarra una pistola.

—Llegas tarde —gruñe, con la respiración entrecortada.

—De nada —murmuro, cruzando la habitación. Intenta ponerse de pie pero se tambalea. Lo agarro por el hombro—. Guarda el orgullo para después —digo, estabilizándolo—. Estás sangrando como un cerdo apuñalado.

Aparta mi mano con un gruñido pero no se levanta de nuevo.

Detrás de nosotros, el cristal se hace añicos. El último ruso cae en el despacho desde el tragaluz del techo. Su rifle gira hacia nosotros.

—¡Muévete! —grito, y le disparo en el cuello.

Ronan aparece detrás del humo. Su abrigo está negro de hollín, el rifle colgando bajo, las manos rojas. Entra en la habitación y mira alrededor, contemplando la carnicería. Bajo mi arma y aspiro profundamente mientras presiono el punto de mi pierna que rezuma sangre.

—Ese es el último —dice, pasando por encima del cuerpo con expresión sombría. Mira a Seamus, luego a mí—. Vamos a terminar con esto ahora —dice en un tono uniforme. Mi hermano encuentra mi mirada, y veo ira allí, pero también entendimiento. Quizás realmente necesitaba ver a Nora interponerse entre una pistola y yo para entender mi posición.

Seamus no le responde de inmediato. Solo nos observa a ambos como si fuéramos veneno. Meses resistiéndose a nuestros intentos de alianza para repeler a los rusos han llegado a su punto culminante, y después de lo ocurrido esta noche, sabe que no puede ganarles sin nosotros. La tremenda pérdida de vidas aquí esta noche debería decírselo.

—¿Creéis que esto cambia algo? —gruñe, apoyándose contra el escritorio. Su arma está ahora en el suelo, la mano agarrando su brazo sangrante.

—Lo cambia todo —responde Ronan, limpiándose la frente—. Ambos hemos sangrado por esto.

—¿Y qué? ¿Esperas que te estreche la mano? —espetea Seamus. Está sufriendo, pero está mordiendo la mano que lo salvó. No es un movimiento inteligente. Ronan podría matarlo ahora mismo y todos pensarían que fueron los rusos. Su familia se integraría en la nuestra y se salvaría, y estaríamos mejor por ello.

Pero no puedo dejarle hacer eso. Nora significa demasiado para mí.

—No —digo, interviniendo y acercándome—. Esperamos que cedas lo suficiente para enterrar a tus hombres... Luego decidiremos cómo nuestras dos familias lucharán contra la interferencia rusa.

Seamus me mira fijamente, con el pecho agitado.

—¿Crees que mi hija te eligió porque cree en la paz?

—Creo que me eligió porque no vine aquí para destruir a su familia —respondo, sosteniendo su mirada—. Vine a protegerla, incluso cuando tú no lo harías.

Seamus respira pesadamente, sus dedos temblando junto a la pistola en el suelo. Su mirada salta entre Ronan y yo, el resentimiento grabado en cada línea de su rostro. Aprieto mi agarre sobre mi arma, incluso mientras la bajo ligeramente. Frente a nosotros, mi hermano Finn entra por la puerta y se detiene, con el rifle en alto, esperando una señal.

Ronan se acerca más. No levanta la voz ni cambia de postura. Simplemente deja que su presencia llene la habitación, el calor de la luz del fuego reflejándose en el sudor de su mandíbula.

—Llámalo un alto el fuego —dice—. No paz. No perdón. Solo un momento para dejar de morir.

Seamus gruñe y sus hombros se hunden. Sus ojos parpadean hacia las ventanas donde la luz del fuego del pasillo titila. Sus hombres están muertos. Su casa está medio destruida, y aun así, es tan duro de corazón con esto.

—Alto el fuego —murmura con gravilla en el tono.

Ronan no le da las gracias. Simplemente se da la vuelta y sale. Dejamos el despacho juntos. Killian saca a dos hombres heridos de la habitación lateral. Yo ayudo a levantar a otro que todavía respira. El humo está por todas partes ahora —negro y pegajoso, arrastrándose por los conductos de ventilación y las grietas. Afuera, la noche brilla roja.

El jardín delantero está destrozado. Los casquillos de bala brillan en la tierra. La fuente está partida en dos. El débil zumbido de sirenas en la distancia se hace más fuerte a medida que, uno por uno, los hombres que quedan en pie salen del edificio. Seamus tiene

mucho trabajo para encubrir esto, pero el incendio de la casa hará un buen trabajo destruyendo la mayor parte de la evidencia.

Nora sigue en el coche cuando bajamos tambaleándonos por los escalones. No estoy tanto caminando como apoyándome en Ronan. Sus ojos se fijan en mí en el segundo en que atravieso la puerta. Arroja la puerta abierta y corre antes de que mis pies toquen la hierba.

—¡Connor! —jadea, echándome los brazos al cuello. Su cuerpo se estremece con sollozos. Ronan me deja en el suelo y se vuelve para regresar al edificio en llamas, probablemente por Seamus—. Dios mío... —gimotea, llenándome la cara de besos húmedos, salados con sus lágrimas.

Me desplomo en el escalón superior, jadeando por aire.

—Se acabó —digo.

Me examina. Sangre. Suciedad. Tela quemada. Su cara se desmorona, solo por un segundo.

—¿Estás herido? —pregunta, con la voz tensa, y me obligo a esbozar una sonrisa torcida.

—No más de lo que estaba cuando nos fuimos —respondo, recostándome.

Exhala, todavía arrodillada junto a mí, su mano presionada suavemente contra mi pecho como para convencerse de que soy real. Su frente descansa contra la mía, solo por un suspiro, solo el tiempo suficiente para dejar que parte del pánico se drene de sus extremidades.

Una ambulancia aparece en la cima de la colina, en el extremo más lejano del jardín. Sus luces parpadean en rojo a través de los restos carbonizados de la propiedad. Ronan reaparece a través del humo, medio cargando a Seamus, cuyo rostro está pálido como un fantasma. La sangre mancha el frente de su camisa, su brazo colgando inútilmente a un lado.

Ambos observamos mientras Ronan lo ayuda a bajar a una camilla. Los paramédicos no hablan mucho. Se mueven con eficiencia, manos experimentadas, ojos examinando si queda alguien salvable.

Nora no dice nada hasta que empiezan a llevarse a su padre.

—¿Vivirá? —pregunta con voz pequeña.

—Recibió una bala y perdió mucha sangre —respondo—. Pero los médicos llegaron a tiempo. Vivirá.

Asiente, luego mira hacia la casa en llamas.

—Todo va a cambiar ahora —dice.

—Sí —digo, buscando su mano—. Tiene que ser así.

Ella mira nuestras manos durante un largo momento, luego vuelve a mirar la ambulancia mientras desaparece por las puertas. Su padre se ha ido ahora, al menos por esta noche. El fuego sigue ardiendo detrás de nosotros, crepitando bajo contra el cielo negro. En algún lugar detrás de las llamas, todavía se están contando los cuerpos y los camiones de bomberos están empezando a llegar.

Vuelve su mirada hacia mí.

—¿Crees que lo aceptarán... lo nuestro?

Hago una pausa.

—Ronan ya lo hace. Te vio interponerte entre una pistola y yo. Eso significa más para él que la sangre.

—¿Y mi padre?

—Puede que nunca lo diga —le digo—, pero si realmente quisiera detener esto, me habría dejado morir. Podría haberte matado.

Parpadea con fuerza y exhala.

—No voy a dejarte. Ni ahora. Ni nunca.

Me acerco más, atrayéndola a mi regazo a pesar del dolor que me sube por el costado.

—Entonces que intenten detenernos.

Ella se inclina hacia mí, su frente contra la mía. Su voz es apenas un susurro.

—No pueden.

Nos quedamos allí, envueltos en las secuelas, unidos por la sangre, el fuego y la elección de amarnos contra todo pronóstico.

NORA

Eligieron una casa que ninguna de las familias posee: territorio neutral entre los Fitzpatrick y los O'Rourke. El edificio es antiguo. Sus paredes de piedra están desgastadas, con hiedra trepando por la fachada en una lenta conquista. El interior es tenue y formal, una sala alargada con techos altos y paneles de madera envejecida. La mesa del centro está despejada de todo excepto los documentos y la pluma esperando. Sin efectos personales, sin armas, sin bebidas. Solo el trabajo del poder expuesto, despojado de ceremonias o calidez.

Entro junto a Connor. No cojea, pero sé que la pierna aún le duele. Los moretones a lo largo de sus costillas tienen mejor aspecto hoy, amarilleando en los bordes como señal de que por fin están sanando después de dos semanas. Es lo suficientemente terco como para sentarse erguido de todos modos, para llevar su chaqueta como una armadura y fingir que la herida de bala en su muslo no es un fantasma palpitante bajo la mesa. Igualo su paso y mantengo mis manos sueltas a los costados. Mi padre camina un paso por detrás.

No me ha dirigido la palabra desde la noche del asedio. Ni durante el trayecto a la finca, ni cuando le llevé café esta mañana, ni siquiera cuando el enviado de los O'Rourke llamó para confirmar.

Pero está aquí, y no está intentando detener esto. Eso es suficiente... por ahora.

Ronan se sienta frente a nosotros. A su izquierda está Killian. Finn está apostado cerca de la puerta. No hay guardaespaldas, no hay armas. A mi padre no le hace ninguna gracia todo esto, pero mamá lo convenció, instándole a que me concediera la libertad de forjar mi camino en el mundo al que me trajo, y a pesar de haberla decepcionado al no casarme con Volkov, creo que ella ve lo mucho que me importa Connor.

Me siento en el asiento junto a él. Mi padre permanece de pie un instante más, luego saca la silla a mi derecha en la cabecera de la mesa y se hunde en ella con una rigidez que delata los vendajes bajo su traje. La tela se estira tensamente sobre su hombro. La hinchazón no ha disminuido.

—Perdí a siete hombres esa noche —dice. Su voz no es monótona, pero tampoco es el tono desagradable que le conozco a veces. Es una bestia con correa por ahora.

Ronan asiente, con los codos apoyados en los brazos de la silla. —Lo sé —dice—. Nosotros también perdimos algunos. —Sus ojos se desvían hacia Connor, quien me aprieta la rodilla bajo la mesa. Hay una pausa mientras todos calculamos el coste compartido de la negativa de mi padre a trabajar juntos durante tanto tiempo.

Ronan inclina la cabeza hacia mi padre, hablando más bajo. —Tu hombro... ¿cómo evoluciona?

Papá se acomoda en su asiento. —Sanando. Más lento de lo que me gustaría.

—Podría haber sido peor —dice Ronan, sin maldad.

—Casi lo fue —responde mi padre. Me mira a mí, luego a Connor, y vuelve a mirar a la mesa.

Ronan coge la pluma y hojear el acuerdo, examinando cada página con tranquila intensidad. No se apresura. Se asegura de que todos los hombres en la mesa vean que esto no es solo tinta sobre pergamino... es un ajuste de cuentas.

Entonces levanta la mirada.

—Hemos acordado los términos sobre las líneas de patrulla y las rutas de transporte —dice—. Estamos retirando nuestros puntos de

control de las carreteras fronterizas. Equipos conjuntos vigilarán cualquier sector en disputa. Nadie transporta carga en solitario nunca más... a menos que quieran que sea confiscada. ¿Está claro?

Hay asentimientos alrededor de la mesa y Ronan continúa.

—Las reclamaciones territoriales permanecen donde estaban antes del primer disparo. Sin movimientos sin aprobación por escrito.

—Pasa a la última página.

Ronan me mira primero a mí, luego a Connor, sosteniendo cada mirada el tiempo suficiente para dejar claro el mensaje. Esta decisión no se hablará alrededor o por encima. Todos en la mesa cambian su enfoque, el leve crujido de las sillas de cuero es el único sonido mientras todo movimiento se detiene. Incluso mi padre permanece callado, con los ojos fijos en los de Ronan, sus manos descansando planas sobre la mesa, no cerradas pero tampoco relajadas.

—Retirada de armamento de las zonas fronterizas mutuas —comienza—. Supervisión cooperativa del comercio para los distritos del sur. Canales de inteligencia compartidos durante el período de transición. Reasignación de las vías de transporte, con efecto inmediato.

Cada cláusula cae con el peso de un mazo. Lo siento asentarse en la habitación, en la tensión en la base de mi columna. Cada línea de ese contrato nació de sangre.

—Antes de que se finalice el acuerdo —dice, haciendo una pausa—, queda una condición.

Mi padre no se gira, pero puedo sentir su calor... su escrutinio, su resistencia. No dice nada, pero está presente en su expresión facial. Connor no me mira. Ya sabe lo que voy a decir.

Levanto la barbilla.

Connor se aclara la garganta y se inclina ligeramente hacia adelante, sus dedos aún entrelazados con los míos bajo la mesa. No levanta la voz, pero se hace oír. —Queremos unidad —dice—. No solo entre las bandas. Entre las familias. Permanentemente. Mediante matrimonio.

Las palabras no se asientan. Caen afiladas y sin invitación. La cabeza de mi padre gira hacia Connor en una mirada lenta y

deliberada. El tic en la comisura de su boca no es confusión... es un insulto. Su mandíbula se tensa. —¿Quieres qué? —dice, con voz apenas contenida como un gruñido.

Connor no se inmuta. —Quiero casarme con tu hija.

—¿Crees que es el momento para declaraciones? —La silla de mi padre rechina mientras se inclina hacia adelante, ambas manos apoyadas en la mesa—. Enterramos a siete hombres la semana pasada, ¿y vienes aquí haciendo propuestas?

—No es una propuesta —dice Connor—. Es la condición final. Si esto va a mantenerse, tiene que empezar con nosotros.

La mirada de mi padre se dirige a mí, exigiendo algo. ¿Negación, quizás? ¿Rechazo? No le doy ninguna de las dos cosas.

—Es mi decisión —digo—. Y ya la he tomado. Le quiero, y si no puedes aceptar esto, eres un necio, papá. Somos más fuertes juntos.

La ira no desaparece, pero él la contiene y se recuesta lentamente, los vendajes en su hombro tensándose bajo la tela de su chaqueta. Su boca procesa mil argumentos que no expresa. Luego su mano se mueve con reluctancia hacia la pluma. Sus ojos se fijan en mí una última vez antes de que sacuda la cabeza y garabatee su nombre.

Mi estómago se retuerce, pero mantengo mi postura. No me inquieto ni parpadeo. Pienso en el fuego lamiendo las paredes de la finca, en Connor sangrando a mi lado, en los hombres que murieron para que pudiéramos sentarnos en esta mesa.

Ronan se inclina hacia adelante y desliza el acuerdo de vuelta hacia sí mismo antes de garabatear su propio nombre bajo el de mi padre, y luego asiente. Ese asentimiento hace algo con la tensión en el aire, desenredándola lentamente mientras todas las partes involucradas se dan cuenta de que hemos alcanzado una tregua permanente, y los rusos tendrán que lidiar con toda la fuerza de ambas familias si vuelven a husmear por aquí.

Ronan los recoge él mismo y alinea las páginas, las asegura con un broche, y coloca la carpeta en el centro de la mesa como si anclara el momento.

—Veamos si podemos mantener esta paz ahora —dice Ronan. Frente a él, mi padre exhala por la nariz, no exactamente en acuerdo, pero tampoco en desacuerdo.

Killian se mueve en su asiento y murmura algo sobre cuánto tiempo ha llevado llegar a este punto. Finn asiente una vez, con los brazos cruzados. La sala exhala con todos nosotros, y la quietud se rompe... no con aplausos, sino con movimiento.

Luego las sillas se arrastran hacia atrás. Uno por uno, los hombres se levantan. Connor se levanta y me ofrece su mano, y yo la tomo. Al otro lado de la mesa, Ronan extiende su mano a mi padre. Por un momento, pienso que no la tomará. Que se marchará y dejará que todo vuelva a arder. Pero mi padre levanta su mano sin vendaje. Sus manos se encuentran en el medio.

No es un apretón de manos de viejos amigos ni un gesto de enterrar el hacha de guerra. Esto es supervivencia, y no soy lo bastante ingenua para pensar que en cuanto mi padre vea una salida, no la aprovechará, pero por ahora, significa paz. Y una boda...

Afuera, el viento se levanta, sacudiendo la hiedra contra las ventanas. Observo a los hombres que una vez trazaron líneas con sangre y me pregunto si alguno de ellos cree en lo que acabamos de hacer.

Connor me aprieta la mano. —¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Asiento. Pero la verdad es que... no lo sé. Este siempre iba a ser el precio. Lo acepté. Lo quería. Pero decir las palabras en esa habitación, con mi padre a mi lado y Ronan observando, lo hizo parecer menos un voto y más una sentencia. Sigo en un matrimonio arreglado, y esa no fue exactamente la mejor propuesta de matrimonio que una mujer podría recibir.

Quizás eso es lo que son todas las alianzas: sacrificios hechos en público por beneficios pagados en privado.

—Estaremos bien —dice Connor. Se inclina, acerca su boca a mi oído—. Tú y yo. Somos los únicos que nunca mentimos.

Cierro los ojos por un momento, respiro los aromas de humo y aftershave, el rastro de sudor en su piel. Me centra. Él me centra.

Estar cerca de él, permitir que sus brazos me rodeen, y mi corazón latiendo en mi pecho con su nombre escrito en cada latido.

Connor se gira completamente hacia mí y ambos brazos me rodean. —No tenemos que hacer que esto sea político cuando estamos solos. —Su mano se curva alrededor de mi oreja, y sé que está asegurando un mechón suelto. Levanto mis manos y las entrelazo detrás de su cuello.

Lo estudio. Sus ojos están cansados, con bordes rojos por dormir muy poco, demasiado dolor. Pero son firmes.

—Tomamos esta decisión antes de que nadie nos lo pidiera —digo.

—Entonces dejemos que piensen que fue suya... Pero dime una última vez que es tuya —Su voz es baja, más firme de lo que esperaba, y algo en la forma en que me sostiene cambia... como si se estuviera preparando para algo más que palabras.

Me aparto lo suficiente para encontrarme con su mirada por completo. —Siempre ha sido mía —digo—. Incluso antes de saber lo que significaba.

Su garganta trabaja alrededor del peso de esa respuesta. Asiente, solo una vez, luego mete la mano en el bolsillo de su abrigo. Pienso que es un gesto... algún movimiento ocioso... pero entonces veo un anillo, sin caja, solo oro, sencillo y adornado con un diamante decente en un engaste bajo.

—Iba a esperar —dice—. Hasta después. Pero no quiero esperar más. No cuando todo finalmente se ha calmado. Mi corazón necesita saber, Nora.

Mi respiración se entrecorta, y siento que las lágrimas brotan mientras sostiene la alianza entre nuestros rostros. Es hermosa, exactamente mi estilo. Nunca pensé que esto formara parte del acuerdo, y no lo acepté solo para traer paz. Amo a Connor, y le quiero, pero esto... es increíble.

—No tuviste opción cuando arreglaron tu primer compromiso. No tuviste voz en la mayor parte de esta guerra. Pero ahora te estoy preguntando. No como una condición. No por la paz. Solo por nosotros.

Sus dedos se aprietan ligeramente alrededor de los míos.

—Nora Fitzpatrick, ¿quieres casarte conmigo? No por un tratado, sino porque sigues mirándome de la misma manera, incluso después de todo?

El silencio ahora es cálido. Honesto. Y nos pertenece.

Asiento lentamente, con los ojos ardiendo, la voz firme. —Sí. Quiero.

Desliza el anillo en mi dedo con mano firme, ajustándolo en su lugar. El oro está frío contra mi piel, el diamante captando la tenue luz del sol. Su palma presiona la mía después, anclándonos en el momento. No hay nadie aplaudiendo ni observando, pero la quietud a nuestro alrededor se siente merecida.

Esto no es un espectáculo. Es real, un voto forjado no desde la ceremonia sino desde la conexión. Me mira, y por primera vez desde que entré en esa habitación, siento que el futuro es nuestro para nombrarlo.

CONNOR

Nora coloca las cajas en fila sobre la encimera, luego las reorganiza y después las vuelve a colocar. Tiene el ceño fruncido, la boca tensa, y toda la cocina parece como si estuviera esperando el veredicto de un juicio, no la selección de un pastel de boda. Tres pastelerías. Cuatro sabores cada una. Incluso hizo una hoja de cálculo anoche, sin bromear. Una auténtica hoja de cálculo. La vi codificar por colores las texturas del glaseado como si fuera el destino del mundo.

—Te lo estás tomando muy en serio —digo, quitando la tapa de la caja más cercana a mí—. ¿Cuál se supone que es el ganador?

Me lanza una mirada y apunta un cuchillo hacia mi pecho.

—No hay ganador hasta que hayamos probado cada opción dos veces. A ciegas. Sin opiniones hasta el final.

—¿Dos veces? —pregunto, girándome para rodearla con mis brazos. Ella se ríe cuando le muerdo el cuello y me aparta.

—Sí. Una por el sabor, otra por la textura. —Se dirige hacia la pila de platos, y me río de su comportamiento exageradamente serio. Cualquiera pensaría que es su última comida.

—Eres increíble —me río, quitándole el cuchillo de la mano.

Ella sonríe.

—Ya me lo has dicho antes.

Corto el primer pastel —vainilla con algo cítrico entremezclado— y le doy un trozo con el tenedor. Ella lo toma como si fuera un desafío, cerrando los ojos dramáticamente mientras emite un murmullo.

—No está mal —dice después de tragar—. Pruébalo tú.

Está bueno, pero no lo suficiente como para distraerme de cómo se mueve su boca o del glaseado que se le ha quedado en la comisura de los labios. Me apoyo contra la encimera, observándola pasar su tenedor por el de chocolate sin prestarle apenas atención.

—Estás ignorando el mejor —digo.

Ella lame su tenedor y finge no darse cuenta.

—¿Ah, sí? —Levanta las cejas y se encoge de hombros.

—Sí. Estás fingiendo que no es tu favorito para que no te lo dispute. —La agarro por la cintura, atrayéndola contra mi cuerpo, y ella se retuerce, pero está sonriendo.

—Connor —protesta, con las palmas en mi pecho.

—Estás haciendo trampa —la acuso juguetonamente, pero la suelto y la observo. Hay algo diferente en ella últimamente, más feliz, más ligera. Y no es solo porque ya no nos estemos escondiendo. Parece irradiar vida y energía.

Ella se encoge de hombros y corta otro trozo, amontonando chocolate en su tenedor como si fuera algo sin importancia.

—¿Puedes demostrarlo? —pregunta antes de meterse el pastel en la boca y guiñarme un ojo.

Doy un paso hacia ella.

—Te acabas de comer la mitad del trozo cuando creías que no te estaba mirando. —Mis dedos trabajan en sus costados en los puntos más sensibles, haciéndole cosquillas.

—No sé de qué me hablas —dice, sonriendo ahora. Su voz es melosa, juguetona. Peligrosa.

Alargo la mano para robar un bocado, pero ella aparta la caja.

—Ni lo sueñes —dice, retrocediendo un paso.

—¿Ah, no?

Asiente con la cabeza.

—Si quieres chocolate, gánatelo.

Me da la espalda, un movimiento estúpido. Le rodeo la cintura con un brazo y la atraigo contra mi cuerpo, sintiendo la presión de mi polla endureciéndose contra su trasero.

—Repíte eso —murmuro contra su oído.

—Gánatelo —dice, con la respiración entrecortada mientras deslizo mi mano bajo el dobladillo de su vestido y lo subo.

Ella gira en mi agarre y me embadurna el labio inferior con un pegote de glaseado.

—Ahí tienes —dice—. ¿Suficientemente dulce para ti?

La arrastro hacia mí y la beso lentamente, lamiendo el glaseado de su boca antes de que pueda protestar. Sus dedos se aferran a mi camisa. La caja del pastel cae al suelo.

Está riéndose cuando la levanto sobre la encimera, con las piernas separándose y el vestido subiéndose. Sus muslos presionan contra mis caderas.

—Has tirado los pasteles —dice, sin aliento.

—Pediremos más —le digo mientras me inclino.

La beso de nuevo, más profundo ahora, más lento. Sus manos acunan mi mandíbula y luego se deslizan por mi pelo. Está distraída, besándome y atrayéndome hacia ella, y yo hundo mi dedo en el pastel de la encimera junto a ella, el que tiene ese toque cítrico. El glaseado cubre mis dedos y lo embadurno por su muslo, haciéndola sisear.

—Eres una amenaza —susurra contra mi boca.

—Te casaste conmigo —respondo.

—Todavía no.

—Casi lo mismo —ronroneo, besándola de nuevo pero retrocediendo lentamente.

Su vestido sube más mientras agarro sus caderas. Ella se arquea hacia mí, con los labios entreabiertos. Las bromas han desaparecido, reemplazadas por algo más intenso: deseo mezclado con calor, confianza y ese tipo de anhelo que solo viene de esperar demasiado tiempo. Me arrodillo mientras subo su falda hasta sus caderas, y mi lengua encuentra el rastro de glaseado en su piel listo para ser devorado.

Nora gime cuando mi lengua recorre el glaseado por su muslo, introduciendo la dulzura en su piel salada. Sus dedos se clavan en mi pelo, tratando de tirar de mí hacia arriba hasta su boca, pero estoy en una misión y ella está demasiado perdida para protestar mucho. Puedo sentir la humedad entre sus piernas, evidencia de cuánto le está afectando esto. Estoy duro ahora, mi polla presionando contra mis pantalones, exigiendo liberación. Pero quiero alargar esto, hacer que suplique como ella me hace suplicar cada maldita vez.

Engancho mis dedos alrededor de sus bragas y las bajo, y ella no se resiste. Apoya firmemente las palmas de sus manos en la encimera a ambos lados y se levanta para que pueda bajar la sedosa tela, y gime mientras lamo círculos alrededor de su clítoris, sintiéndolo hincharse bajo mi lengua. Es tan receptiva, siempre lista para mí y solo para mí. Deslizo dos dedos dentro de ella mientras mi lengua hace maravillas en su sensible botón. Su sabor se mezcla con la dulzura cítrica del glaseado, y gruño de placer al sentir su coño apretándose alrededor de mis dedos.

—Connor —jadea, con la cabeza echada hacia atrás, las caderas moviéndose contra mi boca. Me encanta la forma en que dice mi nombre como una plegaria, como una maldición—. Dios, cariño —gime, con los dedos de los pies curvándose sobre mis hombros mientras la provoco implacablemente con solo la punta de mi lengua—. Estoy tan cerca... Por favor.

Mis dedos trabajan más rápido, encontrando ese punto áspero dentro de ella que pulsa y anhela ser acariciado. Se estremece, apretándose alrededor de mis dedos de nuevo mientras las primeras olas del orgasmo se elevan. Su cuerpo se sacude y tiembla, y continúo lamiendo y chupando hasta que se queda sin aliento.

El agarre de Nora en la encimera se hace más fuerte a medida que su orgasmo disminuye, y su cuerpo tiembla con las réplicas. Me pongo de pie, mi propia excitación anhelando ser liberada. No puedo esperar más. La necesito ahora. Me desabrocho el cinturón y dejo caer mis pantalones alrededor de mis rodillas, revelando mi polla que está dura como una roca por ella.

—Vaya —jadea, atrayéndome más cerca, y la arrastro hasta el borde de la encimera donde mi polla golpea su centro. Gime

mientras me deslizo centímetro a glorioso centímetro hasta que está temblando.

Inclina la cabeza hacia atrás, ofreciéndome su cuello, y no puedo evitar marcarla como mía —cada vez— con un beso profundo y sucio antes de empezar a moverme dentro de ella. La encimera se clava en mis muslos y nuestro ritmo es desesperado y frenético.

—Sí —gime, con los dedos agarrando mis hombros—. Más fuerte.

Obedezco, penetrando profundo y rápido, rozándome contra ella de la manera más primitiva posible. Nora arquea la espalda y envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, anclándose mientras se frota contra mí con igual fervor. La habitación gira, y el mundo se reduce solo a nosotros dos. Nuestros labios chocan en un beso desordenado, y me trago sus gemidos mientras ella se aferra a mí desesperadamente.

Jadea en mi oído:

—Te quiero —y eso es todo lo que necesito. Mi orgasmo está construyéndose, enroscándose profundamente en mi núcleo, listo para consumirme cuando ella aprieta sus músculos internos alrededor de mi miembro. Gimo mientras la sensación me lleva al límite. La sostengo cerca, casi levantándola de la encimera mientras la inundo. Sus uñas dejan marcas en la parte posterior de mi cuello, pero no me importa. Todo lo que puedo sentir es ella a mi alrededor.

Nos quedamos así por un rato, ambos respirando con dificultad, con las extremidades enredadas, su frente presionada contra la mía. El mundo se ha calmado, suavizado a nuestro alrededor. Deslizo mis manos por su espalda, sosteniéndola mientras finalmente se mueve, con la risa aún atrapada en su garganta.

—¿Quieres una cerveza? —pregunto, apartando un mechón de pelo de su cara.

Ella se muerde el labio inferior y niega con la cabeza.

—No puedo.

Me echo hacia atrás lo suficiente para fruncir el ceño.

—¿Por qué no?

No responde de inmediato. En cambio, se inclina hacia un lado, alcanzando algo detrás de las cajas restantes. Un pequeño recipiente blanco está allí, cuidadosamente etiquetado, atado con una fina

cinta azul. Lo coloca entre nosotros mientras salgo y dejo que mi polla golpee mi estómago. Antes de tomar la caja, me arreglo y me subo la cremallera, luego le bajo la falda.

—¿Qué es esto? —pregunto, con la voz bajando.

Ella levanta la tapa, revelando un solo cupcake dentro. El glaseado es azul claro, elevado en suaves picos.

Mis ojos se dirigen a los suyos.

Sonríe, suave y casi tímida.

—Iba a esperar. Pero no pude. No después de esto.

Parpadeo.

—¿Hablas en serio?

Asiente con la cabeza, con lágrimas amenazando detrás de la sonrisa.

—Espero que sea un niño. Pero seré feliz de cualquier manera.

La alcanzo, rodeando su cintura con ambos brazos mientras ella sostiene el cupcake en su caja en alto por encima de su cabeza. Mi boca encuentra la suya nuevamente, capturando su risa, menos salvaje esta vez. El beso es más lento y más completo.

—Ya me has hecho el cabrón más feliz del planeta —susurro contra sus labios—. Pero esto... esto simplemente me destroza.

Ella se ríe, dejando caer su cabeza en mi hombro.

—Entonces... ¿no a la cerveza?

—Definitivamente no a la cerveza —murmuro, besando su sien—. Pero sí a todo lo demás.